

Borges sospechaba que parte de su fama se debía al hecho de «haber ordenado en el lenguaje de nuestro tiempo las cinco o seis metáforas». Dickens suponía que los fantasmas pertenecen a dos o tres familias y realizan dos o tres cosas más o menos típicas de su condición. Y, sin embargo, en los seis cuentos que arman este volumen tenemos goblins, enterradores, asesinatos, aullidos del viento descolgándose por la chimenea, una engañosa luna becqueriana, parajes lúgubres y solitarios, un dedo helado que roza otra helada espina dorsal Nada falta para que el lector experimente esa suerte de delicioso susto que Edith Wharton llamaba «la gracia del escalofrío».



Charles Dickens

Cuentos de lo sobrenatural

Tus libros - 113

ePub r1.0

orhi 11.01.2020

Título original: The Story of the Goblins who stole a Sexton, The Baron of Grogzwig, A Confession found in a Prison in the Time of Charles the Second, To be read at Dusk, To be take with a Grain of Salt, Londres & N^o I Branch Line. The Signalman

Charles Dickens, 1976

Traducción: Almudena Lería

Introducciones y apéndice: Juan Tébar

Notas: Almudena Lería y Juan Tébar

Ilustraciones: Carlos Puerta

Grabado del autor: Antonio Hernández

Digital editor: orhi

ePub base r2.1



Índice de contenido

Cover

Cuentos de lo sobrenatural

Historia de los goblins que raptaron a un enterrador

Introducción

El barón de Grogzwig

Introducción

Confesión encontrada en una cárcel en la época de Carlos II

Introducción

Para leer cuando anochezca

Introducción

Para ser tomado con una pizca de sal

Introducción

El guardavía

Introducción

Apéndice

Bibliografía

Notas

La presente obra es traducción directa e íntegra de los originales ingleses en su primera edición, publicados por Chapman and Hall, salvo To be read at Dusk, publicado por G. Barclay , y To be take with a Grain of Salt, publicado por el autor, según la edición de Deborah A. Thomas, Penguin English Library, Londres, 1976 .

Las ilustraciones, originales de Carlos Puerta, han sido realizadas expresamente para esta edición .

Historia de los goblins que raptaron a un enterrador

Introducción

Este relato se publicó en el décimo número mensual de *Pickwick Papers* —enero de 1837—, que, como es sabido, incluía diversas narraciones dentro del argumento principal. Este sistema de *cajas chinas* (una dentro de otra, y luego otra dentro de la segunda...) era el de *Las mil y una noches*, y fue usado, de forma más o menos parecida, por Dickens en sus publicaciones. Incluso dentro de alguna de sus novelas mayores, pero sobre todo en *Pickwick*, y desde luego en aquellas entregas que consistían fundamentalmente en relatos cortos.

La última revisión de este texto corresponde a 1867, fecha de la edición definitiva de los *Pickwick Papers*, y es la que se ha usado para la presente traducción, también utilizada en *Selected Short Fiction* de Charles Dickens, de Penguin Books, 1976. Después de cantar al invierno, reunidos los *pickwickianos* en casa de un amable anfitrión durante una alegre y juguetona Navidad, alguien decide contar una historia de duendes. Esta es.

Cinco años después, en la Navidad de 1843, aparecería el que ha sido el más célebre de todos los cuentos fantasmales de Dickens, *A Christmas Carol*, y que no hemos incluido en esta selección por haberse publicado ya en el número 71 de la colección «Tus Libros». El relato de los *goblins* es, evidentemente, un borrador del otro justamente más famoso. ¿Acaso no parece Gabriel Grub un apunte para Scrooge? Ambos son «un tipo irritable, terco y rudo, un hombre arisco y solitario que no congeniaba con nadie excepto consigo mismo». El enterrador de este relato hace también ostentación de su mal carácter ante las manifestaciones gozosas que produce la Navidad. Disfruta con las desgracias de los niños, e incluso golpea a uno que entonaba una canción festiva.

Hay más parecidos: lo que los *goblins* muestran a Grub —como en una pantalla de cine o televisión— prelude lo que enseñarían a Scrooge los espectros navideños. Pero en el futuro cuento, el sentimentalismo dickensiano será, por maduro, más complejo. Aquí, sobre todo en «la mañana de verano», todo es más elemental. Más ingenuo o *naif*, dirían los incondicionales. Más *cursi* dirán los más críticos.

Lo de la pantalla resulta, en cualquier caso, especialmente divertido. Y muy revelador de la afición dickensiana al tipo de narración que luego sería el *comic* o el cine. Dickens apreciaba las palabras, trabajaba con ellas, las empleaba incluso a veces en exceso (también, a veces, cobraba por su número), pero estamos absolutamente seguros de que, en otra época, sus melodramas habrían sido escritos para el cine. O para la televisión. Alguno de sus actuales adaptadores se hubiera ahorrado el trabajo. Y hubiese perdido el dinero ganado a su costa.

Juan TÉBAR

Historia de los goblins que raptaron a un enterrador

En una vieja ciudad monacal, por esta parte del país, hace mucho, mucho tiempo —tanto que la historia debe ser cierta, ya que nuestros tatarabuelos la creían—, oficiaba como sacristán y enterrador un tal Gabriel Grub. No ha de creerse que un hombre, por el hecho de ser sepulturero y estar constantemente rodeado por los emblemas de la muerte, es necesariamente una persona hosca y melancólica; nuestros enterradores son la gente más alegre del mundo, y yo mismo, en una ocasión, tuve el honor de intimar con uno, mudo, que en su vida privada y al margen de sus obligaciones era el hombrecillo más cómico y jocoso que jamás haya murmurado^[2] una canción picante sin la menor laguna en su memoria, o vaciado el contenido de un vaso bien cargado sin detenerse a respirar.

Pero pese a estos precedentes en sentido contrario, Gabriel Grub^[3] era un tipo irritable, terco y rudo, un hombre arisco y solitario que no congeniaba con nadie excepto consigo mismo y con una vieja botella de mimbre que fijaba al ancho y profundo bolsillo de su chaleco; un hombre que observaba cualquier cara risueña que se cruzase con tal gesto de malicia y amargura, que era difícil encontrárselo sin sentir que algo empeoraba.

Un poco antes del crepúsculo, una víspera de Navidad, Gabriel se echó al hombro su pala, encendió su linterna y se encaminó hacia el viejo cementerio. Como tenía que terminar una tumba para la mañana siguiente y se sentía muy abatido, pensó que quizá le levantase el ánimo reemprender su trabajo inmediatamente. Yendo de camino por Oíd Street, vio brillar la alegre luz de los chispeantes fuegos a través de los marcos desvencijados de las ventanas, y oyó la risa ruidosa y los gritos animados de quienes se reunían en torno a ellos; observó los bulliciosos preparativos para el banquete del día siguiente y olió las humeantes nubes que, a través de las ventanas de la cocina, traían tantos aromas sabrosos. Todo era rencor y amargura en el corazón de Gabriel Grub. Entonces, un grupo de niños que salían de sus casas cruzó la calle y, antes de haber podido llamar a la puerta de enfrente, se vieron rodeados por media docena de pequeños golfos de pelo rizado que les cerraron el paso cuando intentaban subir las escaleras que les llevarían a pasar la tarde con sus juegos navideños. Gabriel esbozó una torva sonrisa y agarró su pala con mayor firmeza, mientras pensaba en el sarampión, la escarlatina, la tosferina, las fiebres aftosas^[4] y unas cuantas fuentes de consuelo más.

En este feliz estado mental, Gabriel continuó su camino a grandes zancadas, contestando con leves y huraños gruñidos a los saludos llenos de buen humor que le dirigían los vecinos con los que se cruzaba de cuando en cuando. Siguió así hasta adentrarse en el oscuro sendero que conducía al cementerio. Gabriel ansiaba llegar a esta vereda en sombra, porque era, dicho en confianza, un lugar encantadoramente tétrico y

lúgubre, que no visitaba nadie, a no ser a plena luz del día y con el sol brillando; en consecuencia, no fue poca su indignación cuando oyó a un chiquillo bramando no sé qué festiva canción sobre una feliz Navidad en aquel mismísimo santuario, que ya se llamaba La Senda del Ataúd en los días de la vieja abadía y en los tiempos de los monjes de cabeza rapada. Al continuar Gabriel su camino y acercársele la voz, pudo distinguir que procedía de un niño que se apresuraba a reunirse con uno de los grupos de Old Street y que, en parte para sentirse acompañado, y en parte preparándose para la fecha, voceaba la tonada a pleno pulmón. Así que Gabriel esperó a que el chico llegase y entonces, escondido en una esquina, le atizó en la cabeza cinco o seis golpes con su linterna. Y según el niño se alejaba a toda prisa, con una mano en el cogote, cantando una tonada bien distinta, Gabriel Grub se rió de todo corazón y entró en el cementerio cerrando la puerta con llave tras de sí.

Se quitó el abrigo, dejó su linterna en el suelo y, metiéndose en la tumba inconclusa, trabajó en ella durante más o menos una hora de bastante buena gana. Pero la tierra estaba endurecida por el hielo y no resultaba fácil cavar y arrojarla fuera. Aunque había luna, ésta estaba poco crecida y arrojaba escasa luz sobre la tumba, que estaba justo en la sombra de la iglesia. En cualquier otro momento todos estos obstáculos hubieran hecho que Gabriel Grub se sintiese taciturno y desdichado, pero se encontraba tan feliz por haber detenido el canto del chiquillo, que prestaba poca atención a sus escasos progresos y, cuando hubo terminado el trabajo por esa noche, miró dentro de la tumba con maliciosa satisfacción, canturreando mientras recogía sus cosas:

¡Un buen lugar para uno, un buen lugar para uno,
unos cuantos pies de tierra fría, cuando la vida se acaba;
una piedra en la cabeza, una piedra en los pies,
rico y jugoso banquete para los gusanos;
espesa hierba sobre la cabeza, arcilla húmeda alrededor,
un buen lugar para uno, aquí, en tierra sagrada!

—¡Jo, jo! —se rió Gabriel Grub mientras se sentaba sobre una losa que era su lugar de descanso predilecto y sacaba su botella de mimbre—.
¡Un ataúd en Navidad!, ¡jo, jo!

—¡Jo, jo, jo! —repitió una voz que sonó justo a su espalda.

Gabriel se detuvo, algo alarmado, en el momento de llevarse la botella de mimbre a los labios, y miró alrededor. El fondo de la tumba no estaba menos tranquilo y silencioso que el cementerio a la pálida luz de la luna. La fría escarcha brillaba sobre las lápidas y entre las piedras talladas de la vieja iglesia, como si de una hilera de joyas se tratase. La nieve que cubría el suelo era dura y crujiente, extendiéndose sobre los

montículos de tierra como un manto blanco y suave, y parecía como si los cuerpos que ahí yacían estuviesen cubiertos tan sólo por sus mortajas. Ni el menor susurro alteraba la profunda tranquilidad de la solemne escena. El sonido mismo parecía haberse congelado, tan frío y quieto estaba todo.

—Ha sido el eco —dijo Gabriel Grub, acercando de nuevo la botella a sus labios.

—No ha sido el eco —dijo una voz profunda.

Gabriel se incorporó sobresaltado, pero permaneció clavado en su sitio, lleno de asombro y de terror: sus ojos se habían posado sobre una figura que le heló la sangre.

Sentado sobre una lápida vertical, junto a él, se encontraba una extraña figura quimérica que, según Gabriel notó en seguida, no era un ser de este mundo. Sus largas y fantásticas piernas, que podían haber llegado al suelo, estaban recogidas como en un alero y cruzadas con exquisito y fantástico primor. Sus robustos brazos estaban desnudos, y las manos descansaban sobre sus rodillas. Cubría su cuerpo redondo con un prieto ropaje, adornado por pequeños cortes. De su espalda colgaba una capa corta, cuyo cuello, hecho de curiosos picachos, servía al *goblin*^[5] de gorguera o pañuelo;

los zapatos se enroscaban en sus pies formando largas punteras. Sobre la cabeza llevaba un sombrero de ala ancha cual pan de azúcar^[6], adornado por una única pluma. El sombrero estaba cubierto de escarcha blanca, y el *goblin* tenía aspecto de llevar sentado en la misma lápida, muy confortablemente, doscientos o trescientos años. Su posición era de perfecta inmovilidad y tenía la lengua fuera, como en una burla; le hacía muecas a Gabriel Grub con una expresión sólo posible en un *goblin*.

—No ha sido el eco —dijo el *goblin*.

Gabriel Grub estaba paralizado y no pudo articular respuesta alguna.

—¿Qué haces aquí en Nochebuena? —preguntó *goblin* con firmeza.

—He venido a cavar una tumba, señor —tartamudeó Gabriel Grub.

—Y ¿quién es el hombre que en una noche como ésta anda rondando entre tumbas y cementerios? —aulló el *goblin*.

—¡Gabriel Grub! ¡Gabriel Grub! —gritó un desordenado coro de voces que pareció llenar el cementerio.

Gabriel miró temeroso a su alrededor; no se veía nada.

—¿Qué tienes en esa botella? —dijo el *goblin* .

—Ginebra, señor —repuso el enterrador temblando más que nunca, ya que la había comprado de contrabando y pensaba que quizá su demandante fuese del Departamento de Comercio Interior de los *goblins* .

—¿Quién bebe ginebra, solo y en un cementerio, en una noche como ésta? —dijo el *goblin* .

—¡Gabriel Grub! ¡Gabriel Grub! —exclamaron las alborotadas voces de nuevo.

El *goblin* , maliciosamente, miró de reojo al aterrorizado sepulturero y, levantando la voz, exclamó:

—¿Y quién es, entonces, nuestra justa y legítima presa?

A esta pregunta el invisible coro repuso en un acorde que sonó como si una coral cantase en medio del potente *crescendo* de un viejo órgano de iglesia; un acorde que, al oído del enterrador, pareció arrastrado por un viento salvaje que poco después moría, pero el estribillo de la respuesta fue el mismo:

—¡Gabriel Grub! ¡Gabriel Grub!

El *goblin* hizo una mueca a Gabriel con la misma expresión de un rato antes y dijo a la vez:

—Bien, Gabriel, ¿qué dices a esto?

El sepulturero jadeó para respirar.

—¿Qué piensas de esto, Gabriel? —insistió el *goblin* , haciendo revolotear sus pies en el aire, a ambos lados de la lápida y mirando con gran complacencia las puntas dobladas hacia arriba, como si contemplara el más elegante par de zapatos Wellington de todo Bond Street^[7] .

—Es muy curioso, señor —dijo el sepulturero, medio muerto de miedo—, muy curioso y muy bonito, pero creo que debo volver al trabajo, señor, si no le importa.



—¿Trabajo? —dijo el *goblin*—. ¿Qué trabajo?

—La tumba, señor, cavar la tumba —tartamudeó el sepulturero.

—¡Oh!, la tumba, ¿eh? —dijo el *goblin*—. ¿Quién hace tumbas cuando todos los demás hombres están alegres y disfrutando?

Nuevamente las misteriosas voces respondieron:

—¡Gabriel Grub! ¡Gabriel Grub!

—Me temo que mis amigos te llaman, Gabriel —dijo el *goblin*, forzando más que nunca la forma de sus mejillas con la lengua, y era una lengua de lo más asombrosa—. Me temo que mis amigos te requieren —repitió el *goblin*.

—Si no le importa, señor —repuso el horrorizado enterrador—, no creo que sea posible, señor, no me conocen, señor. No creo que esos caballeros me hayan visto nunca, señor.

—¡Oh!, sí que te han visto —replicó el *goblin*—. Conocemos al hombre de rostro huraño y ceño torvo que ha bajado por la calle esta noche lanzando miradas de odio a los niños y agarrando con más fuerza la pala al hacerlo. Conocemos al hombre que golpeó al niño porque

envidiaba su corazón lleno de alegría. La alegría que a él le es incomprensible. Le conocemos, le conocemos.

En este momento el *goblin* soltó una carcajada fuerte y chillona, que el eco devolvió multiplicada por veinte, y lanzando sus piernas al aire, quedó apoyado en la cabeza, o mejor dicho, en la punta misma de su sombrero en forma de pan de azúcar, sobre el estrecho canto de la lápida; desde ahí dio un salto mortal con extraordinaria agilidad, cayendo justo a los pies del sepulturero, y se instaló en la postura que los sastres suelen adoptar sobre sus mesas.

—Yo, yo me temo que debo dejarles, señor —dijo el sepulturero, intentando moverse.

—¿Dejarnos? —dijo el *goblin*—. Gabriel Grub va a dejarnos, ¡ja, ja, ja!

Mientras el *goblin* se reía, el enterrador observó, en un momento, una luz brillante a través de las ventanas de la iglesia, como si el edificio entero hubiera sido iluminado. Cuando desapareció la luz, sonó el órgano airoso y un tropel de *goblins*, duplicados exactos del primero, se esparció por el cementerio y empezó a jugar a tres en raya con las lápidas, sin detenerse ni un instante para tomar aliento, saltando con suma destreza una tras otra incluso las lápidas más altas. El primer *goblin* era un saltador de lo más pasmoso y ninguno de los otros podía alcanzarle. Pese a encontrarse al límite del terror, el sepulturero no pudo dejar de observar que, mientras sus amigos se contentaban con saltar las lápidas de formato normal, el primero también se atrevía con los panteones familiares, rejas de hierro incluidas, con la misma facilidad que si se hubiera tratado de mojones callejeros.



Finalmente, el juego llegó a su punto más excitante; el órgano tocaba más y más rápido; los *goblins* saltaban más y más aprisa, enroscándose sobre sí mismos, la cabeza sobre las rodillas, rodando de esta forma, como pelotas de fútbol sobre la tierra, para rebotar en las lápidas. El cerebro del enterrador giraba con la misma rapidez que la escena que estaba contemplando, y sus piernas le hicieron tambalearse mientras los espíritus volaban ante sus ojos. Entonces, el rey de los *goblins* se volvió repentinamente hacia él, le agarró por la garganta y se hundieron todos tierra adentro.

Cuando Gabriel Grub pudo recuperar el aliento, que había perdido en el rápido descenso, se encontró en lo que parecía ser una gran caverna, cercada por una multitud de feos y burlones *goblins*. En el centro de la estancia, en un asiento en alto, se había instalado su amigo del cementerio, y muy cerca de él estaba el propio Gabriel Grub, incapaz de moverse.

—Fría, esta noche —dijo el rey de los *goblins* —, muy fría. ¡Un vaso de algo caliente, pronto!

A esta orden, media docena de *goblins* serviciales, con una perpetua sonrisa en sus caras, y que Gabriel imaginó serían cortesanos, desaparecieron con rapidez, volviendo al segundo con una copa llena de fuego líquido, que ofrecieron al rey.

—¡Ah! —gritó el *goblin*, cuyas mejillas y garganta se volvieron transparentes al paso de las llamas—, esto caliente, sin duda. ¡Traed un vaso de lo mismo para el Sr. Grub!

Fue inútil que el infortunado enterrador protestase argumentando que no solía tomar bebidas calientes de noche; uno de los *goblins* le sujetó, mientras otro le vertía el llameante líquido en la garganta; la asamblea entera chilló de risa ante sus toses y ahogos, al tiempo que él se enjugaba las lágrimas que manaban abundantes de sus ojos, tras haber ingerido el ardiente brebaje.

—Y ahora —dijo el rey, hurgando fantásticamente en el ojo del enterrador con la punta de su sombrero en forma de pan de azúcar y ocasionándole, de paso, el más exquisito dolor—, y ahora, mostraremos al hombre de la miseria y las tinieblas algunos de los cuadros de nuestro gran almacén.

Al decir esto el *goblin*, una espesa nube que mantenía en penumbra el fondo de la caverna se fue enrollando gradualmente y desveló, en apariencia a gran distancia, el interior de una casa pequeña y escasamente amueblada, pero pulcra y limpia. Una multitud de pequeñuelos se apiñaba en torno a un brillante fuego, colgándose de la bata de su madre y brincando alrededor de su silla. La madre, de vez en cuando, se levantaba y retiraba las cortinas de la ventana como si esperase a alguien. Sobre la mesa se veía, ya lista, una comida frugal, y junto al fuego, un silloncito. Se oyó una llamada en la puerta. La madre fue a abrir, y los niños se apretujaron a su alrededor y palmearon de alegría al ver entrar a su padre. Venía rendido y mojado, y se sacudió la nieve de sus ropas mientras los niños se agrupaban junto a él. Cogieron su chaqueta, su sombrero, su bastón y sus guantes con atareado celo, corriendo con todo ello fuera de la habitación. Después, cuando se sentó a comer frente al fuego, los chiquillos treparon a sus rodillas y la madre se sentó a su lado; todo parecía felicidad y bienestar.

Pero hubo un cambio casi imperceptible en la visión. La escena se trasladó a un pequeño dormitorio en el que el menor y más bello de los niños yacía moribundo; sus mejillas habían perdido el tono sonrosado y la luz huía de sus ojos. Y cuando el sepulturero le miraba con un interés que jamás había sentido o conocido, murió. Sus hermanos y hermanas se apelotonaron junto a la camita y cogieron su pequeña mano, fría y pesada, pero se apartaron de su contacto y miraron con temor su cara infantil, y es que aunque estaba sereno y tranquilo y dormía descansando en paz como el bello chiquillo que parecía ser, se dieron cuenta de que estaba muerto, y supieron que era un ángel que les miraba desde las alturas, bendiciéndoles desde un cielo resplandeciente y feliz.

De nuevo pasó la leve nube por delante del cuadro, y otra vez cambió la escena. El padre y la madre eran ahora viejos y desvalidos, y el número de hijos que los rodeaban se había reducido a menos de la mitad; pero en todos sus rostros se podía leer el contento y el cariño que brillaba en

sus ojos cuando se reunían junto al fuego y contaban y escuchaban viejas historias de tiempos pasados. Lenta y pacíficamente, el padre se hundió en la tumba y, poco después, la que había compartido sus penas y preocupaciones le siguió al lugar del descanso. Los hijos que les habían sobrevivido se arrodillaron junto a la tumba de ambos y regaron con sus lágrimas la tierra que la cubría; luego se levantaron y se fueron, tristes y apesadumbrados, pero sin lágrimas amargas ni lamentos desesperados, sabiendo que un día volverían a encontrarse de nuevo. Y una vez más se mezclaron con el mundo ajetreado y recobraron su contento y su alegría. La nube se cerró sobre el cuadro y lo ocultó a la vista del sepulturero.

—¿Qué piensas de *esto* ? —dijo *goblin* , volviendo hacia Gabriel su cara alargada.

Gabriel murmuró algo así como que había sido muy bonito, y parecía avergonzado cuando el *goblin* clavó en él sus ojos iracundos.

—¡Tú, hombre miserable! —dijo el *goblin* en tono de gran desprecio—. ¡Tú!



Parecía dispuesto a añadir algo más, pero la indignación le impidió seguir hablando, así que levantó hacia arriba una de sus piernas plegadizas y la hizo girar un poco por encima de su cabeza, mientras afinaba la puntería; finalmente, propinó a Gabriel Grub un soberano puntapié. Inmediatamente después, todos los demás *goblins*, que habían estado al acecho, rodearon al desdichado enterrador y empezaron a darle puntapiés sin compasión, todo ello como consecuencia de una costumbre fija e inalterable en las cortes del mundo entero: patear a quien la realeza patea y alabar a quien la realeza alaba.

—¡Enseñémosle algo más! —dijo el rey de los *goblins*.

A estas palabras la nube se disipó, y un hermoso y rico paisaje se extendió ante la vista —exactamente igual que el que había, conservado aún en nuestros días, a menos de media milla de la vieja ciudad monacal—. El sol brillaba sobre el claro cielo azul, el agua centelleaba bajo sus

rayos, y los árboles parecían más verdes y las flores más radiantes bajo su alegre influencia. La superficie del agua se rizaba con un sonido agradable; una ligera brisa corría entre las hojas de los árboles, haciéndolos susurrar, y los pájaros cantaban en las ramas, y la alondra trinaba saludando a la mañana. Sí, era una mañana, una de esas mañanas brillantes y aromáticas de verano; la más diminuta hoja, la más pequeña brizna de hierba estaban llenas de vida. La hormiga se apresuraba en su trabajo diario, la mariposa revoloteaba disfrutando de los cálidos rayos de sol. Innumerables insectos desplegaban sus alas transparentes, gozando de su existencia breve pero feliz. Un hombre paseaba por allí, gozando con la escena, y todo era brillo y esplendor.

—¡Tú, hombre miserable! —dijo el rey de los *goblins*, en un tono aún más despectivo que antes.

Y de nuevo levantó su pierna, que otra vez cayó sobre la espalda del sepulturero, y de nuevo los *goblins* presentes imitaron el ejemplo de su jefe.

Muchas otras veces vino y se fue la nube, mostrando otras muchas escenas a Gabriel Grub, quien, a pesar de tener la espalda dolorida por las abundantes patadas de los *goblins*, miraba con un interés que nada hubiera podido disminuir. Vio que hombres que trabajaban con ahínco y ganaban su escaso pan con esfuerzo eran alegres y felices; y que incluso para los más ignorantes el dulce aspecto de la naturaleza era fuente inagotable de gozo y contento; y vio a otros de delicado origen que, aun habiendo sido criados con esmero, se manifestaban alegres bajo las privaciones y superiores frente al sufrimiento, en situaciones que hubiesen hundido a personas de constitución más dura; y todo ello porque llevaban en su interior las semillas de la felicidad, la satisfacción y la paz. Y vio que las mujeres, las más dulces y frágiles de todas las criaturas de Dios, se crecían, la mayoría de las veces, frente al dolor, la adversidad y la pena. Y vio que se debía a que sus corazones contenían inacabables manantiales de afecto y devoción. Vio, más que ninguna otra cosa, que los hombres como él, que gruñen ante la alegría y el gozo ajeno, eran la peor cizaña que había sobre la próspera faz de la tierra, y, comparando todo lo bueno del mundo con todo lo malo, llegó a la conclusión de que, después de todo, era un tipo de mundo muy decente y respetable. Apenas lo había decidido cuando la nube, que se estaba cerrando sobre el último cuadro, pareció adentrarse en sus sentidos y adormecerle. Uno a uno los *goblins* fueron desapareciendo de su vista y, cuando el último se hubo esfumado, se quedó dormido.

Ya era de día cuando Gabriel Grub despertó y se encontró tumbado, todo lo largo que era, sobre la losa plana del cementerio, con la botella de mimbre vacía a su lado y su chaqueta, su pala y su linterna, todo cubierto por la blanca escarcha de la noche pasada y esparcido por el suelo. La piedra sobre la que había visto al *goblin* por primera vez se erguía ante él, y la tumba en la que había estado trabajando la noche anterior no estaba lejos. Al principio dudó de la realidad de sus sueños, pero un fuerte dolor en su espalda cuando trató de incorporarse le

convenció de que los puntapiés de los no habían sido, ciertamente, imaginados. Titubeó de nuevo al observar que no había huellas en la nieve, en el lugar en que los *goblins* habían jugado a tres en raya con las lápidas, pero pronto halló explicación para esta circunstancia al recordar que, siendo espíritus, no dejaban ninguna señal visible tras de sí. De modo que Gabriel Grub se incorporó lo mejor que pudo teniendo en cuenta su dolor de espalda y, sacudiendo la escarcha de su chaqueta, se la puso y dirigió sus pasos hacia la ciudad.



Pero era un hombre cambiado y no pudo soportar la idea de volver a un lugar donde su arrepentimiento sería motivo de burla y donde no se creería en su regeneración. Vaciló unos momentos, luego cambió de dirección y se encaminó a un lugar en el que no le estuviese vedado dónde buscarse el pan.

Ese día, en el cementerio, fueron encontradas la linterna, la pala y la botella de mimbre. Al principio hubo gran cantidad de especulaciones acerca de la suerte del enterrador, pero no tardó en llegarse a la conclusión de que se lo habían llevado los *goblins* .

No faltaron testigos fiables que dijeron haberle visto, sin lugar a dudas, atravesar los aires a lomos de un caballo zaino y tuerto, con cuartos traseros de león y cola de oso. Con el tiempo, todo el mundo acabó por

creerlo a pies juntillas y el nuevo sepulturero, uno o dos años después, solía enseñar a los curiosos, a cambio de un módico emolumento, un trozo de buen tamaño del gallo-veleta de la iglesia que había sido arrancado, accidentalmente, por el citado caballo en su huida aérea.

Desgraciadamente, estas historias se vieron algo turbadas por la inesperada reaparición de Gabriel Grub en persona, unos diez años más tarde, convertido en un viejo reumático, harapiento y feliz. Contó sus peripecias al cura y también al alcalde, y, poco a poco, empezaron a ser creídas como verdaderas, y así han llegado hasta nuestros días. Los que tomaron por cierta la historia del gallo-veleta, habiendo visto traicionada su confianza en una ocasión, fueron más reacios a ser engañados de nuevo; parecieron tan juiciosos como les fue posible y, encogiéndose de hombros, se tocaban la frente, murmurando algo acerca de que Gabriel Grub se había bebido toda la botella de ginebra y después se había dormido sobre una lápida. Intentaban explicar lo que decía haber presenciado en la caverna de los *goblins* con el argumento de que había visto el mundo y se había vuelto más sabio.

Pero su opinión, que en realidad nunca llegó a ser muy popular, fue muriendo gradualmente y, fueran como fuesen los hechos, dado que Gabriel Grub estuvo aquejado de reumatismo hasta el final de sus días, su historia tuvo al menos una moraleja, si es que no nos enseña algo mejor. Y es que si un hombre se vuelve huraño y bebe a solas en Navidad, debe saber que nada bueno resultará de ello: no sea que los espíritus resulten poco benignos y su existencia esté tan fuera de duda como la de aquellos que Gabriel Grub vio en la caverna de los *goblins* .

El barón de Grogzwig

Introducción

El vuelco de una diligencia «a poco más de una jornada de Grantham, a medio camino entre esta población y Newark...», da ocasión a que Nicholas Nickleby, uno de los héroes adolescentes más famosos de Dickens, escuche junto al fuego —como deben escucharse los cuentos— dos historias: *Las cinco hermanas de York* y la que aquí hemos seleccionado por su carácter sobrenatural, *El barón de Grogzwig*.

La primera narración es un cuento melancólico. «... Un cuento real, y la vida está hecha de esas desgracias», puntualiza su relator. El cuento siguiente, que aparece en el capítulo VI de *Nicholas Nickleby*, es muy distinto. Su narrador así lo anuncia, después de escuchar la triste historia de las hermanas de York. No en balde este narrador es el caballero con aspecto más agradable de todos los que compartían con Nicholas la diligencia. Quien había contado el otro era un caballero de luto y prematuramente encanecido. El que nos va a contar también a nosotros esta historia es un viajero de buen humor y con ese difícil idealismo admirable en algunos personajes dickensianos de reconocer y disfrutar la parte buena de la gente y de la vida.

El barón de Grogzwig fue publicado por primera vez en el segundo número mensual de *Nicholas Nickleby* (mayo de 1838). Nosotros usamos el mismo texto que Penguin Books, o sea, el de la edición definitiva (1867) de la novela.

Se trata de un cuento humorístico, en la línea satírica característica de su autor cuando se propone ridiculizar conveniencias sociales. Ocurre que esa *conveniencia* es aquí el matrimonio, y Dickens (rebelde pero tradicional, uno de los perfiles contradictorios más propios de su personalidad) toma importantes precauciones: sitúa la historia en un tiempo y un lugar no muy precisos, la convierte en un relato fantástico y al final establece una moraleja de las suyas: La vida merece la pena, no todo es tan malo, etc. El matrimonio era un pilar de la Inglaterra victoriana. No convenía pasarse.

En 1838, Dickens lleva sólo dos años casado. ¿Imaginaba ya sus futuros sinsabores matrimoniales? El caso es que en 1837 murió su cuñada Mary, y se dice que era a ella a quien Dickens quería realmente... Desde luego, en 1867, fecha de la edición definitiva de la novela que incluye este relato, Dickens ya se había desencantado sobradamente del matrimonio y de otras relaciones amorosas. Pero no varió sustancialmente el texto de este pequeño arroyuelo en el voluminoso océano del gran libro que la contiene.

La broma envenenada de Dickens sobre el matrimonio, ¿va contra la mujer, contra la pareja...? No, seguramente no. Él siempre fue

respetuoso admirador del sexo femenino, nunca machista. Y consideró el amor como algo redentor y excelso. Aquí presenta a la familia como carga, a los ejércitos de hijos, a la suegra, y a *la esposa* como institución. Casi no la considera una mujer. Ni siquiera un ser humano: cuando ridiculiza la falta de independencia en el voto de los parlamentarios casados, no sólo les acusa de votar según la conciencia de sus esposas, sino que duda de que tal conciencia exista.

Este relato de un desdichado esposo comienza con una descripción ambiental terrorífica. El estilo bromista de Dickens (o el del alegre caballero a quien hace contarle) ridiculiza ya de entrada la tópica escenografía de los cuentos de fantasmas que a él tanto le han gustado siempre. Lo normal es que el viento aülle, que suene en las chimeneas, que la luna produzca contrastes de luz. O sea, parece querer decir, ésta *también* es una historia real, como la de *Las cinco hermanas de York*. Sin embargo...

Sin embargo, hay alguien aquí que vuelve sobrenatural el relato. Alguien cuya fúnebre y estafalaria descripción es digna de los mejores ilustradores de su autor. Alguien a quien no le gustan nada las bromas. Y alguien que lleva una estaca clavada, como los vampiros, aunque de quita y pon: anotamos este pequeño detalle para los aficionados al género fantástico y de terror.

Bien, volvamos al capítulo VI de *Nicholas Nickleby*. Al punto justo donde:

«Después de un largo silencio, el risueño caballero repartió a todos el ponche y, mirando maliciosamente a la presuntuosa señora, que parecía muy preocupada ante el temor de oír algo incorrecto, comenzó el cuento de *El barón de Grogzwig...* ».

Juan TÉBAR

El barón de Grogzwig

El barón von Koëldwethout de Grogzwig, Alemania, era el más exacto ejemplo de joven barón que imaginarse pueda. No necesito decir que vivía en un castillo, porque sería evidente; tampoco que se trataba de un castillo antiguo... ¿Qué barón alemán ha vivido en uno nuevo? Había gran cantidad de circunstancias extrañas relacionadas con este venerable edificio. Entre ellas (y sin ser la menos sorprendente y misteriosa), estaba el que cuando soplaban el viento, éste rugía en las chimeneas, o incluso aullaba entre los árboles del vecino bosque; y también que la luna, al salir, encontraba cómo colarse a través de algunas rendijas en el muro, dejando parte de las amplias salas y galerías iluminadas, mientras otras quedaban sumidas en profundísimas sombras.

Tengo entendido que, estando mal de dinero, uno de los antepasados del barón le clavó una daga a un caballero que una noche llamó a la puerta para preguntar el camino. Y se extendió la creencia de que estos milagrosos sucesos eran consecuencia de aquel hecho. Aunque apenas puedo creer que fuera así, porque este antepasado del barón, que era un hombre afable, se sintió francamente apenado por haberse precipitado tanto y, tras apoderarse violentamente de piedra y otros materiales de construcción pertenecientes a un barón más débil, construyó una capilla como reparación y se hizo un recibo celeste en descargo de cualquier demanda.

El hablar sobre el antepasado del barón me ha traído a la memoria los grandes títulos que tenía el barón, debido a su linaje. No me atrevería a decir con seguridad cuántos antepasados tuvo el barón, pero sé que fueron muchos más que los de cualquier otro hombre de su época; y lo único que desearía es que hubiese nacido en tiempos más recientes, para que hubiera tenido aún más. Es duro para los grandes hombres de siglos pasados haber tenido que llegar al mundo tan pronto, ya que, razonablemente, no puede esperarse de un hombre que ha nacido hace trescientos o cuatrocientos años el mismo número de parientes a sus espaldas que de un hombre nacido hoy. El último de los humanos vivo, sea lo que sea (un zapatero remendón o el más despreciable sujeto que conozcamos), podría tener una genealogía mayor que el más grande de los hombres. Y yo sostengo que eso no es justo.

Bueno, pero ¿y el barón von Koëldwethout de Grogzwig? Era un guapo muchacho moreno, de pelo oscuro y grandes bigotes que salía de caza vestido de Lincoln verde^[8], con botas de cuero y un cuerno al hombro, como el guardián de un gran escenario.

Cuando tocaba su cuerno, otros veinticuatro nobles de rango inferior, vestidos de Lincoln verde un poco más basto y con botas de cuero de suela algo más burda, echaban los perros al campo inmediatamente; y allá iban todos, galopando, con lanzas en sus manos como rejas perfectamente afiladas, para cazar jabalíes o quizá encontrar un oso; en

este último caso el barón, en primer lugar, lo mataría y después engrasaría con él sus patillas.

Era ésta una alegre vida para el barón de Grogzwig, y más alegre aún para su séquito, que cada noche bebía vino del Rhin hasta caer bajo la mesa y allí continuaba vaciando botellas en el suelo y pidiendo su pipa. Nunca hubo gente tan alegre, jaranera, juguetona y dada a las calaveradas como el jovial grupo de Grogzwig.

Pero los placeres de la mesa, o los placeres de debajo de la mesa, exigen un poco de variedad; sobre todo cuando las mismas veinticinco personas se sientan cada día a comer juntas, discuten las mismas cosas y cuentan las mismas historias. El barón empezó a aburrirse y quería algo excitante. Le dio por buscar pelea con sus nobles, y cada noche, después de la cena, procuraba patear a dos o tres de ellos. Éste fue, al principio, un cambio agradable, pero después de una semana o algo más, comenzó a hacerse monótono y el barón cayó en el malhumor, el abatimiento y la desesperación; necesitaba algún nuevo entretenimiento. Una noche, después de una jornada de cacería en que había superado a Nimrod y Gillingwater^[9], matando «otro bello oso» que se había llevado a casa como triunfo, el barón von Koëldwethout se sentó tristemente a la cabecera de su mesa y se dedicó a observar, con aspecto alicaído, el techo ahumado de la sala. Bebió grandes tragos de vino, pero cuanto más bebía, más se fruncía su ceño. Los nobles que habían sido honrados con la peligrosa distinción de sentarse a su izquierda y derecha le imitaron en lo de beber, y se miraban ceñudos el uno al otro.

—¡Lo haré! —gritó el barón, de repente, golpeando la mesa con su mano derecha y girando la punta de su bigote con la izquierda—. ¡Brindemos por lady Grogzwig!

Los veinticuatro trajes de Lincoln verde se quedaron pálidos, a excepción de sus veinticuatro narices, que eran inmutables.

—¡He dicho por lady Grogzwig! —repitió el barón, mirando a los comensales.

—¡Por lady Grogzwig! —bramaron los trajes de Lincoln verde, y por sus veinticuatro gargantas se colaron veinticuatro pintas de vino imperial tan añejo y exquisito que se relamieron sus cuarenta y ocho labios e hicieron un nuevo guiño.

—¡La hermosa hija del barón von Swillenhause! —dijo el barón von Koëldwethout, accediendo a explicarse—. Se la pediremos en matrimonio a su padre antes de que mañana se ponga el sol. Si rechaza nuestra proposición, le cortaremos la nariz.

Un ronco murmullo se elevó entre la concurrencia, y cada hombre tocó primero el pomo de su espada y después la punta de su nariz, en un gesto de aterrador significado.

¡Cuán grato de ver es el amor filial! Si la hija del barón von Swillenhausem hubiera alegado que su corazón ya había sido entregado, o si hubiera caído a los pies de su padre empapándolos con sus lágrimas saladas, o simplemente se hubiera desmayado mientras obsequiaba al viejo noble con frenéticas exclamaciones, se podría apostar cien contra uno a que el castillo de Swillenhausem habría salido disparado por una ventana, o mejor dicho, que el barón habría salido por una ventana y el castillo habría quedado reducido a cenizas.

Sin embargo, la dama mantuvo la compostura cuando un madrugador mensajero trajo, a la mañana siguiente, la petición del barón von Koëldwethout, y se retiró modestamente a su habitación, desde cuya ventana vio la llegada del pretendiente y su séquito. No supo que el jinete de grandes bigotes sería su futuro marido hasta que se presentó ante su padre y le comunicó estar dispuesta a sacrificarse para asegurar la paz. El venerable barón abrazó a su hija y exhaló un suspiro de felicidad.

Aquel día hubo un gran festejo en el castillo. Los veinticuatro Lincoln verde de von Koëldwethout intercambiaron juramentos de eterna amistad con doce Lincoln verde de von Swillenhausem, y prometieron al viejo barón que beberían vino hasta alucinar^[10] (querían decir, con toda probabilidad, hasta que todos sus semblantes se hubieran teñido del mismo color que sus narices). Cuando llegó la hora de partir, todos palmearon las espaldas de todos, y el barón von Koëldwethout y sus acompañantes cabalgaron alegremente de vuelta a casa.

Durante seis largas semanas los osos y los jabalíes tuvieron vacaciones. Las casas de Koëldwethout y de Swillenhausem se habían unido. Se oxidaron las lanzas y el cuerno del barón quedó desafinado por falta de uso.

Fueron éstos buenos tiempos para los veinticuatro; pero ¡ay!, sus mejores y más felices días ya les habían robado sus botas y con ellas se alejaban.

—Querido —dijo la baronesa.

—Mi amor —dijo el barón.

—Esos hombres tan vulgares y ruidosos...

—¿Quiénes, señora? —dijo el barón, sobresaltado.

La baronesa señaló la ventana junto a la que estaban, y luego al patio cercano donde algunos inconscientes de Lincoln verde tomaban los

últimos tragos que más tarde vomitarían, después de cazar uno o dos jabalíes.

—Mi séquito de caza, señora —dijo el barón.

—Despídelos, amor —murmuró la baronesa.

—¿Despedirlos? —gritó el barón, con asombro.

—Para complacerme, amor —replicó la baronesa.

—¡Para complacer al diablo, señora! —contestó el barón.

Después de esto, la baronesa profirió un gran chillido y se desmayó a los pies del barón.

¿Qué podía hacer el barón? Llamó a la doncella de la dama y bramó que se avisara al doctor. Acto seguido se abalanzó al patio y dio de puntapiés a dos de los caballeros vestidos de Lincoln verde más acostumbrados a ello, y llamando a los demás entre maldiciones les ordenó que se fueran... no importa a dónde. No conozco el modo de decirlo en alemán, si no, para mayor delicadeza, usaría esa expresión.

No me corresponde a mí decir de qué manera, o en qué grado, algunas mujeres logran someter a sus maridos como de hecho lo hacen, aunque tengo mi propia opinión al respecto, y creo que ningún miembro del Parlamento debería estar casado, porque tres de cada cuatro de los que lo están deben votar de acuerdo con la conciencia de sus esposas (si es que ésta existe) y no de acuerdo con la suya propia.

Baste, por el momento, con que diga que la baronesa von Koëldwethout, de un modo u otro, adquirió un gran control sobre el barón von Koëldwethout y que, poco a poco y pasito a pasito, y día a día, y año a año, el barón fue llevando las de perder en determinadas discusiones, o viéndose suavemente apartado de alguna de sus antiguas diversiones; y que en la época en que era un tipo sano y rellenito de unos cuarenta y ocho años o así, no celebraba festejos, ni trasnochaba, ni tenía séquito de caza, ni caza... ni nada de lo que le gustaba o solía tener; y que aunque era fiero como un león y duro como el bronce, estaba confinado y vencido por su propia mujer en su propio castillo de Grogzwig.

Y no eran éstos todos los infortunios del barón. Aproximadamente un año después de su boda vino al mundo un lustroso baroncito, en cuyo honor hubo grandes fuegos artificiales y se bebieron docenas de barricas de vino. Pero al año siguiente llegó una joven baronesa, y al año siguiente otro pequeño barón, y así, cada año, un barón o baronesa (y un año dos juntos), hasta que el barón se vio convertido en el padre de una pequeña familia de doce miembros. En cada uno de estos años, la venerable baronesa von Swillenhause se mostraba nerviosamente preocupada por el bienestar de su hija, la baronesa von Koëldwethout. Y, si bien es cierto que nunca pudo confirmarse que la buena señora

hiciera nada en concreto que ayudase a la recuperación de su hija, también lo es que se creía con el deber de permanecer en el castillo de Grogzwig, lo más nerviosa posible, repartiendo su tiempo entre observaciones morales sobre la forma en que el barón gobernaba su casa y lamentaciones sobre la dura suerte de su desdichada hija. Y si el barón de Grogzwig, levemente herido o irritado por esto, reunía algún coraje y se aventuraba a sugerir que su mujer, cuando menos, no estaba en peor situación que las esposas de otros barones, la baronesa von Swillenhausem suplicaba a todos los presentes que notaran cómo nadie, excepto ella, se compadecía de los sufrimientos de su querida hija; ante lo cual, sus parientes y amigos se daban cuenta de que, sin duda, ella lloraba muchísimo más que su yerno, y de que, si existía algún animal con corazón de piedra, ése era el barón de Grogzwig.

El pobre barón aguantó todo esto tanto tiempo como le fue posible, y cuando ya no soportó más, perdió el apetito y el ánimo y se abandonó a un sombrío descorazonamiento. Pero aún le esperaban mayores problemas y, según fueron llegando, su melancolía y tristeza aumentaron. Cambiaban los tiempos. Contrajo deudas. Las arcas de los Grogzwig se vaciaron, aunque la familia Swillenhausem las había creído inagotables; y justo cuando la baronesa estaba a punto de hacer la decimotercera addenda a la dinastía familiar, von Koëldwethout descubrió que no tenía medio alguno para volver a llenar sus exhaustas arcas.

—No veo qué puede hacerse —dijo el barón—, creo que tendré que matarme.

Era una brillante idea. El barón cogió un viejo cuchillo de caza de una alacena de por allí y, después de haberlo afilado contra su bota, hizo lo que los chavales llaman un «tiento» en su garganta.

—¡Ejem! —dijo el barón, parándose de repente—. Quizá no está lo bastante afilado.

El barón volvió a afilarlo, e hizo otro intento, pero su mano quedó detenida por un impresionante griterío de los barones y baronesas más jóvenes, que tenían su cuarto de juego en el torreón inmediatamente superior, con barrotes de hierro en las ventanas para que no se cayeran al foso.



—Si me hubiera quedado soltero —dijo el barón, entre suspiros—, podría haber hecho esto cincuenta veces sin que nadie me interrumpiera. ¡Eh! Llevad una frasca de vino y la mayor de las pipas a la pequeña habitación abovedada que está detrás del vestíbulo.

Uno de los criados, con muy buenos modales, dio cumplimiento durante una media hora a las órdenes del barón, y von Koëldwethout, una vez informado de ello, se dirigió a la habitación abovedada. Sus paredes — que eran de madera oscura y brillante— centelleaban a la luz de los troncos encendidos que habían sido dispuestos en la chimenea. La botella y la pipa estaban listas y, en general, parecía un lugar muy confortable.

—Deja la vela —dijo el barón.

—¿Algo más, señor? —preguntó el criado.

—Estar solo —contestó el barón.

El criado obedeció y el barón cerró la puerta con llave.

—Fumaré una última pipa —dijo el barón—, y luego acabaré conmigo.

Y así, lord Grogzwig, dejando el cuchillo sobre la mesa hasta el momento en que fuera necesario y sirviéndose una buena cantidad de

vino, se dejó caer en su silla, estiró las piernas hacia el fuego y dio una chupada a la pipa.

Pensó en muchísimas cosas... en sus problemas actuales, en los pasados días de soltería, en los hombres de Lincoln verde, hacía tanto tiempo dispersos a lo largo y ancho del país sin que nadie supiera por dónde, a excepción de dos que, por desgracia, habían sido decapitados y de otros cuatro que se habían matado a fuerza de beber... Su mente perseguía osos y jabalíes cuando, en mitad del acto de vaciar del todo su copa, levantó los ojos y vio, por primera vez y con inmenso asombro, que no estaba solo.

No, no lo estaba. Y es que al otro lado del fuego se sentaba, con los brazos cruzados, una deforme figura arrugada con los ojos hundidos e inyectados en sangre y con un larguísimo rostro cadavérico sombreado por picudos mechones de burdo pelo negro. Vestía una especie de túnica de color azul desvaído que, según observó el barón mirándola atentamente, tenía unos cierres o adornos en la parte delantera como asas de ataúdes.

También sus piernas estaban incrustadas en placas de ataúd como en una armadura, y sobre el hombro izquierdo llevaba una oscura capa corta, que parecía hecha con restos de algún paño mortuorio. No prestaba ninguna atención al barón, sino que miraba intensamente el fuego.

—¡Oiga! —dijo el barón, dando un golpe con el pie para llamar su atención.

—Oigo —replicó el extraño, volviendo sus ojos hacia el barón, pero no el rostro o el cuerpo—. ¿Qué pasa?

—¿Que qué pasa? —exclamó el barón, sin asustarse de su voz hueca y sus ojos sin brillo—. Yo debería hacer esa pregunta. ¿Cómo ha entrado aquí?

—Por la puerta —contestó la figura.

—¿Qué es usted? —dijo el barón.

—Un hombre —contestó la figura.

—No lo creo —dijo el barón.

—Pues no lo crea —dijo la figura.

—No lo haré —replicó el barón.

Durante algún tiempo, la figura observó al osado barón de Grogzwig, y después le dijo con familiaridad:

—Veo que no se te ocurre. Yo no soy mortal.

—Entonces, ¿qué eres? —preguntó el barón.

—Soy un genio —contestó la figura.

—No lo pareces —replicó el barón, desdeñosamente.

—Soy el Genio de la Desesperación y el Suicidio —dijo la aparición—. Ahora ya me conoces.

Con estas palabras el espectro se volvió hacia el barón, como disponiéndose a una charla... Y fue asombroso cómo, al apartarse la capa, dejó a la vista una estaca que atravesaba el centro de su cuerpo, se la arrancó de un tirón y la puso en la mesa tan tranquilamente, como si fuese un bastón de paseo.



—Ahora —dijo la figura, echando una mirada al cuchillo de caza—, ¿estás preparado para venir conmigo?

—Aún no —contestó el barón—, antes he de terminar mi pipa.

—Pues, ¡venga! —dijo la figura.

—Parece que tienes prisa —dijo el barón.

—Bueno, sí —respondió la figura—. Justo ahora tengo una gran cantidad de trabajo entre Inglaterra y Francia, y mi tiempo está muy cargado de ocupaciones.

—¿Bebes? —dijo el barón, tocando la botella con la cazoleta de su pipa.

—Nueve de cada diez veces, y bastante —repuso la figura secamente.

—¿Nunca con moderación? —preguntó el barón.

—Nunca —contestó la figura, con un estremecimiento—. Aumenta la alegría.

El barón le echó otra mirada a su nuevo amigo, al que consideraba un contertulio en extremo curioso, y finalmente le interpeló sobre si tomaba parte activa en asuntillos como el que él tenía en perspectiva.

—No —contestó evasivamente la figura—, pero siempre estoy presente.

—Tan sólo para constatarlo, supongo —dijo el barón.

—Eso es —repuso la figura, jugueteando con la estaca y examinando la palmatoria—. Apresúrese cuanto pueda, ¿quiere? Es que me espera un joven noble desconsolado por el exceso de dinero y de ocio.

—¡Que se va a matar porque tiene demasiado dinero! —exclamó el barón, notablemente divertido—. ¡Ja!, ¡ja!, ¡ja!, ésta sí que es buena.

(Era la primera vez que el barón reía desde hacía mucho tiempo.)

—Se lo advierto —le reconvino la figura, mirándole de forma intimidadora—. No vuelva a hacerlo.

—¿Por qué? —interrogó el barón.

—Porque me molesta infinitamente —replicó la figura—. Suspire cuanto quiera. Eso me sienta bien.

En cuanto mencionó la palabra, el barón suspiró mecánicamente.

La figura, reanimándose, le ofreció el cuchillo de caza con la más persuasiva amabilidad.

—Pues no es una mala idea —observó el barón, tanteando el filo del arma—. Alguien que se mata porque tiene demasiado dinero.

—¡Bah! —dijo el espectro con petulancia—. No mejor que alguien que se mata por tener poco o nada.

Bien porque el genio, sin quererlo, se traicionó al decir esto, o porque creía que la decisión del barón era tan firme que no importaba lo que él comentase, no sabría decidirme, el caso es que el barón detuvo su mano de repente, abrió mucho los ojos y miró como si, por primera vez, se le hubiera hecho una nueva luz.

—¡Bueno!, realmente —dijo von Koëldwethout— nada es irremediable.

—Excepto las arcas vacías —gritó el genio.

—¡Bien!, puede que algún día estén de nuevo llenas —opinó el barón.

—Y las esposas gruñonas —bufó el genio.

—¡Oh!, se las puede apaciguar —dijo el barón.

—Trece niños —aulló el genio.

—No todos saldrán mal, seguro —dijo el barón.

Era evidente que el genio se estaba enfureciendo terriblemente con el barón, que sin previo aviso mantenía semejantes opiniones. Pero trató de quitarle importancia y dijo que si le hacía saber cuándo dejaría de bromear, le estaría sumamente agradecido.

—¡Pero si no bromeo! ¡Jamás estuve tan lejos de hacerlo! —protestó el barón.

—¡Bueno!, me alegra oír eso —dijo el genio, mirando ceñudo—, porque una broma, y no hago ninguna metáfora, es mi muerte. ¡Venga!, deja de una vez este mundo terrible.

—No sé —alegó el barón, jugando con el cuchillo—. Es terrible, sin duda, pero no creo que el tuyo sea mucho mejor. Tú no tienes aspecto de ser demasiado reconfortante y eso me hace pensar... ¿Qué seguridad tengo de que, después de todo, algo vaya a mejorar si abandono este mundo? —gritó, levantándose—. Nunca lo había pensado.

—Acaba ya —bramó la figura, rechinando los dientes.

—¡Vete! —contestó el barón—. Yo no voy a seguir mirando mis miserias ni un minuto más, sino que las afrontaré con buena cara y de nuevo volveré al aire libre y a los osos. Y si eso no funciona, hablaré claramente con la baronesa y descuartizaré a los von Swillenhousen.

Tras esto, el barón se dejó caer en su silla y rió tan alto y estrepitosamente que la habitación retumbó.

La figura retrocedió uno o dos pasos, mientras miraba al barón con un terror intenso, y, cuando cesó la risa, cogió su estaca, la clavó violentamente en su cuerpo, articuló un alarido estremecedor y desapareció.

Von Koëldwethout no volvió a verla. Una vez decidido a actuar, pronto hizo entrar en razón a la baronesa y a los Swillenhousen, y murió muchos años después no como un hombre rico, que yo sepa, pero sí feliz. Dejó tras de sí una numerosa familia cuidadosamente educada en la caza de osos y jabalíes, bajo su personal supervisión.

Y mi consejo para todos los hombres es, que si alguna vez se sienten obsesionados y melancólicos por razones similares (como le sucede a muchos humanos), que analicen las dos caras de la moneda y usen una buena lupa con la mejor de ellas. Y si aún sienten la tentación de desaparecer sin despedirse, que se fumen una buena pipa y beban hasta la última gota una botella de buen vino, y saquen provecho del loable ejemplo del barón de Grogzwig.



Confesión encontrada en una cárcel en la época de Carlos II

Introducción

Este cuento fue publicado en 1840, el 18 de abril. Apareció en el número de la tercera semana de *Master Humphrey's Clock*, en el que también aparecían las dos novelas *The old curiosity shop* y *Barnaby Rudge*. Cuando se publicaron como obras independientes, Dickens omitió el material restante, al que pertenece esta *Confesión...* Hemos usado el texto de su primera edición.

Ésta es una historia terrorífica que, sin convocar elementos estrictamente fantasmales, produce tanto escalofrío como si la culpa fuera un verdadero fantasma. Dickens era poseedor de un amplio repertorio de estas historias, sobrenaturales o simplemente pavorosas. Oídas en la niñez, leídas en folletines o sacadas de la terrible realidad, usó algunas para estas revistas semanales o mensuales que dirigió en su vida. Y que devoraban material como hoy —comparativamente— devora argumentos la televisión, para la que, sin duda, hubiera escrito Dickens de pertenecer a nuestra época, como ya hemos dicho. Incluso hubiese intervenido personalmente ante las cámaras, interpretando sus relatos. Algo parecido hizo los últimos años de su vida, dando las llamadas «lecturas públicas», que posiblemente apresuraron su muerte.

En el ensayo titulado *Un árbol de Navidad* que Dickens publicó en 1850 en la revista *Palabras del Hogar*, nos cuenta varios argumentos para muchas historias espectrales posibles. Y entre todo ese material, hace referencia a la historia de un tutor y un huérfanito. Era la misma historia que, diez años antes, había contado como esta *Confesión*. En *Un árbol de Navidad* dice, textualmente: «... es una historia que ha sido contada en muchas ocasiones de una manera incorrecta...». Quizá esta ocasión sea también una de ellas. El escritor hace lo que quiere con la materia de sus propias pesadillas, aquellas terroríficas narraciones que le contaba su niñera Mary Weller. Y que fueron el primer alimento de su imaginación.

Los lectores de Edgar Allan Poe encontrarán, sin duda, un parentesco notable entre este cuento de Dickens y *El corazón delator*. El de Poe está fechado en 1843, pero su antecedente de *remordimiento visual* (el de *El corazón* es *auditivo*) se encuentra en *William Wilson*, de 1839. No es probable, de todas formas, que Dickens conociera o leyese a Poe antes de 1842. De cualquier forma, los cuentos de este género están todos muy relacionados entre sí. La mayoría proceden de las obsesiones más íntimas y antiguas del ser humano.

Juan TÉBAR

Confesión encontrada en una cárcel en la época de Carlos II

Serví como teniente en el ejército de Su Majestad y participé, en el extranjero, en las campañas de 1677 y 1678^[11]. Al finalizar el tratado de Nimega volví a casa, pedí el retiro y me instalé en una pequeña finca, a pocas millas al este de Londres, que acababa de adquirir gracias a ciertos derechos de mi esposa.

Ésta es la última noche de vida que me queda y voy a escribir la verdad desnuda, sin máscara. Nunca fui un hombre valiente y, desde niño, una parte de mi carácter fue secreta, arisca y recelosa. Hablo de mí mismo como si hubiera dejado este mundo, porque mientras escribo se está cavando mi tumba y mi nombre está escrito en el negro libro de la muerte.

Poco después de mi regreso a Inglaterra, mi único hermano contrajo una enfermedad mortal. Este hecho me produjo un escaso —si no nulo— dolor, ya que desde que alcanzamos la edad adulta manteníamos muy poco trato. Él era un hombre de corazón abierto y generoso, más atractivo que yo, más culto y, por lo general, más querido. Aquellos que me habían conocido, en el extranjero o aquí, por ser amigos suyos, rara vez mantenían conmigo una relación duradera, y ya en nuestra primera conversación solían mostrar su sorpresa ante la existencia de dos hermanos tan distintos en su educación y aspecto. Yo solía alentarles a esta confesión, porque imaginaba la comparación que debían estar haciendo entre nosotros, y así podía justificar la enconada envidia de mi corazón.

Nos habíamos casado con dos hermanas. Este nuevo lazo entre nosotros —así lo considerarían algunos— tan sólo sirvió para alejarnos aún más. Su mujer me conocía bien. Jamás dejé ver mis ocultos celos o mi rencor cuando ella estaba presente, pero aquella mujer me conocía tanto como yo mismo. Nunca alcé los ojos para mirarla en aquellos tiempos, sin embargo, los suyos se mantenían fijos en mí, ni jamás los humillé hacia el suelo o miré en dirección contraria, pero nunca dejé de sentir su vigilancia constante. Sentía un alivio inconmensurable en las épocas en que no nos hablábamos, y aún fue mayor mi alivio cuando me llegó la noticia, en el extranjero, de su muerte. Ahora me parece como si ya entonces un extraño y terrible anuncio de lo que iba a suceder se cerniera sobre nosotros. La temía, me obsesionaba; su mirada fija y constante vuelve ahora como memoria de un sueño oscuro y hace que se me hiele la sangre.

Murió al poco tiempo de dar a luz un hijo —niño—. Cuando mi hermano supo que no le quedaba esperanza de recuperarse llamó a mi esposa y desde el lecho confió al huérfano, un niño de cuatro años, a su cuidado. Legó al niño todas sus propiedades y dispuso que, en caso de morir el mismo, pasarían a mi esposa en reconocimiento a sus cuidados y cariño. Intercambié conmigo algunas palabras de hermandad, deplorando

nuestra larga separación y, exhausto, cayó en un estado de somnolencia del que ya no despertó.

Nosotros no teníamos hijos y entre las hermanas había existido un gran afecto; mi mujer, prácticamente, ocupó el lugar de la madre del chico, al que amaba como si hubiese sido suyo. El niño le tenía un ardiente cariño, pero era la viva imagen de su madre, en rostro y alma, y siempre desconfió de mí.

Me resulta difícil fijar la fecha de la primera vez que tuve aquel sentimiento, pero pronto empezó a serme incómoda la proximidad del niño. Nunca fui más allá de una serie de irritados pensamientos al notar su mirada sobre mí: no de mero pasmo infantil, sino con algo de la intencionalidad y sentido que tan a menudo percibía en su madre. Y no era que yo forzase mi imaginación debido al gran parecido de su aspecto y expresión. Nunca pude despreciar al chico. Me temía y al mismo tiempo parecía, por instinto, despreciarme; incluso cuando se alejaba de mi vista (como hacía cuando estábamos solos, para estar más cerca de la puerta) mantenía sus ojos brillantes clavados en mí.

Quizá me oculte la verdad a mí mismo, pero no creo que cuando aquello empezó tuviera intención de hacerle ningún daño. Quizá se me pasó por la cabeza lo útil que hubiese sido su herencia y pude desear su muerte, pero no pensé en planearla.



Tampoco se me ocurrió la idea de repente, sino muy poco a poco; al principio se presentó como algo turbio, a gran distancia, de la misma manera que puede imaginarse un terremoto o el Día del Juicio Final... y lentamente se fue aproximando más y más, a la vez que perdía parte de su horror e imposibilidad. Luego llegó a convertirse en una parte, mejor dicho, en la suma y sustancia de mis pensamientos diarios, que consistían en resolver problemas de los medios de seguridad y no ya en si cometer o no el hecho.

Mientras en mi interior sucedían estas cosas, no podía soportar que el niño me sorprendiese observándole ni sustraerme a la fascinación que suponía la personal tarea de contemplar su ligera y frágil figura, pensando lo fácil que sería llevar a cabo su muerte.

A veces me deslizaba escaleras arriba y le observaba mientras dormía, pero normalmente merodeaba por el jardín cerca de la ventana durante horas, mientras permanecía sentado en su sillita junto a mi esposa. Me

sobresaltaba como un vil culpable ante el mínimo crujido de una hoja, pero volvía, una y otra vez, a mi puesto de espionaje.

Cerca de nuestra casa, aunque algo apartado y por tanto poco visible y (en cuanto soplase algo de viento) audible, había un profundo lago. Me pasé varios días dando forma, con una navaja de bolsillo, a un tosco modelo de bote; por fin lo terminé y lo dejé abandonado en el camino del niño. Después me metí en un escondrijo frente al que debería pasar si se escabullía él solo para hacer navegar aquella chuchería, y desde allí aceché su llegada. No vino aquel día ni el siguiente, aunque esperé desde el mediodía hasta la caída de la noche. Sabía que estaba en mis redes: ya le había oído hablar del juguete y me constaba que, en su goce infantil, dormía con él. No me sentí aburrido ni cansado, sino que esperé pacientemente y el tercer día pasó, corriendo alegre, con sus cabellos de seda al viento y cantando (¡Dios se apiade de mí!) una feliz balada... de la que casi no sabía balbucear la letra.

Me deslicé a gatas tras él, entre algunos arbustos que crecen allí, y nadie excepto el diablo conoce el terror que yo, un hombre adulto, pasé al seguir los pasos de aquella criatura mientras se aproximaba a la orilla. Estaba casi sobre él, arrodillado con la mano en alto dispuesta a empujarle, cuando vio mi sombra en el agua y se volvió.

El fantasma de su madre me miraba a través de sus ojos. El sol apareció de detrás de una nube: brilló en el cielo resplandeciente, sobre la tierra que centelleaba, el agua clara y las gotas de lluvia en las hojas. Había ojos en todas partes. Un gran universo de luz estaba allí para ser testigo del asesinato. No sé lo que dijo. Era de estirpe audaz y animosa, y aun siendo niño no se rebajó ni humilló ante mí. Le oí gritar que intentaría quererme (no que lo hiciera) y le vi volverse corriendo hacia la casa. Mi siguiente visión fue mi propia espada desenvainada en mi mano y él que yacía a mis pies, muerto... salpicado de sangre aquí y allí, pero por lo demás con un aspecto muy similar al que tenía durmiendo... su postura era la misma también, con la mejilla apoyada en su manita.



Lo tomé en mis brazos y lo dejé —muy suavemente, ahora que estaba muerto— entre la maleza. Mi mujer se había ausentado aquel día y no regresaría hasta el siguiente. La ventana de nuestro dormitorio (el único en este lado de la casa) no era muy alta respecto al suelo, y decidí bajar por ella durante la noche y enterrarlo en el jardín. No me percaté entonces de que algo había fallado en mi propósito, no pensé que se drenaría el río sin resultado y que la herencia quedaría en suspenso hasta que yo lanzase la idea de que el niño se había perdido o escapado. Todos mis pensamientos se habían amontonado y aglutinado alrededor de la absorbente necesidad de esconder lo que había hecho.

Cómo me sentí cuando me comunicaron que el niño había desaparecido, cuando envié batidas en todas direcciones, cuando temblaba y sollozaba al aproximarse cualquiera, es algo que ninguna garganta podría decir, ni mente humana imaginar. Lo enterré aquella noche: cuando aparté las ramas y miré en la oscura maleza, había una luciérnaga que brillaba como la muestra visible del Espíritu de Dios sobre el niño asesinado. Eché un vistazo a su tumba, cuando lo hube metido en ella, y seguía

brillando en su pecho: un ojo de fuego mirando hacia el Cielo, suplicando a las estrellas que contemplasen mi obra.

Tenía que encontrarme con mi esposa y comunicarle con delicadeza la noticia, darle la esperanza de que pronto se encontraría al chico. Lo hice... con cierta apariencia, supongo, de sinceridad, ya que no era objeto de ninguna sospecha. Una vez hecho esto, me senté junto a la ventana del dormitorio durante toda el día y vigilé el lugar donde yacía el terrible secreto.

Era un trozo de tierra que había sido removida para plantar nuevamente césped, y lo había elegido precisamente por ese motivo, ya que allí las huellas de mi pala tenían menos posibilidad de llamar la atención. Los hombres que pusieron el césped debieron tomarme por loco. Les llamaba continuamente apresurándoles en su trabajo, salía corriendo y trabajaba con ellos, pisaba el césped con los pies y les apremiaba con fanática energía. Terminaron su trabajo antes de la noche, y entonces me sentí relativamente a salvo.

Dormí... no como la gente que se levanta fresca y alegre, pero dormí. Pasando de sueños oscuros e imprecisos en los que me sentía acosado, a visiones de aquel trozo de hierba, del que surgía ahora una mano, ahora un pie, ahora la cabeza misma. En este punto siempre me despertaba y deslizaba hasta la ventana para comprobar que aquello no sucedía realmente. Una vez hecho esto volvía a arrastrarme hasta la cama, y así pasé la noche, entre espasmos, levantándome y acostándome más de veinte veces, y soñando lo mismo una y otra vez... Fue mucho peor que haber permanecido despierto, porque cada sueño contenía el sufrimiento de toda una noche. En una ocasión creí que el niño estaba vivo y que nunca había intentado matarlo. Despertar de este sueño me sumió en la peor de las agonías.

Al día siguiente me senté de nuevo junto a la ventana, sin quitar los ojos del lugar que, aun cubierto de hierba, estaba desnudo para mí —su forma, su tamaño, su profundidad, sus lados irregulares, todo— como si estuviera expuesto a la luz del día. Cuando un criado lo atravesó, sentí que iba a hundirse en él; cuando hubo pasado, miré a ver si sus pies no habían levantado los bordes. Me aterrorizaba hasta que un pájaro se posase allí, no fuese que por alguna terrible maldición se convirtiese en el instrumento de su hallazgo; si un soplo de aire corría por ahí, susurraba en mi interior: «asesinato». No existía visión o sonido, por ordinario o insignificante que fuera, que no estuviese cargado de temores. Y en este estado de vigilancia incesante pasé tres días.

Al cuarto, un hombre que había servido conmigo en el extranjero llegó hasta la verja de mi casa, acompañado de su hermano, un oficial al que no había visto nunca. Pensé que no podría soportar perder de vista el lugar. Era una tarde de verano, así que ordené que sacasen al jardín una mesa y una frasca de vino. Después me senté, *con mi silla sobre la tumba*, y seguro de que nadie podría descubrirla sin mi conocimiento, intenté beber y charlar.

Los visitantes expresaron su deseo de que mi esposa se encontrara bien... de que no estuviera obligada a permanecer en cama... de que su llegada no la hubiese asustado. ¿Qué podía hacer sino contarles, de manera balbuceante, lo sucedido con el niño? El oficial al que no conocía era un hombre de mirada baja, y no levantó sus ojos del suelo mientras estuve hablando. ¡Incluso eso me aterraba! No podía apartar de mí la idea de que había visto algo que le hacía sospechar la verdad. Le pregunté atropelladamente si suponía que..., y me detuve.

—¿Que el niño ha sido asesinado? —dijo mirándome con indulgencia—. ¡Oh, no! ¿Qué iba a ganar un hombre asesinando a un pobre niño?

Yo podía haberle dicho lo que ganaba un hombre con semejante acto, nadie lo hubiera hecho mejor, pero callé mientras me recorría un escalofrío.

Confundieron el significado de mi emoción, y estaban intentando animarme con la esperanza de que el niño seguramente aparecería (¡vaya ánimos para mí!), cuando oímos un aullido sordo y profundo, e inmediatamente dos grandes perros saltaron el muro y, husmeando por el jardín, repitieron los ladridos que antes habíamos escuchado.

—¡Sabuesos! —exclamaron mis invitados.

¡Qué necesidad había de decírmelo! No había visto ninguno en toda mi vida, pero sabía lo que eran y para qué habían venido. Me agarré a los brazos de mi silla, y ni me moví ni hablé.

—Son de pura raza —dijo el hombre al que conocí en el extranjero—. Sin duda se han escapado de su guardián.

Él y su compañero se volvieron a mirar a los perros, que, con los hocicos pegados al suelo, se movían sin descanso, yendo de un lado a otro, cruzando arriba y abajo, en círculos, corriendo como seres salvajes, y sin hacernos el menor caso; de vez en cuando levantaban la cabeza y repetían el aullido que antes habíamos oído, luego volvían a pegar el hocico a tierra y rastreaban afanosamente aquí y allá. De repente, empezaron a husmear de una forma más impaciente que hasta el momento y, aunque estaban todavía muy agitados, ya no daban rodeos tan amplios, sino que se mantenían cerca de un punto concreto, disminuyendo constantemente la distancia entre ellos y yo.

Por fin llegaron junto a mi silla, y una vez más profirieron su terrible aullido e intentaron arrancar las patas de madera que les separaban de la tierra que estaba debajo. Me di cuenta de cuál sería mi aspecto por la expresión de los rostros de los dos hombres que estaban conmigo.

—Han olido algo —dijeron a la vez.

—¡No puede ser! —grité.

—¡Por Dios!, ¡muévase! —dijo el que yo conocía, muy nervioso—, o le van a hacer pedazos.

—¡Pueden destrozarme miembro a miembro, pero no pienso moverme! —chillé—. ¿O es que unos perros pueden conducir al hombre a una muerte ignominiosa? ¡Que los descuarticen a ellos!

—¡Aquí se esconde algún turbio misterio! —dijo el oficial a quien no conocía, desenvainando su espada—. ¡En nombre del Rey Carlos, ayudadme a prender a este hombre!

Ambos cayeron sobre mí y me apartaron, aun cuando yo luché, les mordí y agarré como un demente. Pasada la pelea, lograron mantenerme inmóvil entre los dos y entonces, ¡Dios mío!, vi a los perros furiosos escarbando en la tierra y arrojándola a montones por el aire.



¿Qué más puedo decir? Que caí de rodillas y, castañeteándome los dientes, confesé la verdad y rogué ser perdonado. Que desde entonces he negado y confesado una y otra vez. Que he sido juzgado por el crimen, declarado culpable y sentenciado. Que no tengo valor para anticiparme a mi suerte, ni para enfrentarme con ella como un hombre. Que no tengo compasión, ni consuelo, ni esperanza, ni amigos. Que mi mujer, afortunadamente, ha perdido las facultades que le hubieran permitido conocer mi desgracia o la suya. ¡Que estoy solo, en esta mazmorra de piedra, con mi alma diabólica, y que mañana moriré!

Para leer cuando anochezca

Introducción

Del texto inglés publicado en *Keepsake*, en 1852, hemos realizado esta versión castellana. Su título, que parece una recomendación amable al estilo de las *Recetas del Dr. Marigold*, de las que hablaremos respecto al cuento que sigue a éste, es evidentemente una ironía, aunque también se refiere a una tradición: las historias de miedo suelen contarse de noche, preferiblemente al fuego del hogar. Y si es posible en grupo. Leerlas cuando anochece, a solas, es una temeridad. En cuanto consejo, está claro que pretende una mayor intensidad de escalofrío. Lo cual puede ser bueno, según se mire. Pues ¿acaso no queremos asustarnos al leer un cuento de miedo? Obedezcamos, pues, al aconsejador, y esperemos a que anochezca para leerlo... Es bienintencionada la recomendación. Al relato que asusta conviene sacarle el máximo provecho.

Comienza esta historia con una reunión en los Alpes. De este grupo saldrán los cuentos que componen el texto. Se narran mientras se pone el sol en la cima de los altos montes suizos. «Era como si una gran cantidad de vino tinto hubiera sido derramada sobre la cumbre de la montaña...», dice el autor. Un especialista en terrores más explícito quizá hubiese sustituido por sangre la metáfora del vino. No sería la única vez que el Dickens viajero situara a sus personajes en estos elevados escenarios, respirando el espíritu de las cumbres. Cinco años después de publicar estos relatos de los correos, Dickens lleva a varias criaturas de su novela *La pequeña Dorrit* al paso del Gran San Bernardo. Son turistas ingleses que van desde Francia a Italia. Como se trata de nuevos ricos, los Dorrit (pasaron de un libro I, titulado *Pobreza*, a este II, llamado *Riquezas*, como recordará quien conozca el citado melodrama), se acrecienta el pasmo del viajero ante las montañas y el convento-parador. Dickens, que también debió de sentirse impresionado por el lugar, se detiene otra vez, y con más delectación, en la pintura de paisaje y decorado. Ambiente extranjero que va tan bien a un relato de misterio como a la exótica situación de los antiguos pobres.

En los cuentos que nos ocupan, aquellos que narran los correos en los Alpes suizos redoblan su aire cosmopolita: suceden en Italia y en Alemania.

Temas como los personajes obsesivos de un sueño, referencias a «un país sensible, en el que se investigan los asuntos misteriosos», nos hacen pensar en Hoffmann, a quien no sabemos si Dickens leería, y en la Alemania de los *Nocturnos*. Nosotros hemos acercado ya al lector a esos relatos en tres tomos de la colección «Laurín». Ahí se reunían gran parte de los cuentos fantásticos del máximo representante de ese *sensible país* tan interesado, como aquí Dickens, por la frontera entre los mundos del sueño y la supuesta realidad.

Juan TÉBAR

Para leer cuando anochezca

Uno, dos, tres, cuatro, cinco. Eran cinco.

Cinco correos sentados en un banco, en el exterior del convento que se halla sobre la cima del Gran San Bernardo^[12], en Suiza. Miraban las remotas alturas bañadas por la puesta del sol. Parecía como si una gran cantidad de vino tinto hubiera sido derramada sobre la cumbre de la montaña, sin tiempo aún para que la nieve la absorbiera.

El símil no es mío. Lo inventó para aquella ocasión el más fornido de los correos, que era el alemán. Ninguno de los otros le prestó más atención de la que me prestaban a mí. Yo estaba sentado en otro banco al lado opuesto de la puerta del convento, fumando mi cigarro, como ellos, y —también como ellos— mirando la nieve enrojecida y la cercana vertiente solitaria. En ella los cadáveres de viajeros, repentinamente sorprendidos por la noche, se secan lentamente, al descubierto, sin conocer la descomposición en esta región helada.

Mientras mirábamos, el vino fue embebido por la cima de la montaña y ésta se tornó blanca, y el cielo, de un azul intenso. Se levantó viento y el aire se volvió penetrantemente frío. Los cinco correos abotonaron sus toscas chaquetas. Como en semejantes circunstancias no hay hombre al que sea más seguro imitar que a un correo, yo abotoné la mía.

La puesta de sol sobre la montaña había detenido a los cinco correos en mitad de su charla. Es una visión sublime, perfectamente capaz de detener una conversación. Pero cuando la puesta de sol hubo abandonado la montaña, ellos reanudaron su charla. Yo no había oído nada de su anterior discurso; realmente, acababa de librarme de un caballero americano que, en el locutorio para viajeros del convento, sentado frente al fuego, se había empeñado en hacerme comprender todo el progreso de los acontecimientos que llevaron al honorable Ananias Dodger a acumular una de las mayores sumas de dólares jamás conseguidas en nuestro país.

—¡Dios mío! —dijo el correo suizo, hablando en francés, lo que no considero (como parecen hacer otros autores) excusa suficiente para que una expresión malsonante, por el mero hecho de ser escrita en esa lengua, se convierta en inocente—, ya que hablamos de fantasmas...

—Yo no hablo de fantasmas —dijo el alemán.

—Entonces, ¿de qué? —preguntó el suizo.

—Si yo supiera de qué —dijo el alemán—, probablemente sabría otras muchas cosas.

Era una buena respuesta, pensé, y eso despertó mi curiosidad. Así que cambié de posición en el banco, me trasladé a la esquina más próxima a

ellos y, apoyando la espalda contra el muro del convento, oía perfectamente sin que pareciese que estaba escuchando.

—¡Rayos y truenos! —dijo el alemán, arrebatado—. Cuando cierto hombre viene a verte inesperadamente, y sin saberlo él mismo envía algún tipo de mensajero invisible que te hace tenerle en mente durante todo el día, ¿cómo llamarías a eso? Cuando caminas por una calle concurrida, en Frankfurt, Milán, Londres, París, y piensas que un desconocido que pasa se parece a tu amigo Heinrich, y después otro desconocido se parece a tu amigo Heinrich, así que empiezas a tener el extraño presentimiento de que vas a encontrarte con tu amigo Heinrich, cosa que sucede, aunque tú lo creías en Trieste, ¿cómo llamas a eso?

—Tampoco es tan raro —murmuraron el suizo y los otros tres.

—¡Raro! —dijo el alemán—. Es tan frecuente como las cerezas en la Selva Negra, como los macarrones en Nápoles. Nápoles... ¡Eso me recuerda!... Cuando la vieja marquesa Senzamina grita, en una partida de cartas en La Chiaja (tal y como yo la he oído y visto, porque sucedió en una familia bávara para la que trabajé, y aquella noche me tocaba supervisar el servicio...). Como decía, cuando la vieja marquesa se levanta de la mesa de juego, pálida bajo su colorete, y grita: «¡Mi hermana en España ha muerto!, ¡he sentido un roce helado en la espalda!» Y, cuando resulta que esa hermana *sí* ha muerto en aquel momento, ¿cómo llamarías a eso?

—O cuando la sangre de San Genaro se licúa a petición del clero (que como todo el mundo sabe sucede regularmente, una vez al año) en mi ciudad natal —dijo el correo napolitano, tras una pausa, con aire cómico—, ¿cómo llamarías a eso?

—¡Eso ! —gritó el alemán—. ¡Bueno!, creo que sé el nombre de eso.

—¿Milagro? —dijo el napolitano con la misma expresión socarrona.

El alemán se limitó a fumar y sonreír, y todos ellos fumaron y rieron.

—¡Bah! —dijo luego el alemán—. Yo hablo de cosas que sucedieron en realidad. Cuando quiero ver a un médium, pago para ver a uno profesional, y es un gasto útil. Suceden cosas muy extrañas, sin necesidad de fantasmas. ¡Fantasmas! Giovanni Battista, cuenta tu aventura de la novia inglesa. No hay fantasmas en ella, pero sí algo incierto y extraño. ¿Podría alguien explicarme qué?

Como se produjo un silencio entre ellos, me permití echarles una ojeada. El que yo pensaba que debía ser Battista estaba encendiendo un nuevo cigarro. Al poco se puso a hablar. Debía de ser genovés, pensé.

—¿La aventura de la novia inglesa? —dijo—. *Basta*^[13] !. No se debe calificar tan a la ligera un suceso como «aventura». Bueno, lo es. Pero

es cierta. Fíjense bien, caballeros, es cierta. Quizá no es oro todo lo que reluce, pero lo que voy a contar es cierto.

Repitió esto más de una vez.

—Hará unos diez años mostré mis credenciales en el Long's Hotel, en Bond Street, a un caballero inglés que estaba a punto de iniciar un viaje de uno o dos años. Le parecieron bien; yo también le gusté. Quería hacer algunas averiguaciones y los informes que recibió fueron favorables. Me contrató por seis meses con una paga generosa.

»Era un hombre joven, apuesto, muy feliz. Estaba enamorado de una joven y hermosa dama inglesa, con fortuna suficiente, e iban a casarse. El viaje sería, a fin de cuentas, su luna de miel. Para descansar durante tres meses, disfrutando de un clima cálido (era el comienzo del verano), había alquilado un viejo palacio en la Riviera, a escasa distancia de mi ciudad, Génova, junto a la carretera de Niza. ¿Conocía yo aquel palacio? Sí. Lo conocía bien, le dije. Era un antiguo palacete de grandes jardines. Estaba poco amueblado y resultaba algo oscuro y sombrío, debido a los árboles que lo rodeaban; pero tenía solera, era espacioso e ilustre y se encontraba junto al mar. Me dijo que se lo había descrito con exactitud y se mostró encantado de que lo conociese. El que estuviera un poco escaso de muebles era algo que le sucedía a ese tipo de sitios. Respecto a que fuera más bien sombrío, lo habían alquilado principalmente por sus jardines y él y mi ama pasarían el verano a su sombra.

—»Así que ¿todo bien, Battista? —dijo.

—»Indudablemente, *signore* ; muy bien.

»Teníamos para el viaje una carroza recién construida y bastante completa. Todo estaba ultimado. No esperábamos nada más. Tuvo lugar la boda. Ellos eran felices. Yo era feliz, viendo las cosas tan bien: estaba situado, iba hacia mi propia ciudad, enseñaba mi propio idioma, sentado en el pescante trasero, a la doncella, *la bella* Carolina, joven y sonrosada, cuyo corazón festivo se iba llenando de risas.

»Volaba el tiempo. Pero yo observé (escuchad esto, os lo ruego) —y aquí el correo bajó la voz—, observé que mi ama estaba a veces melancólica de una manera muy extraña, atemorizada, infeliz, envuelta en una alarma incierta y tenebrosa. Creo que empecé a notarlo cuando caminaba, colina arriba, junto al carruaje y el amo se había adelantado. Sea como fuese, recuerdo que esa sensación quedó grabada en mi mente un anochecer, en el sur de Francia, cuando ella me mandó traer de vuelta al amo; él llegó y caminó un largo trecho junto a ella, hablándole de forma animosa y afectuosa, mientras apoyaba su mano en la ventanilla, donde se encontraba la de ella. De cuando en cuando, él reía como burlándose de algún asunto de su mujer. Poco a poco ella comenzó a reír, y todo volvió a su cauce.

»Era curioso. Le pregunté a *la bella* Carolina, la linda chiquilla: ¿No se encuentra bien la señora? En absoluto. ¿Desanimada? No. ¿Temerosa de los bandidos, las malas carreteras? No. Y lo que hizo aún más misteriosa la situación fue que la hermosa chica no me miraba al responder, sino que su vista se perdía en el paisaje.

»Pero un día me contó el secreto.

»—Si quieres saberlo —me dijo Carolina—, he descubierto, por cosas que he oído casualmente, que la señora está obsesionada.

»—Obsesionada, ¿por qué?

»—Por un sueño.

»—¿Y qué es lo que soñó?

»—Soñó con una cara. Durante tres noches, justo antes de su boda, vio en sueños un rostro... siempre el mismo y sólo ése.

»—¿Un rostro terrible?

»—No. El rostro de un hombre moreno, de aspecto interesante, vestido de negro, con pelo oscuro y bigote gris. Un hombre atractivo, excepto por su aire reservado y misterioso. Un rostro que no había visto nunca, ni se parecía en absoluto a ninguno que conociese. En el sueño no hacía otra cosa que mirarla fijamente, desde las tinieblas.

»—¿Ha vuelto el sueño?



»—Nunca. Es su recuerdo lo que la turba.

»—Y, ¿por qué la turba?

»—Eso mismo pregunta el amo —dijo *la bella*—. La señora no lo sabe. Busca un por qué. Pero, anoche mismo, oí cómo le decía al señor que si llega a encontrar un retrato de esa cara en la casa de Italia (y ella teme que así sea), no sabe si podría soportarlo.

»Os juro que después de esto (dijo el correo genovés) tuve miedo de nuestra llegada al viejo *palazzo*, no fuese que a alguna pintura malintencionada se le ocurriera encontrarse allí. Yo sabía que había muchas, y cuanto más nos acercábamos al palacete, más deseaba que toda la galería se encontrara en el cráter del Vesubio.

»Para empeorar el asunto, era una desapacible tarde de tormenta cuando, por fin, llegamos a aquella parte de la Riviera. Tronaba, y los truenos de mi ciudad y sus alrededores, con el eco de las altas

montañas, son muy fuertes. Las lagartijas entraban y salían por las grietas del destrozado muro del jardín, como si estuvieran aterrorizadas; las ranas croaban y saltaban con todas sus fuerzas; la brisa marina era un lamento y los árboles chorreaban; y los relámpagos... por San Lorenzo, ¡qué relámpagos!

»Todos sabemos lo que es un *palazzo* en Génova o por allí cerca, cómo el tiempo y el aire de mar lo han ido ennegreciendo..., cómo los estandartes pintados en sus muros exteriores se han convertido en puros desconchones de yeso..., cómo los ventanales inferiores se han ennegrecido y convertido en mohosos barrotes de hierro..., cómo el patio está cubierto de hierba..., y los edificios anexos destruidos..., cómo todo el conjunto parece condenado a la ruina. Nuestro *palazzo* era uno de los más genuinos. Había estado cerrado a cal y canto durante meses. ¿Meses? ¡Años! Olía como las tumbas. El aroma de los naranjos de la gran terraza posterior, y de los limones que maduraban sobre el muro, y de algunos arbustos crecidos alrededor de la fuente rota, había entrado, de alguna manera, en la casa, de la que ya nunca más pudo salir. Había en cada habitación un olor añejo, débilmente cultivado por el abandono. Languidecía en todos los armarios y cajones. Era sofocante en las pequeñas salas que comunicaban entre las habitaciones grandes. Si movías una pintura (por volver a las pinturas), ahí estaba el olor colgado de la pared, detrás del marco, como una especie de murciélago.

»Las celosías cerraban herméticamente toda la casa. Había dos mujeres viejas, desagradables y grises, para cuidarla. Una de ellas con un huso, hilando y murmurando en el portal, y que hubiera permitido entrar al diablo con la misma presteza que al aire. El señor, la señora, *la bella* Carolina y yo recorrimos el *palazzo*. Yo iba primero, aunque me haya nombrado el último, abriendo ventanas y celosías y sacudiéndome gotas de humedad y trocitos de argamasa y, de vez en cuando, un mosquito torpe o una monstruosa araña genovesa, gorda y moteada.

»Una vez que yo me hube encargado de dejar que los rayos de sol bañaran una habitación, entraban el señor, la señora y *la bella* Carolina. Entonces examinábamos los cuadros que había a nuestro alrededor y yo repetía la operación en el cuarto siguiente. La señora temía, secretamente, encontrarse con la imagen de aquel rostro... todos lo temíamos; pero no sucedió así. ¿La *Madonna* con el niño, San Francisco, San Sebastián, Venus, Santa Catalina, ángeles, bandidos, frailes, templos a la puesta del sol, batallas, blancos corceles, bosques, apóstoles, los *dux*^[14], todos mis viejos conocidos repitiéndose una y otra vez?... Sí. ¿Un hombre moreno, de aspecto interesante, vestido de negro, reservado y misterioso, con el pelo oscuro y el bigote gris y que mira fijamente a la señora desde la oscuridad?... No.

»Finalmente, terminamos de atravesar todas las habitaciones y ver todas las pinturas y salimos a los jardines. Estaban bastante bien cuidados, ya que los había tenido a su cargo un jardinero, y eran amplios y llenos de sombras. En una plaza había un rústico teatro al aire libre, con una cuesta de hierba como escenario; los bastidores, con

tres entradas a un lado, eran rejas frondosas y aromáticas. Incluso allí buscó la señora, con los ojos brillantes, como si esperase ver aparecer la cara en escena, pero todo estaba en orden.

»—Clara —dijo el amo, en voz baja—, ¿ves cómo no hay nada? ¿Estás satisfecha?

»La señora estaba mucho más animada. Pronto se acostumbró a aquel deslucido *palazzo* y cantaba, y tocaba el arpa, y copiaba viejos cuadros, y paseaba con el amo entre los verdes árboles y viñas todo el día. Era bella. Era feliz. Se reía al decirme, montada en su caballo para el paseo matinal, antes de las horas de calor:

»—¿Todo bien, Battista?

»—Sí, señora, gracias a Dios. ¡Todo bien!

»No teníamos visitas. Yo llevaba a *la bella* Carolina al *Duomo* y a la *Annunziata*, al café, a la ópera, a *fiesta*, a los jardines públicos, a los teatros diurnos, a las marionetas. La hermosa chiquilla estaba encantada con todo lo que veía. Aprendió italiano... ¡Cielos!, ¡era casi un milagro! ¿Había olvidado la señora aquel sueño?, le preguntaba de cuando en cuando. Casi, decía *la bella*, casi. Su temor se iba desvaneciendo.

»Un día el amo recibió una carta y me llamó.

»—Battista.

»—Señor.

»—Un caballero que me ha sido presentado vendrá a comer hoy. Su nombre es *signor* Dellombra. He de tratarle como a un príncipe.

»Era un apellido extraño. No lo conocía. Pero había, en los últimos tiempos, muchos nobles y caballeros huidos de Austria por asuntos políticos, algunos de los cuales cambiaban sus nombres. Quizá era uno de ellos. *Senz'altro!*^[15] Para mí Dellombra era un nombre tan bueno como otro cualquiera.

»Cuando, a la hora de la comida, llegó el *signor* Dellombra —dijo el correo genovés, bajando la voz como ya lo había hecho antes—, le llevé al recibidor, la sala grande del viejo *palazzo*. El señor lo recibió cordialmente y se lo presentó a la señora. Al incorporarse, su rostro se demudó, dio un grito y cayó sobre el suelo de mármol.

»Entonces, me volví hacia el *signor* Dellombra y vi que iba vestido de negro, que tenía un aire reservado y misterioso y que era un hombre moreno de aspecto interesante, con el pelo oscuro y el bigote gris.

»El amo levantó a la señora en brazos y la llevó a su habitación, a donde envié de inmediato a *la bella* Carolina. *La bella* me contó después que la señora estaba mortalmente aterrada y que había delirado recordando su sueño toda la noche.

»El señor estaba incómodo e inquieto... casi molesto, aunque lleno de solicitud. El *signor* Dellombra era un caballero cortés y habló con gran respeto y simpatía de la señora, que se encontraba tan enferma. El viento de África había soplado durante varios días (se lo habían explicado en su hotel de la Cruz de Malta) y sabía que normalmente era dañino. Esperaba que la hermosa dama se recobrase pronto. Pidió permiso para retirarse y para volver de visita cuando recibiese la feliz noticia de que había mejorado. El amo no se lo concedió y comieron los dos solos.

»Se retiró temprano. Al día siguiente llamó a la verja, montado a caballo, para preguntar por la señora. Lo repitió dos o tres veces durante aquella semana.

»De lo que pude observar y de lo que me contaba *la bella* Carolina, deduje que el amo había decidido curar a la señora de su imaginario terror. Era todo dulzura, pero a la vez sensato y firme. Razonaba con ella que alentar tales fantasías era una invitación a la melancolía, o incluso a la locura. Que dependía de ella ser ella misma. Que si lograba resistir su extraña debilidad en una sola ocasión y recibía al *signor* Dellombra como una dama inglesa recibiría a cualquier otro invitado, lo habría superado para siempre. Por fin, el *signor* volvió, la señora le recibió sin aparente desconcierto (aunque todavía con cierta rigidez y aprensión), y la velada transcurrió tranquila. El amo estaba encantado con este cambio y tan ansioso de consolidarlo, que el *signor* Dellombra se convirtió en un invitado habitual. Estaba instruido en pintura, libros y música, y su compañía hubiera sido bien recibida en cualquier sombrío *palazzo*.

»Yo notaba, muchas veces, que la señora no se había recobrado del todo. Bajaba los ojos y la cabeza ante el *signor* Dellombra, o le observaba con mirada de terror y fascinación, como si su presencia tuviera, sobre ella, un cierto poder o influencia maléfica. Pasando de ella a él, solía verle en los sombreados jardines, o en la gran sala, a medio iluminar, mirándola «fijamente desde las tinieblas», podría decirse. Pero, en honor a la verdad, he de admitir que no había olvidado la descripción que *la bella* Carolina me hiciera del soñado rostro.

»Después de la segunda visita, oí decir al amo:

»—¡Ves, querida Clara, todo ha terminado! Dellombra ha venido y se ha ido, y tus miedos se han roto como el cristal.

»—Volverá... ¿volverá alguna otra vez? —preguntó la señora.

»—¿Otra vez? Sí. Seguro. Muchas más veces. ¿Tienes frío?

»Ella temblaba.

»—No, querido, pero... me atemoriza. ¿Estás seguro de que tiene que volver?

»—¡Más seguro todavía después de tu pregunta, Clara! —repuso el amo afectuosamente.

»Bueno, ahora él tenía grandes esperanzas en su completa recuperación, esperanzas que aumentaban de día en día. Ella era hermosa. Él, feliz.

»—¿Todo va bien, Battista? —me decía de nuevo.

»—Sí, señor; muy bien, gracias a Dios.

»Fuimos todos —dijo el correo genovés, forzándose a hablar un poco más alto— a los carnavales de Roma. Yo había estado fuera todo el día, con un siciliano amigo mío, correo, que estaba allí con una familia inglesa. Cuando volví por la noche a nuestro hotel, me encontré a la pequeña Carolina, que nunca salía de casa sola, corriendo enloquecida por el Corso^[16].

»—Carolina, ¿qué es lo que pasa?

»—¡Oh, Battista!, ¡por el amor de Dios!, ¿dónde está la señora?

»—¿La señora?

»—No la hemos visto desde la mañana —me dijo—. Cuando el señor salió a dar su paseo habitual, pidió que no la avisase, pues no había descansado durante la noche (no se encontraba bien) y quería quedarse en cama hasta tarde, para levantarse fresca. ¡Ha desaparecido!... ¡Ha desaparecido! Cuando volvió, el amo forzó la puerta y ¡había desaparecido!, ¡mi hermosa, mi buena, mi inocente señora!

»La linda chiquilla gritaba, desvariaba y se atormentaba de tal manera que no hubiese podido controlarla de no ser porque se desmayó en mis brazos, como si hubiera recibido un disparo. Llegó el amo... pero sus ademanes, su rostro, su voz, ya no eran los del amo que yo conocía, como no lo eran los míos. Me llevó (dejé a la pequeña en su habitación del hotel, al cuidado de la camarera) en un carruaje, a través de las tinieblas, furiosamente, cruzando la desolada *campagna*. Cuando se hizo de día paramos en una miserable casa de postas: doce horas antes todos los caballos habían sido alquilados y enviados en diferentes direcciones, ¡fijaos bien!, por el *signor* Dellombra, que había pasado en un coche con una asustada dama inglesa acurrucada en una esquina.

»—No he sabido —concluyó el correo genovés, exhalando un largo suspiro— que se haya encontrado el menor rastro de ella más allá de aquel punto. Lo único que sé es que se desvaneció en un olvido infame, con el temido rostro que había soñado, a su lado.

»—¿Cómo llamarías a eso? —dijo el correo alemán, triunfalmente—. ¡Fantasmas! ¡No hay fantasmas ahí! ¿Y cómo llamarías a lo que te voy a contar? ¡Fantasmas! ¡Tampoco hay fantasmas aquí!

»En cierta ocasión —continuó el correo alemán—, fui contratado por un caballero inglés, de edad madura y soltero, para realizar un viaje a través de mi tierra natal. Era un comerciante que tenía negocios con mi país y conocía el idioma, pero no había vuelto allí desde que era un niño, por lo que deduje, unos sesenta años antes.

»Se llamaba James y tenía un hermano gemelo, John, también soltero. Entre los dos hermanos existía un gran cariño. Tenían negocios en común en Goodman's Fields, pero no vivían juntos. Mister James residía en la calle Poland, nada más desviarse de Oxford Street, Londres. Mister John lo hacía en Epping Forest.

»Mister James y yo íbamos a partir hacia Alemania dentro de una semana, más o menos. La fecha exacta dependía de los negocios. Mister John se trasladó a la calle Poland (yo me había instalado en la casa) para pasar esa semana con Mister James, pero al segundo día oí cómo le decía a su hermano:

»—No me encuentro muy bien, James. No es que sea gran cosa, pero me siento un poco artrítico. Creo que me iré a casa y dejaré que me cuide mi vieja ama de llaves, que se sabe muy bien estas cosas mías. Si me recupero un poco, volveré para despedirme antes de que te vayas. Si no mejoro lo suficiente, ¿por qué no vienes tú a verme antes de partir?

»Mister James le dijo que, por supuesto, lo haría, y se dieron la mano (ambas manos, como hacían siempre) y mister John pidió su anticuado carruaje y marchó a su casa.

»Fue en la segunda noche después de esto (es decir, la cuarta de la semana) cuando mister James, que había entrado en mi habitación con su camisón de franela y una vela encendida, me despertó de mi profundo sueño. Se sentó al borde de mi cama y, mirándome, me dijo:

»—Wilhelm, tengo motivos para pensar que alguna extraña enfermedad me está atacando.

»Entonces me di cuenta de que en su rostro se reflejaba una expresión nada común.

»—Wilhelm —dijo él—, no siento temor ni vergüenza de contarte algo que temería contarle a cualquier otro hombre. Procedes de un país

sensible, en el que se investigan los asuntos misteriosos, que no se dejan de lado hasta no ser sopesados y medidos (o que si se dejan es por ser imposibles de sopesar y medir) o, cuando menos, no son completamente abandonados desde hace mucho tiempo. Acabo de ver el fantasma de mi hermano.

»He de confesar —dijo el correo alemán— que sentí un cierto hormigueo en la sangre al oír aquello.

»—Acabo de ver —repitió míster James, mirándome atentamente para que comprobase cuán consciente estaba— el fantasma de mi hermano John. Estaba sentado en mi cama, sin poder dormir, cuando entró en mi habitación, vestido de blanco y, mirándome con fijeza, cruzó hasta el otro extremo del dormitorio, revolvió algunos papeles de mi escritorio, dio media vuelta y, mirándome otra vez fijamente al pasar junto a mi cama, se dirigió a la puerta. Ahora bien, no estoy en absoluto loco ni dispuesto a otorgarle al fantasma una existencia externa, fuera de mí mismo. Creo que es una advertencia de que me encuentre enfermo. Lo mejor sería hacerme una sangría.

»Salí rápidamente de la cama —dijo el correo alemán—. Comencé a vestirme y le rogué que no se alarmara, que yo mismo iría a por el doctor. Estaba ya listo cuando oí que llamaban con estrépito a la puerta de la calle. Mi habitación se encontraba en el ático, en la parte trasera de la casa, y la de míster James, en el segundo piso, daba a la fachada principal, así que bajamos a su dormitorio y abrimos la ventana para ver qué sucedía.

»—¿Es usted míster James? —dijo un hombre desde abajo, cruzando al otro lado de la calle, para mirar hacia arriba.

»—Sí —dijo míster James—, y usted está al servicio de mi hermano; usted es Robert.

»—Sí, señor. Siento comunicarle, señor, que míster John está enfermo. Está muy mal, señor. Temo que pueda encontrarse al borde de la muerte. Quiere verle, señor. Tengo un coche aquí. Le ruego que me acompañe sin pérdida de tiempo.

»Míster James y yo nos miramos.

»—Wilhelm —dijo él—, es muy extraño. Querría que vinieses conmigo.

»Le ayudé a vestirse, allí lo más imprescindible y el resto en el coche, mientras el carruaje volaba, literalmente, entre la calle Poland y Epping Forest.

»Y ahora, ¡fijaos! —dijo el correo alemán—. Acompañé a míster James a la habitación de su hermano, y oí y vi por mí mismo todo lo que sigue:

»Su hermano yacía en la cama, al fondo del dormitorio. Su vieja ama de llaves se encontraba allí, con algunas otras personas, creo que tres o cuatro, y habían estado en la habitación desde primeras horas de la tarde. Vestía de blanco, como el fantasma... era natural, porque llevaba su camisón, y parecía el fantasma... por su manera de mirar a su hermano, fijamente, al verle entrar en la alcoba.

»Pero cuando llegó míster James junto a la cama de su hermano, éste se incorporó lentamente y, mirándole directamente, le dijo estas palabras:

»—JAMES, TÚ ME HAS VISTO ANTES, ESTA NOCHE... Y LO SABES.

»Y murió.

Cuando el correo alemán hubo terminado, esperé que comentasen algo de esa extraña historia. Pero todo fue silencio. Miré a mi alrededor y pude ver que los cinco correos se habían ido tan silenciosamente como si la montaña fantasmal los hubiese tragado en sus nieves eternas. A aquellas alturas yo no estaba de humor para seguir sentado solo en aquel escenario sombrío, con un aire helado soplando sobre mí... o, si he de decir la verdad, para estar sentado solo en ningún lugar. Así que volví a entrar en el locutorio del convento, donde encontré al caballero americano dispuesto aún a contar la biografía del honorable Ananias Dodger; la oí de cabo a rabo.



Para ser tomado con una pizca de sal

Introducción

En alguna selección de los cuentos *sobrenaturales* de Dickens no se incluye este relato, como, por ejemplo, en la *Selected Short Fiction* de los Penguin Books, porque las informaciones sobre la autoría completa del cuento son contradictorias. Dickens debió de escribir a solas la mayoría, si no todo el relato. Pero en algunas ediciones posteriores aparece como fruto de su colaboración con el célebre novelista William Wilkie Collins (1824-1889), que fue su amigo, y con el que colaboró en bastantes otras ocasiones. Este Collins fue autor de narraciones policíacas y de misterio ya clásicas —*La piedra lunar*, *La dama de blanco*— y Borges le llamó «maestro de la vicisitud de la trama, de la patética zozobra y de los desenlaces imprevisibles».

Pero puede que no fuera el Collins ilustre quien trabajase en la redacción de este cuento. Charles Collins, hermano de Wilkie y marido de Kate Dickens, hija del escritor, pudo tomar parte en esta composición. Los números de las revistas tenían que salir, y evidentemente no hay nada como la labor de equipo para hacer frente a estas situaciones. La celebridad de Dickens y la mayor fama del otro hermano les han atribuido el relato, que, en cualquier caso, es excelente. Posee la necesaria dosis de inquietud y nos parece sobradamente merecedor de figurar aquí, aclarado todo lo anterior.

En los años setenta, dentro de una serie de adaptaciones generalmente decimonónicas, y casi siempre fantásticas o misteriosas, hice una versión televisiva de este cuento con el título de *El presidente del jurado*, y al comienzo del cual aparecían, discutiendo el suceso, Mr. Charles Dickens y Mr. Wilkie Collins. El pobre hermano Charles Collins permanecía en el anonimato...

Este relato se incluyó en las llamadas «recetas del Dr. Marigold» en 1865, en el número extraordinario de Navidad de *All the Year Round*, y en la edición española de las Obras Completas de Dickens (Tomo V, Ed. Aguilar, 1960) no se expresa duda alguna sobre la total autoría del cuento.

El tal doctor Marigold no era doctor, ni sus recetas eran verdaderas recetas. Se trata de un buhonero, pero como el médico que atendió su llegada al mundo no quiso aceptar otros honorarios que una bandeja para el té, bautizaron con el nombre de «Doctor» al recién nacido. Sus recetas —«para tomar inmediatamente»... «para tomarlo durante toda la vida»— son capítulos de un libro que Marigold compone para que su hija adoptiva aprenda a leer. Dice textualmente: «... mis *recetas* están encaminadas únicamente a su solaz e interés, para hacerla reír de un modo agradable, o para hacerla llorar agradablemente...».

Esta historia debía de ser quizá de las de llorar o, al menos, de poner un poco nerviosa a Sofía, la prohijada del buhonero. Pero, ya saben, el título dice que la tomemos con todas las reservas posibles.

Juan TÉBAR

Para ser tomado con una pizca de sal

Con frecuencia he observado una notable falta de valor, incluso entre las personas de una inteligencia y cultura superiores, para explicar sus propias experiencias psicológicas cuando éstas han sido, en alguna medida, extrañas. Casi todos los hombres temen que lo que puedan contar en este sentido no encuentre paralelismo o respuesta en el mundo interior de su oyente, y sea motivo de sospecha o risa. Un viajero fiel que viese cualquier criatura extraordinaria, por ejemplo una serpiente marina, no temería mencionarlo; pero si el mismo viajero tuviera un presentimiento extraño, un impulso, un capricho de su pensamiento, una visión (lo que se entiende por una visión), un sueño o alguna otra impresión mental poco común, duraría mucho antes de admitirlo. Personalmente atribuyo a esta reticencia gran parte de la nebulosa en que se ven envueltos estos temas. Normalmente no comunicamos nuestras experiencias sobre acontecimientos mentales subjetivos y sí lo hacemos sobre creaciones objetivas. El resultado es que el poder acumular experiencias de este tipo aparece como algo excepcional, y realmente lo es, debido a la imperfección y pobreza de tal acopio.

En lo que voy a relatar no tengo la intención de establecer, refutar o apoyar teoría alguna. Conozco la historia del librero de Berlín. He estudiado el caso de la esposa de un astrónomo real difunto, tal y como lo relata sir David Brewster, y he examinado hasta el mínimo detalle un caso de ilusión espectral que tuvo lugar en mi círculo privado de amistades. Quizá sea necesario aclarar, respecto a este último, que la afectada (una dama) no estaba emparentada conmigo ni de manera lejana. Una suposición errónea a este respecto podría sugerir una explicación para una parte —sólo una parte— de mi propio caso, que carecería absolutamente de fundamento. No es algo que pueda deberse a ninguna herencia peculiar, ni he tenido nunca antes una experiencia semejante, ni he vuelto a tenerla después.

Poco importan los muchos o pocos años que hayan transcurrido desde cierto asesinato cometido en Inglaterra y que levantó un gran revuelo. Ya escuchamos demasiadas cosas sobre asesinos que, uno tras otro, alcanzan una notoriedad atroz, y hubiera enterrado la memoria de este bruto en particular, si me fuese posible, del mismo modo que su cuerpo fue enterrado en la prisión de Newgate. Deliberadamente me abstengo de dar ninguna pista directa sobre la identidad del criminal.

Nada más descubrirse el asesinato, no recayó ninguna sospecha —o quizá sería más correcto decir, ya que no puedo ser muy preciso respecto a los hechos, que no se publicó nada que hiciera sospechar de él— sobre el hombre que posteriormente sería llevado a juicio. Dado que en aquella época no se hacía en los periódicos ninguna referencia, a él, es obviamente imposible que en la prensa apareciese su descripción. Es esencial recordar este hecho.

Cuando abrí durante el desayuno el periódico de la mañana, que traía el relato del reciente descubrimiento, lo encontré francamente interesante y lo leí con suma atención, hasta dos o tres veces. El hallazgo había tenido lugar en un dormitorio y, cuando dejé el periódico, tuve conciencia de un destello —una ráfaga precipitada... fluida... no sabría cómo definirlo... no soy capaz de encontrar una palabra que lo describa satisfactoriamente— en el que me pareció ver aquel dormitorio cruzando por mi sala, como un cuadro imposible de pintar, sobre la corriente de un río. Durante un instante, a su paso, fue perfectamente claro, tan claro que pude observar con exactitud y un sentimiento de alivio que no había cadáver alguno en la cama.

Tuve esta curiosa impresión en un lugar nada romántico: mis habitaciones en Picadilly, muy cerca de la esquina con St. James Street. Fue algo completamente nuevo para mí. Estaba en aquel momento en mi butaca y la sensación vino acompañada de un peculiar temblor que movió repentinamente el asiento de sitio (si bien ha de tenerse en cuenta que, debido a sus ruedas, el sillón se movía con cierta facilidad). Me acerqué a una de las ventanas (hay dos en la sala y ésta se encuentra en el segundo piso) para alegrar mis ojos con los objetos en movimiento de Picadilly. Era una luminosa mañana de otoño y la calle estaba resplandeciente y animada. Había un viento fuerte que, mientras miraba, trajo desde el parque un buen puñado de hojas caídas y levantadas por una ráfaga que las hizo girar en espiral formando una columna. Cuando cayó la columna y se dispersaron las hojas, vi a dos hombres al otro lado de la calle, que avanzaban de oeste a este. Iban uno detrás de otro. El primero de ellos se volvía con frecuencia, mirando por encima de su hombro. El segundo le seguía a una distancia como de treinta pasos, con su mano derecha amenazadoramente alzada. Lo que atrajo mi atención en primer lugar fue la singularidad y firmeza de su gesto amenazador en una vía pública, y después, la aún más notable circunstancia de que nadie le prestase atención. Ambos hombres seguían su camino entre los demás transeúntes con una suavidad que difícilmente podía explicar el hecho de andar sobre el pavimento, y ni una sola criatura, que yo notara, les hizo sitio, tocó o miró. Cuando pasaron bajo mis ventanas, los dos alzaron la vista. Pude ver sus rostros con gran claridad y supe que los reconocería en cualquier parte. No noté nada especial en sus caras, excepto que el primero de los hombres tenía un aspecto inusualmente sombrío y que el rostro del que le seguía era del color de la cera adulterada.



Soy soltero y mi criado y su esposa constituyen todo mi servicio. Trabajo en cierta sucursal bancaria y desearía que mis obligaciones como jefe de un departamento fuesen tan ligeras como la mayoría de la gente supone. Debido a ellas me veía obligado a permanecer en la ciudad aquel otoño, cuando en realidad necesitaba un cambio de aires. No es que estuviese enfermo, pero tampoco me encontraba bien. Mis lectores, sin duda, comprenderán lo que, razonablemente, conformaba mi estado de agotamiento: una sensación deprimente sobre la monotonía de mi vida y cierta «predisposición leve a la dispepsia»^[18]. Mi renombrado médico de cabecera me había asegurado que el estado real de mi salud, en aquel momento, no justificaba una prescripción más enérgica, y he citado textualmente la respuesta escrita que recibí a mi petición.

Según se iban aclarando las circunstancias del asesinato, éste adquiría mayor relieve en la conciencia popular y yo lo mantenía alejado de la mía, averiguando lo menos posible, dentro de lo que permitía aquella universal excitación. Pero supe que se había acusado de homicidio con premeditación al supuesto asesino, y que lo habían enviado a Newgate hasta el momento de juzgarle. También supe que dicho juicio se había pospuesto en una sesión del Tribunal Central de lo Criminal, argumentando la mala predisposición general y la falta de tiempo para preparar la defensa. Quizá me enteré, aunque no lo creo, de hasta cuándo, más o menos, se había pospuesto el juicio.

Mi cuarto de estar, dormitorio y vestidor se encuentran en el mismo piso. Al último sólo se accede a través del dormitorio. Es cierto que allí

hay una puerta que en otros tiempos comunicaba con la escalera, pero al remodelar parte de mi cuarto de baño —y de eso hace ya unos cuantos años—, aquélla quedó inutilizada. En la misma época, y debido a estos arreglos, se clavó y cubrió con un lienzo la puerta.

Cierta noche, a una hora ya avanzada, estaba en mi dormitorio dándole algunas instrucciones a mi criado antes de que se acostara. Mi rostro estaba cara a la única puerta útil que comunicaba con el vestidor, que estaba cerrada. Mi criado daba la espalda a esta puerta. Mientras le hablaba vi que ésta se abría y un hombre se asomó y me hizo unas señas vehementes y misteriosas. Era el segundo de los hombres que había visto en Picadilly, el del rostro del color de la cera adulterada.

La figura, después de haberme hecho señas, se apartó y cerró la puerta. Sin más intervalo que el necesario para cruzar el dormitorio, abrí la puerta del vestidor y miré dentro. Llevaba una vela encendida en la mano. No tenía ninguna esperanza de ver a la figura en el vestidor, y no la vi.

Consciente del asombro de mi criado, me volví hacia él y le dije:

—Derrick, ¿podrías creer que, absolutamente consciente, me ha parecido ver...?

Y en ese momento apoyé la mano bruscamente en su pecho; empezó a temblar violentamente y dijo:

—¡Oh, Dios mío! Sí, señor, ¡un muerto haciendo señas!

Realmente, no creo que John Derrick, mi fiel y devoto servidor durante más de veinte años, hubiera visto a figura alguna hasta que lo toqué. Experimentó un cambio tan brusco cuando le puse la mano encima, que estoy absolutamente convencido de que, de alguna manera oculta, le transmití esa impresión en aquel instante.



Mandé a Derrick que trajera un poco de *brandy* , le serví un trago y agradecí poder beber yo otro. No le dije ni una palabra de los hechos que habían precedido al fenómeno de aquella noche. Reflexionando sobre ello, llegué a la certeza absoluta de que nunca había visto ese rostro, excepto aquel día, en Picadilly. Comparé su expresión cuando me hacía señas desde la puerta y cuando levantó la mirada hacia mi ventana, y llegué a la conclusión de que la primera vez había intentado quedar retratado en mi memoria, y la segunda, asegurarse de que le recordaría inmediatamente.

No fue una noche muy cómoda a pesar de mi convicción, difícil de explicar, de que la figura no volvería. Ya estaba amaneciendo cuando me sumí en un sueño pesado, del que desperté al aproximarse John Derrick a mi lado, con un papel en la mano.

Al parecer, este papel había sido motivo de un altercado en la puerta entre mi servidor y quien lo había traído. Era una citación para que yo asistiese como jurado a las próximas sesiones del Tribunal Central de lo Criminal en Old Bailey^[19] . Nunca antes había sido requerido como jurado, y John Derrick lo sabía muy bien. Él creía —y a estas alturas no estoy muy seguro de si con razón o no— que esta clase de jurados se elegía, normalmente, entre gentes de una categoría inferior a la que yo

ostentaba, y en un primer momento se negó a aceptar la citación. El portador de ésta se tomó el asunto con gran frialdad. Afirmó que no le incumbía en absoluto: allí estaba el requerimiento; lo que hiciera con él sería mi problema, no el suyo.

Durante uno o dos días estuve indeciso sobre si debía o no responder a esta llamada. No soy consciente de haber sentido ninguna predisposición misteriosa, influencia o atracción en un sentido o en otro. Estoy absolutamente seguro de este punto, como del resto de las afirmaciones que estoy haciendo. Finalmente, al considerarlo como un cambio en mi monótona vida, decidí ir.

El día señalado se presentó en una desapacible mañana de noviembre. Una densa niebla parda flotaba sobre Picadilly, y al este de Temple Bar se volvió decididamente negra y de lo más opresiva. Los pasillos y escaleras del juzgado estaban brillantemente iluminados gracias al gas, y el tribunal tenía una luz similar. *Creo* que hasta que los oficiales me condujeron hasta la vieja sala y la vi abarrotada de público, no me di cuenta de que el asesino iba a ser juzgado aquel día. *Creo* que hasta el momento en que me guiaron, con bastante dificultad, a la vieja sala, no supe a cuál de las dos que estaban en sesión me conduciría mi requerimiento. Claro que esto no debe tomarse como una aseveración categórica, pues tampoco estoy muy seguro de ninguna de mis otras afirmaciones.

Tomé asiento en la zona de espera de los jurados y eché un vistazo a la sala, en la medida en que el humo y el aire cargado lo permitían. Pude observar que la negra niebla colgaba como una cortina fúnebre en el exterior de los grandes ventanales y cómo el amortiguado sonido de las ruedas de los carruajes sobre la arena y las basuras del suelo se extendía desde la calle. Y me llegaba también el zumbido de la gente allí reunida, de cuando en cuando traspasado por algún agudo silbido, una canción o una llamada más alta que el resto. Poco después los jueces — eran dos— entraron y tomaron asiento. El zumbido de la sala cesó de manera fulminante. Se ordenó que trajeran el asesino al banquillo y compareció en seguida. En aquel exacto momento le reconocí: era el primero de los dos hombres que había visto en Picadilly.

Si me hubiesen llamado entonces, dudo que mi respuesta hubiese resultado audible. Pero fui el sexto u octavo en ser citado, y para entonces ya era capaz de decir «¡presente!». Ahora, fíjense. En cuanto subí al estrado, el acusado, que había estado mirando atentamente, pero sin ningún signo de preocupación, empezó a agitarse violentamente y a hacer señas a su abogado. El deseo del asesino de recusarme era tan evidente que se produjo una pausa durante la cual su abogado, con la mano apoyada en la barra, susurró algo a su cliente y sacudió la cabeza. Posteriormente supe, por este caballero, que las primeras palabras atemorizadas que el acusado le dirigió fueron: «¡Sea como sea, recuse a ese hombre!» Pero dado que no pudo alegar ninguna razón para ello, y que admitió que ni siquiera conocía mi nombre hasta que me puse en pie al ser llamado, no lo consiguió.

Por lo que ya he explicado —mi deseo de no revivir el desagradable recuerdo de aquel asesino— y como para mi relato no es imprescindible una detallada narración de este largo juicio, me ceñiré estrictamente a los incidentes que durante los diez días y noches que nosotros, el jurado, permanecemos reunidos afectaron directamente a mi curiosa experiencia personal. Es en este sentido, y no en la persona del asesino, en lo que pretendo interesar al lector. Es hacia esto, y no hacia las páginas del *Newgate Calendar* ^[20], hacia lo que ruego atención.

Fui elegido presidente del jurado. Durante la segunda mañana del juicio, y después de dos horas de testificaciones (oí dar la hora en el reloj de la iglesia), se me ocurrió echar una mirada a mis compañeros del jurado, y me resultó inexplicablemente difícil poder contarlos. Es más, los conté varias veces, y cada una de ellas con la misma dificultad. En resumidas cuentas, me salía uno de más.

Le di en el hombro al jurado que se sentaba a mi lado y le susurré:

—Hágame el favor de contar cuántos somos.

Me miró sorprendido por la petición, pero giró la cabeza y contó:

—¿Por qué? —dijo de repente—. Somos trec... Pero no. No es posible. No. Somos doce.

Después de mi recuento de aquel día siempre estuvimos de acuerdo al numerarnos, pero a primera vista éramos invariablemente uno más. Y no es que contáramos alguna persona más (no la había); sin embargo, yo tenía la sensación interna y firme de que alguna presencia se acercaba.

El jurado fue alojado en la London Tavern. Dormíamos todos en una gran habitación, en camas separadas, y estábamos constantemente a cargo y bajo la vigilancia de un funcionario destinado a nuestra custodia y seguridad. No encuentro razón para omitir el nombre de este funcionario: era inteligente, sumamente amable y servicial, y (me agradó oírlo) muy respetado en la ciudad. Su aspecto era agradable: bonitos ojos, unas envidiables patillas negras y una voz fina y sonora. Se llamaba míster Harker.

Cuando nos metíamos en la cama por la noche, la de míster Harker quedaba atravesada frente a la puerta. La noche del segundo día, como no tenía ganas de acostarme y viendo a míster Harker sentado en su cama, fui a sentarme a su lado y le ofrecí un poco de rapé. En el momento en que la mano de míster Harker tocó la mía, al ir a coger los polvos de la cajita, le recorrió un curioso estremecimiento. Y dijo:

—¿Qué es esto?

Seguí la mirada de míster Harker y, al recorrer con la vista la habitación, vi de nuevo la figura con la que ya contaba (el segundo de los hombres que había visto por Picadilly). Me levanté y avancé algunos pasos; entonces me detuve y me volví a míster Harker. Parecía relativamente indiferente; se rió y dijo en tono de broma:

—Por un momento pensé que teníamos un decimotercer jurado, sin cama. Ahora veo que no era más que la luz de la luna.

Sin hacerle ningún tipo de confesión y mientras observaba lo que hacía la figura, invité a míster Harker a dar un pequeño paseo hasta el fondo del dormitorio. Mientras tanto, la figura se acercó un instante a la cabecera de la cama de cada uno de los otros once jurados. Siempre se situaba al lado derecho, y pasaba de uno a otro cruzando a los pies de la cama siguiente. Parecía, por el movimiento de su cabeza, que se limitara a mirar, pensativamente, a cada uno de los seres allí acostados. No manifestó interés por mi existencia o por la de mi cama, que era la más próxima a la de míster Harker. Y cuando, a través de un alto ventanal, penetró un rayo de luna, pareció irse por una escalera aérea.

A la mañana siguiente, durante el desayuno, resultó que todo el mundo había soñado la noche anterior con el hombre asesinado, excepto míster Harker y yo.

Para entonces, yo ya estaba convencido de que el segundo de los hombres de Picadilly era el asesinado (por decirlo de alguna manera), como si este convencimiento me hubiese llegado por su directo testimonio. Incluso esto último llegó a suceder, y de una manera para la cual no estaba del todo preparado.

Durante el quinto día del juicio, cuando la acusación estaba a punto de terminar su alegato, se presentó como prueba un retrato en miniatura del hombre asesinado, que no se había encontrado en el dormitorio el día en que se descubrieron los hechos, sino algún tiempo después en un escondrijo en donde se había visto cavar al asesino. Una vez identificado por el testigo que estaba siendo interrogado, se pasó el retrato al tribunal y después al jurado, para que lo examinase. Mientras un oficial del juzgado con toga negra me lo acercaba, la figura del segundo hombre de Picadilly surgió impetuosamente de entre la muchedumbre, le quitó al oficial la miniatura y me la dio con sus propias manos, diciendo a la vez, con tono grave y profundo:

—Entonces era más joven, y mi rostro aún tenía sangre...

A continuación se acercó al jurado al que yo había entregado la miniatura, y de él al siguiente, y así, uno a uno, pasó junto a todos nosotros y volvió de nuevo a mi puesto. Sin embargo, ni uno solo de los jurados notó su presencia.

En la mesa, sobre todo cuando estábamos encerrados juntos bajo la custodia de míster Harker, solíamos, desde el primer momento, discutir

los acontecimientos de la jornada. Aquel quinto día, una vez concluido el alegato de la acusación y dado que ya teníamos ante nosotros completa esta versión de los hechos, nuestra discusión fue más seria y animada. Entre nosotros se hallaba un miembro de la junta episcopal (el mayor estúpido, a primera vista, que jamás he encontrado) que rebatió las pruebas más evidentes con objeciones absolutamente ridículas, mientras dos imbéciles parásitos parroquiales le guardaban las espaldas. Los tres habían sido elegidos jurados por un distrito tan atacado por las fiebres que, en realidad, deberían encontrarse en su propio juicio acusados de quinientos asesinatos. Cuando estos malvados mentecatos estaban en el punto máximo de su parloteo, cosa que sucedió hacia la media noche, y mientras algunos de nosotros nos estábamos preparando para ir a la cama, vi de nuevo al asesinado. Estaba detrás de ellos, ceñudo, haciéndome señas. En cuanto me acerqué a ellos y entré en la conversación, él desapareció de inmediato. Éste fue el comienzo de una serie distinta de apariciones, restringida a la gran habitación en la que nos encontrábamos confinados.

Cada vez que algunos de mis compañeros del jurado juntaban sus cabezas, veía la del hombre asesinado entre ellas. Cada vez que las notas comparadas no le eran favorables, de manera grave e irresistible, me hacía señas.

Debe recordarse que, hasta que se presentó la miniatura durante el quinto día del juicio, no había tenido lugar la aparición del asesinado en la sala. Al comenzar el turno de la defensa se produjeron tres cambios. En primer lugar, señalaré dos de ellos a la vez: la figura se encontraba ahora constantemente en la sala, y ya no se dirigía a mí, sino a la persona que, en cada momento, tenía el uso de la palabra. Voy a poner un ejemplo: Al hombre asesinado le habían cortado el cuello de lado a lado y, en el alegato oficial de la defensa, ésta sugirió que el difunto podía haberse seccionado su propio cuello. En aquel mismo instante, la figura, con la garganta en las horribles condiciones apuntadas (cosa que había ocultado hasta ahora), se acodó junto al defensor, moviendo su tráquea de un lado a otro, tanto con su mano derecha como con la izquierda, apuntando de forma contundente la imposibilidad de haberse producido una herida semejante con ninguna de las dos manos.

Otro ejemplo: una mujer que testificaba acerca de la conducta del acusado declaró que su carácter era de lo más amable del mundo. En aquel momento, la figura se alzó ante ella, mirándola directamente a los ojos y señalándole con el brazo extendido y apuntando con el dedo al diabólico semblante del preso.

El tercer cambio que aún me falta por señalar me impresionó profundamente, ya que fue el más notable y sorprendente de todos. Es un hecho sobre el que no teorizo; me limito a exponerlo con la mayor exactitud, sin más. Aunque la aparición no era percibida por aquellos a los que se dirigía, su proximidad producía en ellos, invariablemente, cierta ansiedad y confusión. Me pareció como si no pudiera, por alguna ley que a mí no me afectaba, revelarse completamente a los demás,

aunque sí era capaz, de manera invisible, muda y oscura, de ensombrecer sus mentes. Cuando el abogado principal de la defensa sugirió la hipótesis del suicidio y la figura se plantó junto al hombro del docto caballero, haciendo además de aserrar de forma estremecedora su garganta, es innegable que el letrado vaciló en su argumentación, perdió durante algunos segundos el hilo de su ingenioso discurso, se enjugó la frente con el pañuelo y se puso notablemente pálido. Cuando a la testigo que hablaba sobre la conducta del preso se le apareció la figura, su mirada siguió claramente la dirección que señalaba su dedo hasta pararse, con gran desconcierto y nerviosismo, en el rostro del acusado. Dos detalles más serán suficientes. El octavo día del juicio, después de la pausa de algunos minutos que hacíamos todos los días a primera hora de la tarde para refrescarnos un poco, entré en la sala con el resto del jurado algo antes de que lo hicieran los jueces.

Estaba de pie en el recinto de los jurados y miré a mi alrededor, pensando que la figura no se encontraría allí, hasta que, al alzar casualmente la vista hacia el público, la vi inclinada y apoyándose sobre una decentísima mujer, como si quisiera comprobar si los jueces habían vuelto a sus asientos o no. Inmediatamente la mujer gritó, se desmayó y fue sacada de la sala. También le sucedió algo al venerable, sagaz y paciente juez que presidía el juicio. Cuando hubo concluido la exposición del caso y se disponía, con ayuda de sus papeles, a resumirlo, el hombre asesinado entró por la puerta de los jueces, se acercó hasta la mesa de su señoría y miró ansiosamente por encima de su hombro las notas que él estaba hojeando. El rostro de su señoría cambió, su mano se detuvo, le sacudió ese estremecimiento que yo conocía bien y tartamudeó:

—Discúlpeme unos momentos, caballeros. Me ahoga un poco la atmósfera cargada.

Y no se recuperó hasta después de haber bebido un vaso de agua.

Durante la monotonía de seis de aquellos interminables diez días (los mismos jueces y personas en el tribunal, el mismo asesino en el banquillo, los mismos abogados en la tarima, el mismo tono de preguntas y respuestas elevándose hasta el techo de la sala, el mismo garrapateo de la pluma del juez, los mismos ujieres entrando y saliendo, las mismas luces que se encendían a la misma hora a pesar de la claridad del día, la misma cortina de niebla al otro lado de los grandes ventanales cuando el día era brumoso, el mismo goteo monótono si llovía, las mismas huellas de carceleros y preso día tras día en el mismo serrín, las mismas llaves abriendo y cerrando los mismos pesados portones), durante toda aquella agotadora monotonía que me hacía sentir como si hubiese sido el presidente del jurado desde tiempo inmemorial y como si Picadilly fuese Babilonia, el hombre asesinado nunca perdió un ápice de claridad ante mis ojos, ni jamás me resultó menos nítido que cualquier otra persona. No omitiré, en honor a los hechos, que nunca vi que la aparición a la que yo llamaba «hombre asesinado» mirase al asesino. Me preguntaba una y otra vez: «¿Por qué no lo hace?» Sin embargo, nunca lo hizo.

Tampoco me miró a mí, a partir del día de la miniatura, hasta los últimos minutos del juicio. Nos retiramos a deliberar a las diez menos siete minutos de la noche. El idiota del miembro de la junta episcopal y sus dos parásitos parroquiales nos dieron tanto trabajo que, en dos ocasiones, tuvimos que volver a la sala para pedir que se nos releyeran algunos extractos de las notas del juez. Nueve de nosotros no teníamos la menor duda sobre esos pasajes, ni tampoco creo que la tuviese ninguna otra persona en la sala; sin embargo, el triunvirato de zoquetes no tenía otra idea en la cabeza que poner impedimentos, y ése era el motivo de nuestras disputas. Pero vencimos, finalmente, y el jurado volvió a la sala a las doce y diez.

En aquel momento, el hombre asesinado se encontraba justo frente al recinto del jurado, al otro lado de la sala. Cuando ocupé mi puesto, sus ojos, con mucha atención, se posaron en mí. Pareció satisfecho y, sumamente despacio, extendió un gran velo gris (que traía por primera vez en el brazo) sobre su cabeza y toda su figura. En cuanto di nuestro veredicto: «culpable», el velo cayó, el hombre había desaparecido y el lugar que ocupaba quedó vacío.

Al preguntar el juez al asesino, como es costumbre, si tenía algo que decir antes de que se pronunciase su sentencia de muerte, murmuró algo confuso que en los periódicos del día siguiente fue descrito como «algunas palabras difusas, incoherentes y apenas audibles, en las que dio a entender su queja por no haber tenido un juicio honesto, ya que el presidente del jurado estaba predispuesto en su contra». La extraordinaria declaración que hizo, en realidad, fue la siguiente:

«Señoría, supe que sería condenado a muerte desde el momento en que el presidente del jurado entró en la sala. Señoría, yo sabía que no me iba a dejar en paz, porque, antes de haber sido detenido, de alguna extraña forma llegó a mi lado en la noche, me despertó y me puso una soga alrededor del cuello.»



El guardavía

Introducción

En 1866, fecha de la primera aparición de *El guardavía*, ya había repercutido negativamente en la salud de Dickens el accidente ferroviario de Staplehurst, un año antes. Pero Dickens era un hombre fatigado desde 1860, por lo menos. Año en que, por otra parte, escribió una de sus novelas más perfectas: *Grandes esperanzas*. Sólo le quedaban diez años de vida, ya tuviera él o no esperanzas en el futuro, como su Pip, el héroe del libro citado. Y los años más duros físicamente, quizá los más tristes, si exceptuamos su terrible infancia. Pero aquella niñez sí pudo estar compensada con «grandes esperanzas», que de hecho se realizarían —como en los cuentos de hadas...—. El Dickens de la última década es ya un hombre que se ha cansado mucho, un idealista que lo ha soñado todo. Y un escritor que ha dado lo mejor de sí, y que no podrá terminar su última novela. En el centro de esta década terminal se sitúa este sombrío relato. Justo un año después del accidente de tren que parece flotar, como un espectro, sobre las páginas de *El guardavía*.

Nos cuenta L. K. Webb en una biografía publicada en 1985:

«En junio de 1865, mientras escribía *Nuestro común amigo*, Dickens se tomó unas cortas vacaciones en París, acompañado por Ellen^[21] y probablemente por su madre. En el viaje de regreso, entre Folkestone y Londres, sufrieron un accidente ferroviario en Staplehurst, Kent. El tren descarriló, varios vagones quedaron destrozados y muchos pasajeros murieron o sufrieron heridas graves. Dickens y sus compañeros escaparon ilesos, pero el accidente le produjo una gran conmoción, mayor de lo que él imaginó en aquel momento. Nunca se recuperó del todo del accidente y comenzó incluso a tener miedo de ir en coche. Su gusto por los viajes había desaparecido. El accidente ocurrió un 9 de junio, lo cual fue muy significativo, a la vista de lo que iba a suceder.^[22]

¿Cómo no advertir huellas de esta dramática experiencia en el cuento que presentamos a continuación? Es el último de nuestra antología sobrenatural, y quizá el mejor. Por lo menos, sí se trata del más inquietante. Antes hemos dicho «sombrio». «Tenebrista», deberíamos puntualizar. Difícil de lenguaje (difícil, pues, de traducción), como tocado de un agobio especial en el peso de las mismas palabras. El narrador (un caballero de ningún sitio, al cual nos referiremos luego) dice del lugar donde el terrible cuento sucede que es «el más solitario y lúgubre que haya visto jamás». Y puntualiza que «un dedo helado rozaba su espina dorsal». Fuera quien fuese el misterioso narrador, Dickens se identificaba con él en esta fantasía espectral sobre su propio terror a los accidentes, fijado desde aquel fatídico 9 de junio de 1865.

El antes citado caballero de ningún sitio se hace llamar Barbox Brothers en la colección de relatos *Mugby Junction*, donde apareció *El guardavía*

por vez primera. Extraído de esa colección, el cuento en soledad nos libera de llamar Barbox Brothers al narrador y podemos imaginarlo perfectamente como un trasunto del novelista.

Mugby Junction, o *El empalme ferroviario de Mugby*, como ha sido traducido (Obras Completas, Editorial Aguilar, Tomo V), se compone, obviamente, de narraciones ferroviarias, y su arranque es también misterioso y sombrío: el hombre cuyo nombre desconocemos, salvo por el rótulo Barbox Hermanos que llevan sus dos maletas negras, arriba a las tres de una madrugada tempestuosa a ese punto de la línea férrea. Y como no tiene ningún sitio mejor a donde ir, se instala allí. Es un enigma melancólico que conecta con mozos de estación, niñas, camareros de cantina y un guardavía. Algunas de esas relaciones que establece «el hombre que no va a ninguna parte» son gratas. La del guardavía pudo serlo también si no hubiera resultado tan pavorosa. No vamos a contar el cuento. Es Dickens quien debe hacerlo. O Barbox Hermanos, si es que puede llamarse así a un hombre.

El tren, en la literatura y en el cine de misterio, ha sido un elemento frecuente y muy significativo: Hitchcock, Patricia Highsmith, Simenon y tantos fotogramas, imágenes y páginas donde el túnel es una angustia, en las que cualquier cadáver puede aparecer en la litera, o un fantasma en la vía... Dickens lo había escrito antes. También con imágenes. Aquí está la prueba.

Juan TÉBAR

El guardavía

—¡Eh!, ¡ahí abajo!

Cuando oyó una voz llamándole de esta manera, se encontraba junto a la puerta de la caseta, con un banderín enrollado sobre un palo corto en la mano. Uno pensaría, teniendo en cuenta la naturaleza del terreno, que no podía haberle la menor duda sobre de dónde procedía la voz; pero en lugar de mirar hacia arriba, donde yo me encontraba, en lo alto de un precipicio cortado justo sobre su cabeza, se volvió y miró hacia las vías. Hubo algo especial en su manera de hacerlo, aunque no sabría definir exactamente qué. Pero sí sé que fue lo bastante curioso como para atraer mi atención, aun tratándose de una figura de espaldas y en sombra en el fondo del profundo despeñadero, mientras que yo estaba mucho más arriba, bañado por una brillante puesta de sol que me había obligado a darme sombra en los ojos con la mano antes de poder verle del todo.

—¡Eh!, ¡ahí abajo!

Después de haber mirado al fondo de las vías se volvió de nuevo y, al alzar los ojos, vio mi figura en lo alto, sobre él.

—¿Hay algún sendero por el que pueda bajar y hablar con usted?

Me miró sin responder, y yo le devolví la mirada sin volver a agobiarle demasiado pronto con una repetición de mi vana pregunta. Justo entonces se inició una pequeña vibración en el aire y en la tierra, que rápidamente se transformó en un violento latido, y una embestida repentina me lanzó hacia atrás con la suficiente fuerza como para haberme hecho pedazos. Cuando la nube de humo que me cubrió hubo pasado y el tren rápido se alejaba rumbo a la llanura, miré hacia abajo una vez más, y le vi enrollar nuevamente el banderín que había mostrado mientras pasaba el tren.

Repetí mi pregunta. Tras una pausa, durante la cual pareció mirarme con gran atención, señaló con su banderín enrollado hacia un punto a mi altura, a unas doscientas o trescientas yardas de distancia. Le grité:

—¡De acuerdo! —y me dirigí a aquel lugar.

Allí, a fuerza de mirar cuidadosamente a mi alrededor, descubrí un tosco sendero en zig-zag tallado en la roca, que seguí.

El corte era muy profundo e inusualmente escarpado. Estaba tallado en una roca viscosa, más húmeda y enlodada a medida que iba descendiendo. Por esta razón el camino se me hizo lo bastante largo como para tomarme el tiempo de recordar el singular aire de disgusto y compulsión con que me había señalado el sendero.

Cuando hube bajado por el descendente zig-zag lo suficiente y volví a verle, pude darme cuenta de que estaba de pie entre los raíles por los que el tren acababa de pasar, en ademán de estar esperando mi aparición: su mano izquierda en la barbilla y el codo descansando sobre la mano derecha, cruzada sobre el pecho. Su actitud era de tal expectación y vigilancia que me detuve un momento, extrañado.

Reanudé el descenso y, al llegar al nivel de las vías y acercarme a él, vi que era un hombre moreno, de barba oscura y cejas más bien espesas. Su puesto estaba en el lugar más solitario y lúgubre que haya visto jamás. A cada lado, un muro de piedra dentada, rezumante de humedad, impedía cualquier visión que no fuese una estrecha franja de cielo; el horizonte, en una dirección, era tan sólo la prolongación oblicua de esta gran mazmorra. La corta perspectiva del lado opuesto terminaba con una sombría luz roja y la aún más sombría negra boca de un túnel, deprimente y amenazador. Eran tan pocos los rayos de sol que alguna vez llegaban hasta aquel lugar, que éste había adquirido un mortífero olor terroso, y un viento helado corría por allí con tanta fuerza que sentí un escalofrío, como si hubiera abandonado el mundo natural.

Antes de que se moviera ya me había acercado lo bastante a él como para poder tocarle. Ni siquiera entonces apartó sus ojos de los míos. Dio un paso atrás y alzó la mano.

Era un puesto desértico el que ocupaba —le dije— y había llamado mi atención cuando había mirado desde allí arriba. Sería raro tener un visitante, suponía. Raro, pero esperaba que no mal recibido. En mí debía ver, simplemente, a un hombre que, tras haber pasado toda su vida recluido en estrechos límites y verse por fin libre, tenía un interés renacido por estas grandes obras humanas. Con tal intención le hablaba. Estoy lejos de poder asegurar qué términos utilicé, porque, aparte de mi escasa habilidad para iniciar conversaciones, en aquel hombre había algo que me intimidaba.

Dirigió una mirada de lo más curiosa a la luz roja que estaba junto a la boca del túnel, observó todo aquello como si echara algo en falta, y después me miró a mí.

¿Estaba esa luz a su cargo?, ¿no lo estaba? Me contestó con voz profunda:

—¿No sabe que sí lo está?

Mientras examinaba sus ojos fijos y su rostro melancólico, una monstruosa idea cruzó por mi mente: que era un espíritu y no un hombre. He vuelto a meditar si cabría considerar la posibilidad de alguna enfermedad en su mente.

Retrocedí, y al hacerlo noté en sus ojos un oculto miedo hacia mí. Esto disipó mi monstruoso pensamiento.

—Me mira —le dije formando una sonrisa— como si me tuviese miedo.

—Estaba preguntándome —contestó— si le había visto antes.

—¿Dónde?

Señaló hacia la luz roja que había estado observando.

—¿Allí? —dije.

Mirándome atentamente me respondió, aunque sin palabras, que sí.

—Mi querido amigo, ¿qué podía hacer yo allí? Sea como sea, nunca he estado ahí, puede jurarlo.

—Creo que sí —replicó—. Sí, estoy seguro.

Su comportamiento se serenó, y también el mío. Contestó a mis observaciones con prontitud y palabras bien escogidas. ¿Tenía mucho que hacer allí? Sí, es decir, tenía bastante responsabilidad, pero lo que se requería de él era exactitud y vigilancia. En lo que se refiere a trabajo propiamente dicho —trabajo manual—, no tenía apenas nada que hacer. Cambiar esta señal, ajustar aquellas luces y mover la palanca de hierro de cuando en cuando era toda su tarea en este terreno. Respecto a las largas y solitarias horas que tanto parecían importarme, sólo podía decirme que la rutina de su vida se había ido configurando de esa forma, y que ya estaba hecho a ella. En este lugar había aprendido un lenguaje —si el mero hecho de conocer sus simbolismos y tener una idea rudimentaria de su pronunciación se puede llamar aprenderlo—. También había estudiado fracciones y decimales y había intentado acercarse al álgebra; pero, como le pasaba de niño, el cálculo seguía sin ser su fuerte. ¿Le obligaba el cumplimiento de su deber a permanecer en aquel canal de aire húmedo?, ¿nunca podía remontar los altos muros de piedra hasta la luz del sol? Claro que sí, eso dependía del tiempo y de las circunstancias. Según en qué condiciones, había menos que hacer en esta línea que en las otras, y lo mismo podía aplicarse a determinadas horas del día y de la noche. En días de buen tiempo, durante algún rato, abandonaba las sombras de allí abajo; pero como en cualquier momento podía reclamarle su campanilla eléctrica, prestaba oído con doble ansiedad, y su satisfacción era mucho menor de lo que podía suponer.

Me llevó a su caseta, en la que había un fuego, un escritorio con un libro oficial en el que tenía que hacer algunas anotaciones, un aparato telegráfico, con su dial y sus agujas, y la campanilla de la que ya me había hablado. Cuando le dije que confiaba en que disculpara mi comentario, pero que pensaba que había tenido una buena educación, incluso (confiaba me permitiera decirlo sin ofenderle) quizá por encima de aquel puesto, me hizo observar que este tipo de rarezas no eran poco habituales en los colectivos humanos más vastos; tenía idea de que así ocurría en las cárceles, en el Cuerpo de Policía, incluso en lo que se considera el recurso más desesperado, la Armada; y que esto también

sucedía, más o menos, en toda compañía ferroviaria de ciertas dimensiones. Cuando era joven había sido estudiante de Filosofía Natural (dudaba que yo pudiese creerlo, viéndole en aquella barraca; casi no lo creía él mismo) y había asistido a varios cursos; pero lo había abandonado, desperdició sus oportunidades, se hundió y ya no volvió a levantarse nunca. No tenía queja alguna al respecto: había construido su lecho y en él yacía. Era, con mucho, demasiado tarde para pensar en otro.

Todo lo que he condensado aquí, lo contó él de una manera pausada, con su mirada grave y oscura a caballo entre el fuego y mi persona. Le daba por llamarme «señor» de cuando en cuando, especialmente si se refería a su juventud, como pidiéndome que comprendiese que no había pretendido ser más de lo que yo veía que era. Varias veces le interrumpió la campanilla, leyó mensajes y envió respuestas. En una ocasión tuvo que cruzar la puerta y desplegar su banderín mientras pasaba un tren, a la vez que le hacía algún comunicado verbal al conductor. Observé que en el cumplimiento de su trabajo era extremadamente exacto y vigilante, que interrumpía lo que estaba diciendo y que permanecía en silencio hasta que había terminado lo que tenía que hacer.

En pocas palabras, habría considerado a este hombre el más fiable de todos para desempeñar aquel puesto, de no haber sido porque, mientras me estaba hablando, en un par de ocasiones perdió el color, se volvió hacia la campanilla cuando ésta no había sonado, abrió la puerta de la caseta (que permanecía cerrada para aislarnos de la insalubre humedad) y miró hacia la luz roja que se encontraba junto a la boca del túnel. En ambas ocasiones volvió al fuego con el mismo aire inexplicable que ya había observado en él, y que no sería capaz de definir encontrándonos a tanta distancia.

Le dije, cuando me puse en pie para irme:

—Casi me ha hecho pensar que he conocido a un hombre satisfecho. (Me temo, he de reconocer, que lo dije para hacerle seguir hablando.)

—Creo que lo fui —replicó con la misma voz profunda con que había hablado al comienzo—, pero estoy turbado, señor, estoy turbado.

Se habría retractado de sus palabras si hubiera podido. Pero las había dicho, y yo me agarré a ellas rápidamente:

—¿Por qué?, ¿cuál es su problema?

—Es muy difícil de explicar, señor. Es muy, muy difícil hablar de ello. Si vuelve a visitarme en otra ocasión, trataré de contárselo.

—Desde luego que tengo intención de hacerle otra visita. Dígame, ¿cuándo podría ser?

—Me voy al amanecer y volveré mañana a las diez de la noche, señor.

—Entonces vendré a las once.

Me dio las gracias y me acompañó a la puerta:

—Le alumbraré con mi linterna —dijo con su peculiar voz profunda— hasta que haya encontrado el camino de subida. Pero cuando lo encuentre ¡no me avise!, y cuando haya llegado a la cima ¡no me avise!

Su comportamiento hizo que el lugar me pareciera aún más frío, pero dije solamente:

—Muy bien.

—Y cuando vuelva mañana ¡no me avise! Déjeme preguntarle algo antes de que se vaya. ¿Qué le impulsó antes a gritar: «¡Eh!, ¡ahí abajo!»?

—No lo sé —dije—. ¿Es que grité algo así?

—No algo así, señor. Exactamente esas palabras. Lo sé muy bien.

—Admitamos que fueron exactamente esas palabras. Las dije, sin duda, porque le vi a usted ahí abajo.

—¿Por ninguna otra razón?

—¿Qué otra razón podía tener?

—¿No tuvo la sensación de que le fuesen transmitidas de alguna manera sobrenatural?

—No.

Me deseó buenas noches y sostuvo en alto su linterna. Caminé entre las vías (con la desagradable sensación de que un tren venía tras de mí), hasta que encontré el sendero. Era más fácil la subida que el descenso, y llegué a mi posada sin otro contrat tiempo.

Puntual con mi cita, la noche siguiente puse el pie en la primera hendidura del zigzageante camino cuando los relojes daban las once. Me esperaba allá en el fondo, con su linterna encendida.

—No le he avisado —dije, cuando estuvimos más cerca—. ¿Puedo hablar ahora?

—Por supuesto, señor.

—En ese caso, buenas noches, y aquí está mi mano.

—Buenas noches, señor. Aquí está la mía.

Tras esto, caminamos, uno al lado del otro, hasta la caseta; entramos, cerró la puerta y nos sentamos junto al fuego.

—Ya me he decidido, señor —comenzó inclinándose, en cuanto nos hubimos instalado, y habló en un tono que era poco más que un susurro—. No tendrá que preguntarme por segunda vez qué es lo que me turba. Anoche le tomé por otra persona. Lo que me turba es precisamente eso.

—¿Esa confusión?

—No. Esa otra persona.

—¿Quién es?

—No lo sé.

—¿Es como yo?

—No lo sé. Nunca he visto su cara. El brazo izquierdo le cubre el rostro y agita el derecho. Lo agita violentamente. Así.

Seguí sus indicaciones con la mirada, mientras movía un brazo como queriendo dar a entender con la mayor pasión y vehemencia: «Por el amor de Dios, despejen el camino.»

—Una noche de luna llena —me dijo el hombre— estaba sentado aquí, cuando oí una voz que gritaba «¡Eh!, ¡ahí abajo!» Me levanté de un salto, miré desde la puerta y vi a esa otra Persona^[23] junto a luz roja que hay cerca de la boca del túnel, haciendo gestos como le acabo de enseñar. La voz parecía ronca de tanto gritar, y chillaba: «¡Cuidado!, ¡cuidado!», y de nuevo: «¡Eh!, ¡ahí abajo!, ¡cuidado!» Cogí mi linterna, la puse en rojo y corrí hacia la figura, gritándole: «¿Qué va mal?, ¿qué ha pasado?, ¿dónde?» Estaba de pie justo en la boca de la negrura del túnel. Me acerqué tanto a él que me pareció extraño que siguiera cubriéndose los ojos con el brazo. Corrí directamente hacia él, alargando la mano para coger su brazo, pero había desaparecido.

—Dentro del túnel —dije yo.

—No. Recorrí el interior del túnel, unas quinientas yardas. Me detuve y, con la linterna sobre mi cabeza, vi las señales que miden las distancias, las manchas de humedad que penetran las paredes y gotean desde la bóveda. Salí corriendo, más rápido que cuando entré (es que aborrezco a muerte ese lugar), miré alrededor alumbrándome con mi propia luz roja, y subí por la escalera de hierro que lleva a la galería que hay justo encima, bajé y regresé corriendo aquí. Telegrafíé en ambas direcciones:

«Se ha recibido una alarma. ¿Algo va mal?» De las dos direcciones llegó la misma respuesta: «Todo bien.»

Resistiéndome a la leve sensación de que un dedo helado rozaba mi espina dorsal, le expliqué que aquella figura había debido de ser una mala pasada de su sentido visual, y que se sabía que tales figuras, originadas por desarreglos de los delicados nervios que administran las funciones del ojo, turbaban con frecuencia a enfermos, algunos de los cuales habían llegado a ser conscientes de la naturaleza de sus males e incluso la habían demostrado mediante experimentos con ellos mismos.

—En cuanto a un grito imaginario —añadí—, ¡escuche por un momento el viento de este extraño valle mientras hablamos tan bajo y los disparatados sonidos de arpa que arranca a los cables telegráficos!

Todo estaba muy bien, replicó, tras haber estado ambos escuchando durante un rato (y él debía de saber bastante sobre el viento y los cables, ya que era quien pasaba largas noches de invierno ahí, solo y expectante). Pero me rogó que me diese cuenta de que no había terminado.

Le pedí perdón y, tocándome el brazo, añadió estas palabras:

—No habían pasado seis horas de la aparición, cuando se produjo el accidente de esta línea, ni habían pasado diez cuando los muertos y heridos fueron sacados a través del túnel por el lugar en el que había estado la figura.

Me recorrió un desagradable escalofrío. No podía negarse, repuse, que había sido una coincidencia notable, lo bastante profunda para impresionar su mente. Pero no hay duda de que coincidencias tan notables ocurren continuamente y deben tenerse en consideración al tratar estos temas. Aunque, indudablemente, debía admitir, añadí (viendo que estaba a punto de refutar mis objeciones), que las personas con sentido común no dejan mucho espacio para coincidencias en los cálculos ordinarios de la vida.

De nuevo me hizo saber que me diese cuenta de que no había terminado.

Y de nuevo le pedí perdón por mis involuntarias interrupciones.

—Esto —dijo, apoyando una vez más su mano en mi brazo y mirando por encima del hombro con ojos hundidos— fue exactamente hace un año. Pasaron seis o siete meses, y ya me había recuperado de la sorpresa e impresión, cuando una mañana, al romper el día, me encontraba junto a la puerta, miré hacia la luz roja y volví a ver al espectro.

Se detuvo mirándome fijamente.

—¿Gritó?

—No. Guardó silencio.

—¿Movía el brazo?

—No. Estaba apoyado contra el poste de la luz roja, con las dos manos cubriéndole el rostro. Así.

Una vez más observé su gesto. Y fue un gesto de dolor. He visto actitudes similares en las estatuas que se encuentran sobre algunas tumbas.

—¿Se acercó a él?

—No. Entré en mi caseta y me senté; en parte para ordenar mis ideas, en parte porque había quedado desfallecido. Cuando volví a salir a la puerta, la luz del día estaba sobre mí y el fantasma se había ido.

—Pero, ¿no pasó nada más?, ¿no ocurrió algo después?

Me tocó el brazo con el dedo índice dos o tres veces, asintiendo lúgubrementemente con la cabeza.

—Ese mismo día, cuando un tren salía del túnel, advertí en una ventanilla que daba a mi lado algo que me pareció un amasijo de cabezas y manos y una especie de gesto. Vi aquello justo a tiempo para hacerle al conductor la señal de «¡Pare!» Cortó el circuito y puso el freno, pero el tren aún se deslizó ciento cincuenta yardas o más. Corrí tras él y, mientras lo hacía, oí unos llantos y gritos terribles. Una bella joven había muerto repentinamente en uno de los compartimentos y la trajeron aquí; yacía en este mismo suelo, aquí donde estamos nosotros.

Aparté mi silla involuntariamente, miré las tablas que señalaba y luego le miré a él.

—Cierto, señor, cierto. Se lo cuento tal y como sucedió.

No se me ocurrió nada que decir en ningún sentido, y se me había quedado la boca absolutamente seca. El viento y los cables prolongaban la historia en un largo lamento desolado.

Él retomó la palabra:

—Ahora, señor, fíjese en esto y juzgue hasta qué punto se halla turbado mi espíritu. El espectro volvió hace una semana. Desde entonces ha estado aquí, una y otra vez, a intervalos.

—¿Junto a la luz?

—Junto a la luz de peligro.

—Y ¿qué diría que hace?

Repitió, aún con mayor pasión y vehemencia, si es que es posible, los anteriores gestos de «¡Por Dios, despejen la vía!»

—No tengo paz ni descanso. Me llama durante varios minutos seguidos, de una manera agonizante: «Ahí abajo, ¡cuidado!, ¡cuidado!» Se queda de pie, gesticulando, y hace sonar mi campanilla...

Me agarré a esto:

—¿Hizo sonar su campanilla anoche, mientras yo estaba aquí, y usted salió a la puerta?

—En dos ocasiones.

—Bien, observe —dije yo— cómo le engaña su imaginación. Tuve mis ojos clavados en la campanilla y mis oídos bien despiertos, y tan cierto como que estoy vivo, en aquellos momentos *no* sonó. No. Y tampoco lo hizo en ninguna otra ocasión, si exceptuamos cuando funcionó debido al curso normal del trabajo, al comunicar la estación con usted.

Movió la cabeza:

—No he tenido, aún, ninguna confusión a este respecto, señor. Nunca he confundido el sonido espectral de la campanilla con el humano. El sonido del fantasma es una extraña vibración de la campana, que no proviene de fenómeno alguno, y no he afirmado que la campana se mueva visiblemente. No me sorprende que usted no la haya oído. Pero *yo* sí la oí.

—¿Y le pareció ver al espectro allí, cuando salió a mirar?

—*Estaba* allí.

—¿En ambas ocasiones?

Dijo firmemente:

—En ambas ocasiones.

—¿Quiere acercarse a la puerta conmigo y observar ahora?

Se mordió el labio inferior mostrando cierta desgana, pero se levantó. Abrí la puerta y me quedé en el escalón, mientras él permanecía en el umbral. Allí estaba la luz de peligro. Allí estaba la tenebrosa boca del

túnel. Allí estaban los altos muros de piedra del precipicio. Allí estaban, sobre todo, las estrellas.

—¿Lo ve? —le pregunté, prestando especial atención a su rostro.

Tenía los ojos fijos y en tensión, pero quizá no mucho más que los míos cuando los dirigía impacientemente hacia el mismo punto.

—No —respondió—, no está ahí.

—De acuerdo —le dije.

Entramos de nuevo, cerramos la puerta y volvimos a nuestros asientos. Estaba pensando en la mejor forma de aprovechar esta ventaja, si es que se la podía considerar como tal, cuando él retomó el tema de una forma tan absolutamente natural, dando por supuesto que no podía haber entre nosotros serias divergencias respecto a los hechos, que me sentí en una situación de lo más impotente.

—A estas alturas, señor, ya habrá comprendido perfectamente —dijo— que lo que me angustia tan profundamente es lo siguiente: ¿qué quiere decirme el espectro?

Le contesté que no estaba seguro de haber comprendido perfectamente.

—¿Contra qué me previene? —dijo meditabundo, con sus ojos clavados en el fuego y volviéndose hacia mí sólo de vez en cuando—, ¿cuál es el peligro? Hay un peligro en el aire, flotando sobre algún lugar de la línea. Una horrible calamidad va a suceder. En esta ocasión no cabe la menor duda. Es una obsesión *para mí*. ¿Qué puedo hacer?

Sacó su pañuelo y se secó las gotas de sudor de su frente acalorada.

—Si telegrafío «peligro» en una dirección de la línea, o en ambas, no tengo prueba alguna que aportar —siguió, secándose las palmas de las manos—. Probablemente me meta en problemas y no haga bien. Podrían pensar que estoy loco. Tendría que actuar de esta manera: Mensaje: «Peligro. Tomen precauciones.» Respuesta: «¿Qué peligro?, ¿dónde?» Mensaje: «No lo sé, pero por el amor de Dios, tomen precauciones.» Me despedirían. ¿Qué otra cosa podrían hacer?

Era muy triste ver el tormento de su espíritu, la tortura mental de un hombre consciente, sometido a la angustia insoportable de una vida intrincada en una responsabilidad que escapaba a su inteligencia.

—Cuando apareció el espectro por primera vez junto a la luz roja — continuó echando hacia atrás su cabello oscuro y frotándose las sienes con las manos una y otra vez, en el extremo de una angustia febril—, ¿por qué no me dijo dónde sucedería el accidente, si tenía que suceder?, ¿por qué la segunda vez que vino ocultaba su rostro?, ¿por qué, en lugar de eso, no me dijo: «Ella va a morir. Que la dejen en casa.»? Si en estas

dos ocasiones vino tan sólo para demostrarme que sus advertencias eran ciertas y prepararme para esta tercera, ¿por qué no me avisa llanamente ahora? Y yo... ¡que el Señor me ayude! Un pobre guardavía en su solitaria estación, ¿por qué no ha acudido a alguien digno de crédito y que pueda actuar?

Al verle en semejante estado me di cuenta de que, tanto para el bien del pobre hombre como para la seguridad pública, lo que tenía que hacer, de momento, era apaciguar su mente. Por lo tanto, dejé a un lado todas las cuestiones sobre la realidad o la irrealidad y le hice observar que si un hombre cumplía con su deber estrictamente, hacía bien, y que le quedaba la satisfacción de haber entendido lo que era su obligación, aunque no alcanzase a comprender el significado de esas confusas Apariciones^[24]. En este esfuerzo tuve un éxito mayor que en los intentos de hacerle desistir de sus convicciones. Empezó a calmarse, las ocupaciones propias de su puesto, como la noche anterior, comenzaron a requerir su atención por más tiempo, y le dejé a las dos de la madrugada. Le había ofrecido quedarme toda la noche, pero no quiso ni oír hablar de ello.

Me volví a mirar la luz roja según ascendía por el sendero; que no me gustaba la luz roja y que habría dormido francamente mal de encontrarse mi cama bajo ella, no voy a ocultarlo. Y no me gustaron las dos historias del accidente y la muerte de la chica. Tampoco veo razón para ocultarlo.

Pero lo que más ocupaba mi mente era la reflexión sobre cómo debía actuar, al haberme convertido en depositario de estas confidencias. Había comprobado que se trataba de un hombre inteligente, atento, trabajador y serio; pero, ¿cuánto tiempo seguiría siéndolo en semejante estado mental? A pesar de ocupar un cargo de subordinado, tenía una importante responsabilidad; ¿confiaría yo (por ejemplo) mi propia vida a la posibilidad de que continuase desempeñándola con precisión?

Fui incapaz de vencer el sentimiento de que sería una especie de traición si comunicaba a sus superiores lo que me había contado, sin antes hablar francamente con él. Debía proponerle una solución intermedia: decidí ofrecerme para acompañarle (pero guardando, de momento, el secreto) al mejor médico que pudiésemos encontrar en la zona y recabar su opinión. Me había comunicado que la noche siguiente habría un cambio en el horario de trabajo: se marcharía una o dos horas antes del amanecer y volvería después de la puesta de sol. Yo había quedado en presentarme un poco más tarde.

Al día siguiente, el atardecer era espléndido y salí temprano para disfrutarlo. El sol aún no se había puesto cuando crucé el camino que bordeaba el precipicio. Alargaría el paseo una hora, me dije, media hora de ida y otra media de vuelta, y entonces habría llegado el momento de ir a la caseta del guardavía.

Antes de continuar mi caminata, me paré en el borde y, mecánicamente, miré hacia abajo desde el mismo lugar desde el que le había visto por primera vez. No podría describir el estremecimiento que me recorrió cuando, junto a la boca del túnel, vi a una figura que se tapaba los ojos con el brazo izquierdo y hacía violentamente gestos con su mano derecha.

El horror innombrable que me oprimía pasó en un momento, en el instante mismo en que me di cuenta de que esa figura era, de hecho, un hombre y que, a poca distancia, se hallaba un pequeño grupo de personas, a quienes se dirigían los gestos que estaba haciendo. La luz de peligro no estaba todavía encendida. Junto al poste había sido construido, con madera y una lona, un pequeño armazón muy bajo, enteramente nuevo para mí. No parecía mayor que una cama.



Descendí por el sendero tan rápido como pude, con la irresistible sensación de que algo marchaba mal; me reprochaba haber dejado a aquel hombre allí, sin nadie que le vigilara o corrigiese lo que hacía, ante el peligro de un desenlace fatal.

—¿Qué es lo que ocurre? —pregunté.

—El guardavía ha resultado muerto esta mañana, señor.

—¿El hombre que ocupaba esta caseta?

—Sí, señor.

—¿El hombre al que yo conocía?

—Lo reconocerá, señor, si le había visto —dijo el hombre que hablaba por los demás, descubriéndose la cabeza con solemnidad y levantando el extremo de la lona—. Su rostro está intacto.

—¡Oh! ¿Cómo ocurrió esto?, ¿cómo ocurrió? —pregunté, volviéndome de uno a otro, cuando hubo cubierto de nuevo el cadáver.

—Lo atropelló una locomotora, señor. Ningún hombre en Inglaterra conocía mejor su trabajo. Pero algo no debía estar bien en la vía. Fue justo al amanecer. Había apagado la luz y llevaba su linterna cuando la máquina salió del túnel; él le daba la espalda, y lo atropelló. Este hombre la conducía y nos estaba explicando cómo sucedió. Explíquesele al caballero, Tom.

El hombre, que vestía un traje tosco y oscuro, retrocedió hasta el lugar donde habíamos estado antes, junto a la boca del túnel:

—Después de tomar la curva del túnel, señor —dijo—, le descubrí al otro extremo, como si le viese por el tubo de un catalejo. No había tiempo de reducir la velocidad, y sabía que él era un hombre muy cuidadoso. Como no pareció hacer caso del pitido, quité la marcha cuando ya nos abalanzábamos sobre él y le grité tan fuerte como pude.

—¿Qué dijo usted?

—Dije: «¡Ahí abajo!, ¡cuidado!, ¡cuidado!, ¡por el amor de Dios, despejen la vía!»

Me sobresalté.

—¡Ay! Fue un rato horrible, señor. No paré de gritar. Me puse este brazo delante de los ojos, para no verlo, y agité el otro hasta el último momento, pero no sirvió de nada.

Para no prolongar el relato extendiéndome en alguna de sus circunstancias más que en otra, puedo, para terminar, señalar la coincidencia de que las advertencias del conductor de la locomotora incluían no sólo las palabras que el desafortunado guardavía me había repetido como su obsesión, sino también las palabras que yo mismo —y no él— había asociado, tan sólo en mi mente, a los gestos que había imitado.



Apéndice

La época

Preocupaciones

sociales

Sobre la época victoriana, la que corresponde al largo reinado de la reina Victoria de Inglaterra (1819-1901), se ha escrito mucho. También en esta colección. Véanse todos los apéndices de los libros de autores comprendidos en esa etapa. De ellos podemos destacar los que acompañan a dos títulos de Dickens publicados en «Tus Libros»; el de Santiago R. Santerbás a *Canción de Navidad*, número 71 de la colección, y el de Póllux Hernández, número 95, a *Oliver Twist*. Charles Dickens, nacido en 1812 y muerto en 1870, tenía siete años cuando Victoria llegó al trono y, a su fallecimiento, aún le quedaban a la reina treinta y un años más de reinado. Prácticamente toda su vida, pues, está encuadrada en el llamado *victorianismo*, era gloriosa para Inglaterra, pero también caldo de cultivo para represiones, cinismo oficial e hipocresías morales y un buen número de injusticias sociales. Todo esto fueron cosas que preocuparon al hombre y al artista Charles Dickens. Y su obra está jalonada de sátiras y denuncias sobre los puntos negros de la sociedad victoriana. No será ocioso seleccionar un catálogo de esas injusticias. Si bien el tiempo que le tocó vivir a Dickens no fue «el peor de los tiempos», tampoco fue el mejor, si es que eso existe. Podemos, quizá, dar una interpretación parcial de esa época enumerando sus abusos e iniquidades, pero seremos fieles al espíritu de Dickens si las recordamos.

El mejor

y el peor

de los tiempos

«No era el mejor de los tiempos, no era el peor de los tiempos; fueron años razonables, fueron años de locura: una época de fe, una época de incredulidad; momentos de luz, momentos de tinieblas; primavera de esperanza, invierno de desesperación; ante nosotros se ofrecía todo, no había nada ante nosotros; todos íbamos derechos al cielo, todos íbamos hacia el lado contrario...»

La cita corresponde al comienzo del primer capítulo de una novela de Charles Dickens: *Historia de dos ciudades*. Y no sólo por eso nos parece oportuna, sino porque el propio autor termina el párrafo equiparando aquel tiempo al suyo: «... Aquel período fue, en una palabra, tan semejante al nuestro, que algunas de sus personalidades más vocingleras reclamaban para él que se le aplicaran los más extremos calificativos para bien y para mal.» Dickens escribía esto en 1859. La época en que situaba su novela era 1775, cuando «en el trono de Inglaterra había un rey de ancha mandíbula y una reina de cara vulgar;

había en el trono de Francia un rey de ancha mandíbula y una reina de cara bonita»^[25] .

La cita *del mejor y el peor de los tiempos* es frase que puede aplicarse a muchas otras épocas, casi siempre a la que vive quien la cita. Un cineasta español la ha usado recientemente para título y emblema de una película: *El mejor de los tiempos* (Felipe Vega, 1989). En ella, el autor se refiere a otro tiempo que también considera el mejor y el peor simultáneamente: la juventud.

Juventud

y pobreza

Por seguir con la juventud, la de Dickens ahora, y por centrarnos en su época, podemos hablar de injusticias, todavía tan actuales, como la pobreza. O tan flagrantes como la esclavitud: en 1830 —Dickens era un adolescente— aún había esclavos en las colonias británicas, aunque oficialmente la esclavitud había sido abolida tres años después. Pobres había, siguió habiéndolos y, por supuesto, todavía los hay. Pero los pobres ingleses de la primera mitad del siglo XIX, los pobres de Dickens, el propio Dickens mientras fue pobre, eran unos pobres muy especiales. Ellos marcaron una fijación obsesiva en su memoria y empaparon de piedad y de justa ira la mayor parte de su obra.

Eran pobres, entre los que nos referimos, tanto los trabajadores del campo como amplias capas de los obreros industriales. El país avanzaba técnicamente, la conciencia social se despertaba y alzaba muy fuerte la voz a veces (Dickens fue una de esas voces, y de las más altas), pero desde una enorme población de miseria, desesperanza, analfabetismo, el pozo donde se debatían en dolorosa oscuridad las víctimas sociales. Quizá la frase es tan melodramática como si fuese de una novela de Dickens. Pero responde a la realidad. Como las novelas de Dickens.

La ley

de pobres

La Ley de Pobres, por ejemplo, del 14 de agosto de 1834, se había impuesto la necesidad de sustituir limosna por trabajo, beneficencia por justicia, y se renovó la vieja legislación que tenía cerca de dos siglos. Pero un país que no puede combatir la pobreza y necesita legislar sobre ella, es evidente que elige la cirugía porque no ha podido curar la enfermedad. Las dificultades mayores que encontró esta ley, tanto en Inglaterra como en Irlanda, se refieren a «la inmensa cantidad de pobres, imposible de controlar ni en asilos ni en hospitales en todas las islas Británicas».

La cárcel

de deudas

Hubo una clase muy peculiar de pobres en la Inglaterra que le tocó vivir a Charles Dickens: aquellos que no podían pagar sus deudas. El propio padre del autor conoció por ello la prisión de insolventes, llamada Marshalsea. Era el año 1824 y nuestro autor tenía, pues, doce años, edad para no olvidar nunca lo que recordó toda su vida y transmitió a fuego a algunos personajes como la abnegada pequeña Dorrit, que también tuvo «un padre en la prisión de Marshalsea».

Otra criatura entrañable del acervo literario dickensiano, Mr. Micawber, de *David Copperfield*, dio también con sus huesos en la cárcel de deudores, aunque luego acabó siendo Magistrado en Australia. La Magistratura, otro asunto que también figurará en este catálogo. Pero ésa es otra historia... Micawber tenía un claro concepto del ahorro y del peligro del gasto excesivo: «¿Ganáis al año veinte libras? Gastad al año diecinueve libras, diecinueve chelines y seis peniques, y el resultado será la felicidad. ¿Que ganáis al año veinte libras y gastáis veinte libras más seis peniques? El resultado será la desdicha» —o la cárcel de Marshalsea—. «La flor se ha deshojado, la hoja se marchitó, el Dios del Cielo se encarniza sobre aquella escena temerosa... Y ¡eso es!, caéis derribado al suelo. ¡Igual que yo!» Igual que John Dickens, el padre de Charles. Igual que William Dorrit, padre de la pequeña. Este último, por su antigüedad en la prisión, fue llamado también «el padre de Marshalsea».

Marshalsea

y sus

habitantes

Leed la descripción, dolorida, exacta, sombría, como corresponde a un recuerdo profundamente clavado en el alma, de ese lugar de vergüenza. El texto pertenece al capítulo sexto de *La pequeña Dorrit* :

«La prisión de Marshalsea se alzaba *hace treinta años*^[26] en el barrio de Southwark, pocas puertas más allá de la iglesia de San Jorge, a la izquierda de la carretera que va hacia el sur. Allí llevaba muchos años, y allí duró todavía algunos más; pero desapareció ya, y con su desaparición no ha perdido nada el mundo.

»Era una gran construcción maciza y oblonga, de tipo cuartelero, dividida en destartaladas casas pegadas unas a otras por la parte trasera, de modo que ninguna de ellas tenía habitaciones posteriores; rodeábala una explanada estrecha, cercada a su vez por altos muros con sus correspondientes puntas de lanza en lo alto. Era una cárcel para deudores, mal ventilada y sin ninguna perspectiva...»^[27] .

Esquinas, claroscuros en la noche sobre sus paredes fueron retratados por el excelente ilustrador de la primera edición. En su portada, Amy Dorrit, la esforzada protagonista, se recorta sobre la luz del portón de la cárcel. Era «la hija de Marshalsea». Nació allí, el carcelero fue su padrino y ella creció sin saber al principio «que no era costumbre de todo el mundo vivir encerrados en patios estrechos rodeados por altos muros con picas en lo alto...», claro que algunos de los que ella conocía, entre los que allí habitaban, no lo consideraban tan malo. Transcribimos parte del discurso de uno de esos prisioneros, antes de abandonar el lóbrego hogar de Marshalsea:

«... Aquí estamos tranquilos; aquí nadie nos echa mano; aquí no hay aldaba a la que vengan los acreedores a llamar, haciendo que se le suba a uno el corazón a la garganta... En este lugar no se reciben cartas amenazadoras por cuestiones de dinero. ¡Esto es la libertad, señor, la libertad!... En todos los demás lugares, la gente está desasosegada, molesta, llena de prisas, preocupada por una cosa o por la otra... Aquí... nosotros hemos pasado ya por todo... hemos llegado al fondo, no podemos caer más bajo... y hemos encontrado la paz.»

Sólo los que verdaderamente han llegado a lo *más bajo* pueden confundir la libertad con la prisión, aunque se pueda llevar a ella la familia para compartir la humillación. Y sólo los que han sufrido mucho pueden encontrar allí la paz.

Visita a

los fantasmas

del pasado

Una última referencia a Marshalsea en este catálogo infamante: cuentan los biógrafos que Dickens fue al lugar donde antes estuvo esa cárcel, para refrescar la dolorida memoria mientras trabajaba en el proyecto de *La pequeña Dorrit*. Un chiquillo, un típico pillastre londinense de los que tanto aparecen en las páginas dickensianas, quiere explicarle lo que antaño hubo en aquel lugar, seguramente a cambio de una propina. El escritor, dicen, dejó que hablara, viéndose quizá a sí mismo muchos años antes, cuando era su padre, y no el de la niña Dorrit, quien había encontrado tras esos muros la supuesta paz de los que habían *llegado al fondo*.

Los niños

La mayoría de las vivencias fuertes que marcaron a Dickens ocurrieron en su infancia. La mayoría de las injusticias, desarreglos sociales, infamias administrativas, con que componemos ahora el catálogo de su época, tienen que ver con los niños. Me remito para empezar a algunos párrafos de la presentación que escribí para la edición en «Tus Libros» (número 95 de esta colección) de *Oliver Twist* :

Huérfanos

«Huérfanos: Ésta es una palabra emblemática para Dickens y describe una de las características fundamentales de muchos de sus protagonistas: Pip en *Grandes esperanzas*, David Copperfield, Nicholas Nickleby..., el escritor (por razones de experiencia personal) sintió siempre predilección por los huérfanos. Criaturas que buscan al padre, que se lo inventan, que lo idealizan. Muchachos sin identidad que tienen que reconstruir su pasado... Un novelista actual, John Irving, que ha manifestado muchas veces su admiración por Dickens, sitúa una de sus mejores novelas en un orfanato... y en las largas noches de la institución benéfica se lee en voz alta antes de apagar las luces. Novelas de huérfanos: *David Copperfield*, *Grandes esperanzas* y *Jane Eyre*, de Charlotte Brontë, otra especialista en huérfanos esforzados y novelista de sufrir...»

Escuelas

infames

Niños de hospicio, infamia que añadir a las de nuestro catálogo de la época. Véase, ya lo dijimos, *Oliver Twist*. Niños de algunos colegios, cuyo ejemplo más inicuo encontramos en *Vida y aventuras de Nicholas Nickleby*. La novela apareció en 1838 y el recuerdo de algunas sangrantes escuelas le viene a Dickens, cómo no, de su infancia: «... cuando aún era un chiquillo no muy robusto y me sentaba en los apartados lugares de las cercanías del castillo de Rochester... recogí mis primeras impresiones sobre ellos (los colegios de Yorkshire), relacionadas con un niño que había regresado a su casa con un absceso supurado, a consecuencia de que su mentor se lo había abierto con un cortaplumas manchado de tinta».

Dickens, bastante tiempo después, cuando sólo tenía aún veintiséis años, blande su pluma para reventar otro absceso: la desatención en que tiene el Estado a la educación en muchas zonas rurales. Él y «Phiz», uno de sus ilustradores más justamente célebres, se cuelan en uno de esos colegios, bajo falsas personalidades, para tomar apuntes del natural. De ahí saldría la escuela de Mr. Squeers. Un escenario difícilmente olvidable aun para los que olvidaran todos los demás de esa novela protagonizada por otro de sus niños: Nicholas Nickleby. El libro de Dickens ayudará a que el Parlamento fije su mirada en la desastrosa situación de esos lugares de tortura llamados escuelas, como la de Dotheboys Hall en Yorkshire («la verdad es que no hay tal Hall..., sólo lo llamamos así en Londres porque es más sonoro»). También *Oliver Twist* tocó la conciencia de los gobernantes respecto a las instituciones de caridad. Gran parte de las novelas de Dickens —rara es la que no contiene una denuncia social— provocaron reformas. La época de Dickens no es sólo la que Dickens vivió, sufrió en ocasiones y criticó cuando creyó justo hacerlo, sino también *la época que Dickens contribuyó a mejorar*.

La injusta

justicia

Para despedir este retrato sesgado de algunos aspectos de esa época, a través de sus fallos sociales, nos detenemos ahora en la llamada Administración *de justicia*. Quien leyera *El Proceso* de Franz Kafka y no haya pensado en *Casa desolada* ^[28] es que no leyó nunca la de Dickens.

Kafka

y Dickens

El absurdo, la tragedia a que la burocracia legal somete al individuo ya estaban en el novelista inglés, y no sólo la radiografía de esa justicia injusta, sino la sublimación literaria del realismo, o sea, el aspecto fantástico que ofrece la realidad, como si de un mal sueño se tratara. Kafka ha confesado que en algún momento de su vida concibió como ideal de su escritura el estilo novelístico de Dickens. El autor de *El Proceso* tuvo que haber leído *Casa desolada*.

Tribunales y

curcunloquios

Nos cuenta Dickens en un prefacio a la primera edición de *Bleak House* que un magistrado de la Cancillería le aseguró que esa Sala principal de la justicia inglesa, «a pesar de ser objeto de tantísimos prejuicios del público (en cuyo momento me pareció que el magistrado me echaba una mirada de reojo), era algo casi inmaculado». Eso, puntualiza el autor, se lo dijo como dirigiéndose a un representante de la parte loca de la humanidad. Y añade Dickens con toda precisión: «... como es bueno que el *parsimonioso* público ^[29] sepa lo que ha estado pasando, a este respecto menciono aquí que todo lo narrado en estas páginas acerca del Tribunal de Cancillería es fundamentalmente cierto... Actualmente hay un caso ante ese Tribunal que se inició hace casi veinte años, en el cual se sabe que han llegado a comparecer de treinta a cuarenta abogados al mismo tiempo, en el cual se han acumulado costas de 70.000 libras, que no es sino un *pleito que resolver amigablemente* y que (según me aseguran) no se halla ahora más cerca de su fin que cuando se inició. Hay en Cancillería otro famoso pleito, todavía sin fallar, que se inició antes de fines del siglo pasado, y en el cual las costas ya han engullido más del doble de 70.000 libras...»

Algunos años después, en *La pequeña Dorrit* (1857), amplió su crítica a la burocracia ideando un supuesto *negociado de circunloquios* —la terminología procede de la traducción de José Méndez Herrera— absolutamente caricaturesco sobre la lentitud de la Administración en general, no sólo la de la justicia. El inocente y bondadoso Mr. Pickwick

ya había sufrido los trapicheos de los abogados y la injusticia de los tribunales. Es evidente que el asunto preocupaba a nuestro autor.

En 1873, el Primer Ministro Gladstone acometió una importante renovación de la Cancillería y los demás tribunales. Dickens había muerto hacía tres años. Su fantasma dictaba todavía leyes.

El autor y la obra

Ahora toca ya centrarnos en el personaje que es ese reformador humorista, ese melodramático poeta, ese cronista fantástico. Su realismo es idealista, su humor está lleno de lágrimas. Su obra es una gran paradoja literaria. No debe sorprender que entusiasmará a enamorados y cultivadores de la paradoja como Chesterton. Él dijo: «... queriendo ser un novelista fue un mitólogo... retratando la realidad no siempre creó personas de carne y hueso, sino dioses...» Y para comprender mejor el olimpo de esos inolvidables diosillos mitológicos hay que pasar antes por la realidad, por la más cercana a su persona. Por su vida. ¿Es quizá otra paradoja?

Angus Wilson,

ilustre

dickensiano

Siete de febrero de 1812. Nace Charles Dickens en Portsmouth, «puerto marítimo activo situado cerca de la mitad de la costa sur de Inglaterra, en una de esas calles bordeadas de casas modestas todas parecidas, habitadas por la pequeña burguesía... ¿Cuáles fueron las circunstancias de su infancia, en la medida que podemos conocerlas, que suscitaron esta inquietud inhabitual y mórbida tan fecunda en sus obras posteriores?» La cita y la importante pregunta pertenecen a Angus Wilson, el profesor, biógrafo, bibliotecario, crítico y novelista inglés^[30]. Es un admirador lúcido de la obra de Dickens, y en su propia obra novelística —*Que me llamen tarde, Los viejos del Zoo, Actitudes anglosajonas*— es fácil detectar esa devoción.

Como en otras ocasiones de este pequeño trabajo volveremos a recurrir a Wilson, bueno es detallar algunas cosas más sobre su opinión de Dickens y la influencia de éste en su propia narrativa: Pilar Hidalgo, catedrática de Literatura Inglesa, ha escrito una excelente introducción a *La madurez de la Sra. Elliot*, novela de Angus Wilson, reeditada por Espasa Calpe en 1988. En ella, la profesora recuerda un artículo de Wilson titulado «Charles Dickens, una obsesión», su interés por delimitar la distancia del escritor Victoriano con los supuestos seguidores de *su escuela* (él mismo, según los críticos): «... Dickens es un escritor absolutamente extraordinario y no se parece a ningún otro.» Para Wilson, Dickens es «ante todo un innovador, un escritor

experimental que presenta en sus novelas un mundo mucho menos plano que el de la narrativa victoriana convencional».

Pero volvamos a la vida de este innovador que obsesionó a otros escritores, y procuremos contestar a la pregunta de Wilson. ¿Cuál fue el punto de partida de la obsesión que acompañó toda su vida a Dickens, lanzándole, sin más remisión que su sentido del humor y su positiva bondad, a los negros decorados del miedo, la injusticia y la muerte?

Por supuesto —ya lo anotamos en los párrafos dedicados a su época—, eran objetivas las miserias e infamias del tiempo que le tocó vivir. Pero no todos los escritores de esa época eligieron contar tales negruras. Los fantasmas anidaban en el corazón de Dickens desde su infancia. André Maurois^[31], otro escritor especializado en biografías, dice en su ensayo sobre Dickens: «... lo que da a su infancia un sello tan dramático es, precisamente, el hecho de que siendo un burgués, siéndolo profundamente, con arrogancia, se encuentra desde sus primeros años arrancado por la miseria a su clase y empujado hacia el pueblo...»

Tiempos

difíciles

La temprana inquietud por la muerte es bien patente cuando, al idear un primer trabajo duro y humillante para el niño Oliver Twist, donde transfería su experiencia de los betunes, convierte aquella vivencia personal en una tienda de ataúdes. «La máscara», símbolo fúnebre con el que abre Angus Wilson su estudio de la infancia de Dickens, es —sin duda— el fantasma de la Muerte.

Aunque Dickens nos explica que el recuerdo y el susto le vienen de un impresionante muñeco entre los regalos de Navidad de su infancia (ya volveremos a los fantasmas, a la Navidad, a ese texto de *El árbol de Navidad* y a «la máscara»). Es la premonición infantil de la Muerte, sí, son también los espectros de los cuentos que le contaba su niñera. Es también, como apunta Maurois, la pobreza. Una miseria llegada de golpe: mucho más dura para un sensible niño burgués que para un proletario que nunca tuvo nada, como el patético Jo de *Casa desolada*, el pobre chiquillo vagabundo que barre la esquina de su calle miserable, pendiente de que los guardias le echen («¡Circula, circula!») y que dice siempre, aterrado, por si acaso: «Yo no sé ná de ná.»

La familia

Tiempos difíciles (título de una de sus novelas más sombrías) para el hijo del pagador de la Armada, encarcelado en Marshalsea. Maurois nos sitúa a la familia:

«... Su padre era un ser a la vez embelesador y temible. Encantador porque era alegre, porque contaba bien las historias, porque recibía amablemente a sus amigos; temible porque gastaba siempre más de lo

que ganaba y se hundía con una curiosa mezcla de indiferencia, desesperación y ligereza en un océano de deudas. Su madre parece que fue un ser mediocre, una de esas mujeres cuyos pensamientos ruidosos y vanos vuelan en todos sentidos como zánganos alocados. Su hijo no tardó en juzgarla severamente.»

Fácil habrá sido para nuestros lectores reconocer al padre de Dickens en Mr. Micawber. El resto de la familia también saldrá en otras novelas. Incluida su hermana, que en *La pequeña Dorrit*, por ejemplo, aparece bajo el nombre de Fanny. Tanto en la vida real como en su transfiguración literaria será una niña mimada. Su madre le paga clases de danza cuando su hermana Dorrit o su hermano Dickens, en la vida real, tienen que dejar la escuela y ponerse a trabajar.

La betunería

de Warren

El primer trabajo de Charles Dickens, con doce años, es un punto negro en su biografía, que el Dickens adulto nunca podrá olvidar. Uno de sus amigos, luego biógrafo, anota que el escritor, ya en el umbral de la muerte, frente a la mueca de «la máscara» que siempre le obsesionó, recuerda la fecha y el lugar como una fijación nunca extirpada de su memoria. Había sido el año 1824, y en la zona suburbana de Warren, a donde tuvo que trasladarse cuando la familia se instaló en la cárcel de deudores. Uno de los muchos narradores de la vida de Dickens, L. K. Webb^[32], nos explica:

«... es sorprendente descubrir que todo este desagradable episodio duró sólo cuatro meses del año 1824: es posible que su misma densidad incrementase la intensidad de sus impresiones y recuerdos.»

Empezó a trabajar en la fábrica de betún a los dos días de su cumpleaños. La fábrica era sombría, el lugar estaba infestado de ratas y —sobre todo— había que limpiar botas en el escaparate, a la vista del público... Somerset Maugham^[33], entre otros, opina que se ha dado excesiva importancia a este suceso de la infancia de Dickens.

Priestley^[34] dice, sin embargo, que «... los críticos que restan importancia a este episodio no se han visto ellos privados, a los doce años, de asistir a la escuela por tener que trabajar en una fábrica de betunes. Olvidan que aquel niño se sentía absolutamente desesperado.» Dickens no pudo olvidarlo: «Ninguna obra mía —escribió años más tarde— alcanza a expresar la secreta agonía de mi alma cuando me vi entre esa gente tan distinta de los compañeros de mis primeros años felices, y sentí que mis esperanzas de llegar a ser hombre culto y distinguido se venían abajo... Mi naturaleza toda estaba tan conturbada por el dolor y la humillación, que, aún ahora, famoso y halagado, a menudo olvido en mis sueños que tengo una esposa y unos hijos, incluso que no soy un niño, y retorno desolado a aquella época de mi vida...»

El hombre

y el escritor

Según Dickens se va haciendo hombre —y empezó muy pronto, como todos los niños con tempranas responsabilidades—, fue haciéndose escritor. Si es que no lo fue siempre, al escritor nos referimos, desde que imaginaba historias debajo de una mesa cuando su padre le llevaba a sus tertulias de taberna.

En 1833, con casi veintidós años, publicará su primera narración. ¿Cómo se ha hecho hombre y escritor el niño que dejamos humillado en la fábrica de betunes en Warren?

Dinero para la familia: una herencia nivela momentáneamente la economía familiar. Resultado inmediato: Dickens hijo abandona su humillante alejamiento de la cultura y reanuda sus estudios en 1824. Tres años después se coloca en el bufete de unos abogados, mientras aprende taquigrafía ^por las tardes. Hay que prevenir cualquier posible caída del padre y asegurarse una independencia. Ya está acopiando materiales para su obra literaria: en *Pickwick* y en *Grandes esperanzas*, entre otros libros, aparecerán huellas de su conocimiento sobre el mundo legal, las siniestras oficinas de los abogados y sus triquiñuelas.

Dickens, desde el comienzo, se prepara para escritor satírico. Crítico, en definitiva. Observador incansable de la realidad, la transformará en arquetipos. Se ha dicho que esa labor de caricaturista le alejó de la auténtica creación de tipos humanos; sin embargo, si no son seres de carne y hueso en un sentido habitual, conmueven más que los personajes más *reales* de otros autores. Chesterton dijo, como hemos citado ya, que Dickens produjo dioses. Forster^[35] dijo que «aunque *debería* ser un mal escritor, en realidad es uno de los más grandes». Quizá Eliot^[36] dio en el clavo al afirmar que sus personajes son de ámbito más elevado que el del realismo convencional: «Pertenecen al mundo de la poesía.»

De periodista

a escritor

Según el niño se vuelve hombre, el cronista, el transfigurador, pasa de las notas a los relatos, y de éstos a la novela. El aprendiz se hace maestro, el periodista será auténtico creador literario. En 1832 comienza una carrera de periodista: algunos artículos para el *True Sun* y, sobre todo, reportajes parlamentarios en *The Mirror of Parliament*, luego en el *Morning Chronicle*. Su habilidad para anotar y transmitir las sesiones de la Cámara le harán un reportero de prestigio. Los políticos

del país han de verse retratados, y no siempre con dulzura, por el joven y atrevido fustigador del *stablishment* .

Pero Dickens es escritor. Desde que aparece publicada su primera narración (*Una cena en la alameda* , 1833, en el *Monthly Magazine*) , él sabe cuál será su verdadero oficio. Y su mayor pasión, junto a la locura por el teatro, afición que cultivará toda su vida. Pocas veces escribió directamente para la escena, salvo representaciones amistosas, semiprivadas y familiares, pero sus historias fueron adaptadas frecuentemente. Colaboró con Wilkie Collins^[37] en algunas de ellas, y en el tramo final de su vida se entregó desorbitadamente a una peculiar modalidad de literatura casi teatral: las lecturas públicas de sus obras, donde interpretaba a todos los personajes. El esfuerzo de tales espectáculos, cada vez más agotadores y frecuentes, debilitaría su salud y aceleró su fin. Teatro y Muerte: «la máscara», ¿se acuerdan? Pero mientras no llegemos a ese desenlace, sigamos con Charles Dickens en fructífero paseo por su vida y sus obras.

El infatigable

peripatético

Dickens, desde 1836, con los *sketches* de «Boz» (seudónimo para esos primeros apuntes sobre la vida inglesa), y luego con el éxito apoteósico de *Los papeles póstumos del club Pickwick* , será ya, sin pausa, no sólo un escritor, sino un escritor famoso. Muy famoso. El más famoso de su época. Insistimos: uno de los más famosos de todas las épocas. La fama fue uno de los aspectos más importantes de su vida. Como el recuerdo de su anterior pobreza. Que le haría valorar doblemente su triunfo.

Paseos

nocturnos

Durante casi toda su vida Dickens fue noctámbulo. Escribía de noche. Y paseaba de noche por las calles. En sus distintas casas, y en sus distintos Barrios a partir de su fortuna literaria, nuestro autor consumió muchas horas peripatéticas de observación, meditaciones y creación literaria posterior. A lo largo de esos paseos, en los que estamos encantados de acompañarle, nacen sus criaturas sucesivas.

Después del incomparable Mr. Pickwick —y su original compañía, Sam Weller, escudero más que criado; Tupman, Winkle y Snodgrass, los integrantes del *club* — nace *Oliver Twist* , su primera novela propiamente dicha, y el primer héroe infantil entre los que iría arrancando de los pozos sangrantes de su memoria.

Pickwick,

¿una novela?

Hemos dicho primera novela, porque *Los papeles póstumos del club Pickwick* —según los cánones más convencionales— quizá no lo es. Esto resulta tan discutible como todas las consideraciones académicas. ¿No sería *novela*, según eso *Don Quijote* o el *Tristram Shandy* ^[38]? Hay en los episodios de la azarosa vida del buen Pickwick tanto material novelesco como en las dos obras mayores citadas, de cuya estructura seguro que algo tomó el autor. Ciertamente es que sus libros siguientes se fueron apartando del modelo y, aunque conservaron siempre el mismo tipo de personajes en similares paisajes, ya se les puede llamar *novelas* en el sentido tradicional. Nos referimos a las que lo fueron, por supuesto, ya que Dickens cultivó también todo tipo de miscelánea, cuentos, artículos, *sketches*, narraciones de viajes, relatos dentro de otros relatos, y sus incursiones teatrales.

Casas

y amores...

Cuando nació *Oliver Twist*, vivía Dickens en el número 18 de Doughty Street, en Bloomsbury, su primer hogar burgués con el que compensar las duras estrecheces familiares de su infancia. Tiene ahora veinticinco años. La angustia en plena niñez, pero el triunfo en plena juventud.

María

Beadnell

Hagamos un alto en el paseo. Ya había sufrido una decepción amorosa: María Beadnell, el «hada... la sílfide... algo nunca visto... todo lo que podía desearse» (Dickens mismo lo escribe, aunque no sea muy original), con la que había roto justo el mismo año que apareció su primer texto publicado. Hija de un banquero, no era el joven Charles, joven periodista parlamentario, que vive en un modesto piso alquilado y tiene veleidades literarias y teatrales, el mejor partido. Y papá la envía al extranjero para alejarla de tan peligrosas relaciones. Andando el tiempo, en otro edificio de Bloomsbury, la vida hará cruel justicia. Pero no nos adelantemos. Nuestra parada en esa casa no tendrá lugar hasta dentro de diecisiete años. O sea, unos cuantos párrafos... Y algunos pasos más por la peripatética noche dickensiana.

Las hermanas

Hogarth

En el 48 de Doughty Street, el feliz padre de *Oliver Twist* ya ha sustituido a la hija del banquero en su vida sentimental: se casó con Kate Hogarth, y parece que enamorado. ¿Sólo de ella, o de todas las hermanas? Eran tres las Hogarth, y ellas le hicieron olvidar el dolor del episodio Beadnell: Kate, Mary y Georgina. Las tres tendrán gran importancia en su vida, con las tres vivirá en sucesivas casas. Mary será

su ideal, retratado con adoración en varias de sus heroínas (en casi todas las más dulces, la Dorrit, la pequeña Nell de *La tienda de antigüedades*, la Esther de *Casa desolada...*), Kate, su esposa, y Georgina, quien le cuidará hasta su muerte. El burgués y patriarca Victoriano ¿compartió a las tres Hogarth de una manera amorosa más o menos explícita? Tendrían que haberse escrito biografías menos escrupulosas que las que nos brindaron sus contemporáneos para descubrir esos secretos de alcoba, que en nuestra época está tan de moda desvelar.

Novelas

sucesivas

Seguimos paseando. Nace un segundo hijo literario: *Nicholas Nickleby*, la víctima delatadora de las escuelas terribles, como Oliver lo fue de los hospicios. Pero no creamos que el personaje se limita a la denuncia infantil. Dickens lleva a su criatura más allá de esa frontera y, por supuesto, los temas son mucho más numerosos que el episodio escolar. Algunos críticos —los citados Priestley y Wilson, por ejemplo— piensan incluso que fueron demasiados. *Nicholas Nickleby* tuvo un éxito popular grande, aunque quizá su estructura novelística no es rigurosa. Excesivos sucesos, subtemas y quizá —cómo no— demasiada sensiblería. Un libro considerable, en cualquier caso, aunque vendrían libros mejores. Y aún mayores éxitos. Destaquemos, en cualquier caso, un sector de la obra, el homenaje al teatro, esa constante pasión del autor: los Crummles, una compañía de cómicos humildes, vanidosos y ridículos, pero retratados con ternura y un sentido cómico de primer orden. J. B. Priestley se refiere, incluso, al resto de los personajes calificándolos de emanaciones de esos Crummles, como si fuesen caracterizaciones de los propios comediantes en sus *tourneés*. *Nicholas Nickleby*, además, fue dedicado por Dickens a un gran actor: su amigo Macready.

Y seguimos paseando. Llegamos así a Regent's Park, a donde, en el número 1 de Devonshire Terrace, se ha trasladado el triunfal escritor. Allí escribe durante los años 40 y 41 *La tienda de antigüedades* y *Bamaby Rudge*. La primera es un extraordinario melodrama con su primera protagonista femenina; la segunda, su primer intento de novela histórica, en este caso al estilo de Sir Walter Scott. En lo que a la primera se refiere, hay motivo para detenernos y reflexionar sobre otra mujer: la ya citada Mary Hogarth, su cuñada preferida, y quizá uno de sus amores más profundos.

Mary Hogarth,

el lirio roto

Todas las jóvenes encantadoras marcadas por la desgracia que aparecen en la obra de Dickens a partir de 1837 serán trasuntos de Mary Hogarth. Su dulce y joven cuñada murió en sus brazos una noche a la vuelta del teatro. Charles tomó de su mano un anillo que ya no se

quitará nunca. Y en el cementerio de Kensal Green se lee lo que Dickens escribió para acompañar a la flor en su búcaro último:

«Joven, hermosa, buena, Dios la colocó entre sus ángeles a la temprana edad de diecisiete años.»

Charles la amaba, no puede dudarse. Es imaginable el sufrimiento doble de Kate por la hermana perdida y por el rival, fantasma ya para siempre.

Si la muerte de Mary fue un suceso imborrable para nuestro novelista, la de la pequeña Nell —protagonista de *La tienda de antigüedades*— «vino a ser el más trágico acontecimiento del año en todo el mundo de habla inglesa». La frase es de Priestley, que sigue diciendo:

Sentimen-

talismo

«Hombres tales como Macready, actor y empresario, el político holandés O'Connell y Lord Jeffrey, abogado y crítico, lloraban a lágrima viva. Mientras Londres se enjugaba los ojos, la muchedumbre que aguardaba en el muelle de Nueva York la llegada del barco de Inglaterra se apresuraba a preguntar a los marineros: “¿Ha muerto la pequeña Nell?”, y entonces fue América la que derramó abundantes lágrimas.»

Huxley, por ejemplo, y el propio Priestley rechazan tal explosión de sentimentalismo. Llorar es ya de mal gusto. El segundo, que nos daba cuenta precisa de la conmoción producida por el final de la novela, añade: «... a nosotros nos desagrada sobremanera sentirnos conmovidos de esa forma.» Le gustara o no, lo que Priestley no nos confiesa es si él lloró también. Sospecho que sí, de lo contrario no se hubiera molestado tanto.

Sigue

el paseo

El capítulo primero de esa hermosa y lacrimógena novela, comenzaba así:

«Aunque soy viejo, la noche suele ser mi hora de paseo... he venido cayendo en esta costumbre porque vela mis achaques y porque me brinda mejor ocasión para reflexionar sobre el carácter y la profesión de los que pueblan las calles...»

En *The uncommercial traveller*, serie de artículos que Dickens publicaría muchos años después (1860 al 1869) en su revista *Year's Round*, dedica también un texto a los paseos nocturnos: «Hace algunos años padecí de insomnio pasajero, atribuible a una impresión dolorosa,

y este insomnio me obligó a salir a pasear por las calles durante toda la noche y por espacio de varias noches. Esa molestia habría tardado mucho tiempo en curarse si hubiese permanecido desmayadamente en cama; pero la dominé muy pronto, gracias al brioso tratamiento de volver a levantarme en cuanto me acostaba, saliendo a la calle para no regresar a casa hasta la salida del sol y completamente rendido de cansancio.»

En esos recorridos que ahora evocamos siguiendo sus pasos, Dickens conoció a niños y viejos, cocheros, gente sin hogar, carboneros, sastres, borrachos, almas solitarias, noctámbulos, y concibió personajes; admiró aldabones, chimeneas, edificios, farolas, puentes, y con ellos pobló el paisaje de sus libros. Algunos han dicho que no eran más humanos ni reales los tipos que las cosas. Sobre ese asunto ya hemos hablado en esta peripatética reflexión. Pero todavía podemos abundar en él mientras nos alejamos de la última dirección hacia el nuevo domicilio de Charles Dickens. Transcribimos parte del prólogo de José Méndez Herrera a su traducción de *La tienda de antigüedades*, en el tomo II de las Obras Completas, publicadas por Aguilar:

Tumbas

para seres

de ficción

«... y así como en Elsinor tiene su tumba la locura de Ofelia —hecha verdad por la ilusión del poeta^[39] —, así, frente al atrio de la iglesia de Tong, la pequeña aldea en cuya posada cambió de caballos una noche de 1838 la diligencia que transportaba a Dickens de Londres a Chester, se alza una piedra que señala la tumba de la pequeña Nell...»

Criatura, pues, quizá ideal, forjado su peso específico por lágrimas de lectores llorones. Y por las del autor, que consiguió una ubicación real a persona inventada, aunque fuera en el mundo de los muertos. Tumba para Mary Hogarth, tumba para la pequeña Nell, hoy día ya tan real como su modelo. Me recuerda una visita personal que hice a la abadía de Westminster, en la que sinceramente buscaba la tumba del legendario rey Arturo, entre las de los reales Purcell y el propio Dickens. Los mitos se confunden con la Historia.

Protagonista

de su propia

historia

Charles se encamina, con sus fantasmas, hacia otros libros y otras cosas. En 1842 vive y escribe durante siete meses en Estados Unidos. A la vuelta comienza *Martín Chuzzlewit*, en el que algunos señalan el comienzo de su madurez. Quizá su edad señale también ese punto y

estemos en el centro de su propia historia y de nuestra reflexión. Tiene treinta y dos años, más, incluso muchos, para quien fue niño y joven prodigio.

Las obras se suceden: *Canción de Navidad*, que presentamos para esta colección hace cinco años (del tema navideño, otra obsesión para Dickens, hablaremos en concreto más adelante), viajes a Europa, Suiza entre otros lugares —como se refleja en uno de los cuentos que incluimos en este volumen—, *Dombey e hijo* y, en 1849, uno de sus títulos más justamente célebres: *David Copperfield*. Es en gran parte la novela de su vida. No sólo por tratarse de una de las más queridas por el público y por su mismo autor, sino porque esta vez lo autobiográfico en la ficción se hace más explícito. Su protagonista llegará a ser escritor. Y las iniciales de su nombre son las mismas, invertidas.

Así comienza la novela:

«Si he de resultar yo el protagonista de mi propia historia, o si habrá otro que merezca más ese puesto, es cosa que dirán estas páginas. Para empezar el relato de mi vida por el principio de la misma, dejo constancia de que nací en viernes, a las doce de la noche, según me contaron y yo lo creo. Un detalle que llamó la atención fue el de que comenzamos simultáneamente, el reloj a dar la hora y yo a llorar.»

D. C.,

iniciales

de Dickens

al revés

Alguien ha dicho que era viernes también cuando nació Dickens, y que el viernes será un día de importancia repetitiva en su existencia, y que los viernes son días de brujas, tragos y todas esas cosas, algunas de las cuales aparecen en este volumen de cuentos. Que naciera también a las doce, o antes o después, y que sonase la hora al mismo tiempo o no, son cuestiones de las que puede apropiarse la leyenda y usar a nuestra preferencia aquellos que gustamos de mitificar las vidas de quienes crearon mitos. Cuántas auténticas referencias autobiográficas hay de C. D. en D. C., es algo que podría interesar a un minucioso biógrafo. Nosotros no vamos a detenernos en ello. Creemos, de todas formas, que Charles Dickens sí es el protagonista de su propia historia, entre otras cosas porque todos los protagonistas de sus historias están hechos con trozos de su misma carne. Unos más que otros, desde luego. Los que han estudiado comparativamente su vida y su obra dicen que David Copperfield el que más. Quizá no fue David el héroe de su propia vida, como se pregunta al principio de la novela, pero sí parece que lo fue de la de Dickens.

Una casa

de ficción

Íbamos acompañándole y habíamos establecido la costumbre de pararnos en sus casas y mujeres. Ahora debemos hacerlo en una casa donde no fue Dickens quien vivió, sino algunas de sus criaturas. Y renunciamos a seguir con el discurso sobre si es más o menos real la ficción. La cita, y la casa, provienen también de *David Copperfield* :

«—¡Estáis en vuestra casa, señorito David!

El barco

varado

»Miré en todas direcciones, hasta donde podía alcanzar la vista en la llanura solitaria, y después miré mar adentro, y río adentro, sin distinguir casa por parte alguna. Vi, sí, a corta distancia, algo que parecía una gabarra negra, o una antigua embarcación de yo no sé qué clase, plantada boca abajo en tierra y de la que sobresalía una chimenea que en ese instante humeaba sosegadamente; fuera de eso no se ofrecía, a mi vista al menos, nada que pareciese habitable.

«—¿Será eso? ¿Será esa cosa que parece un barco? —dije.

»—Sí que lo es, señorito David —me contestó Ham.

»... la maravilla y encanto mayor era que se trataba de una lancha auténtica, que seguramente había flotado sobre el agua centenares de veces y que jamás se pensó, al construirla, que serviría para vivir dentro de ella en tierra... Como no se había pensado en nada parecido al construirla, quizá por eso resultaba una vivienda.

Un vehículo acuático boca abajo en el suelo, una casa de sueños. La casa de Dan Pegotty, el marinero en tierra, personaje extraordinario, al que los cinéfilos recordamos siempre con el noble rostro de Lionel Barrymore^[40] .

Y ahora, en las dos últimas paradas de casas reales, vamos a encontrarnos con el pasado, visita que suele presentarse fatalmente cuando se supera cierto límite de la biografía.

Retorno

al pasado

1851. Superado el ecuador de la cuarentena, la primera depresión seria entre los cíclicos puntos melancólicos de la edad del hombre (y de la mujer, suponemos). La familia tiene casa nueva: otra vez en Bloomsbury, Tavistock House. Con Charles, Kate y Georgina Hogarth. El matrimonio está en crisis. Dickens comienza una de sus mejores novelas, con un

título enormemente expresivo: *Bleak House*. Ya anotamos las diferentes traducciones que se le dieron. La *desolación* que la casa lleva como apellido es la del espíritu solitario y triste de un Dickens quizá cansado. Porque en lo que se refiere a la propia casa —hablamos de la del libro, la del adorable John Jarndyce— se trata de un viejo edificio lleno de buenos sentimientos, los de su dueño, donde fue feliz por vez primera Esther, protagonista y a veces narradora de la novela.

Quizá la casa verdaderamente *desolada* fuera la de Charles Dickens, Tavistock House o la casa interior de su corazón. Priestley nos sugiere que debía de estar deseando entablar nuevas relaciones amorosas. Quizá soñaba con alguien más joven, al igual que Jarndyce con su pupila Esther.

El regreso

de María

Y aparece, surgida del pasado, María Beadnell, ¿se acuerdan? Sí, aquella hija de un banquero para quien Dickens no era buen partido. Ahora no piensa lo mismo. El antiguo amor llama a las puertas de la nueva casa. Dickens ya es una celebridad, su hogar, una verdadera mansión. Tiene una familia, dinero, pero se siente solo. Y a cierta edad existe un grave peligro: la tentación de recuperar el pasado. Un supuesto imposible, porque nada es lo mismo que fue.

La feroz

caricatura

María, por ejemplo, es ahora una gruesa señora madura. Alguien nos recuerda^[41] la cínica frase de un Lord Byron machista: «¿Con qué objeto habrán sido concebidas... las mujeres de *cierta* edad?» Pero no es sólo la edad de los otros el motivo de la decepción. En el pasado, *nosotros* no éramos los mismos... Dickens se ha vengado, sin pretenderlo, del agravio juvenil: ahora rechaza él a María. Y lo que es peor (para ella, claro, los lectores se lo agradecemos), retratará esa desilusión en *La pequeña Dorrit*, diseñando una entrañable caricatura: Flora, la pobre Flora que del pasado romántico de Arthur Clennam — protagonista masculino del libro— viene a sugerir al citado personaje reflexiones como éstas:

«En su juventud él había amado apasionadamente a aquella mujer, y en ella había concentrado todo el caudal de su afecto y de su imaginación... Desde aquel tiempo memorable había conservado, sin modificarla, aquella antigua pasión por el mismo objeto sagrado... Flora, que había sido esbelta, había engordado ahora y sufría ahogos, pero eso no tenía importancia; Flora, que le había parecido encantadora en todo cuanto decía y pensaba, se había vuelto charlatana y estúpida; eso era

demasiado; Flora, que había sido una niña mimada, pretendía que volviesen a mimarla; eso era la gota que colmaba el vaso.»

Corramos un tupido velo sobre el lamentable asunto. La propia María Beadnell debió reconocerse en la novela. Patético. Es preferible acompañar a Dickens en uno de los últimos paseos, hasta la última casa que destacaremos en nuestro recorrido. También se trata del pasado, aunque el retorno a él resulta satisfactorio.

Gad's Hill,

los sueños

de la infancia

En la época en que Dickens confesaba su primer amor por Caperucita Roja —«sabía que si hubiera podido casarme con ella tendría la felicidad perfecta»— y la admiración por su héroe predilecto, Robín Hood^[42], nuestro soñador también se había enamorado de una casa. Nos lo cuenta André Maurois:

El castillo

encantado

«Se lo llevó (su padre) un día a visitar Gad's Hill, la colina donde Sir John Falstaff^[43] desvalijaba a los peregrinos que iban a Canterbury, o a los mercaderes acaudalados. En la cima de la colina se alzaba un castillo. “¡Cómo me gustaría tener esta casa!” —dijo el pequeño Dickens—. “Trabaja —añadió el padre—, y ¿quién sabe?”»

Mucho tiempo después, Dickens descansaría tras haber trabajado más aún de lo que su padre podía pensar entonces. Ese reposo eterno tiene lugar en Westminster, al lado de Shakespeare. Todavía suele haber flores sobre su tumba. Ha llegado muy lejos. Bastante más de lo que imaginaba viendo y deseando la casa imposible de aquella colina... Pero todo esto, la gloria y su pervivencia en la memoria de sus agradecidos lectores, es aceptable racionalmente, hasta podemos creerlo. No nos parece mentira, aunque no sea corriente. La suerte de Dickens, el reconocimiento a su trabajo, la perennidad de su obra, están dentro de lo real, aunque linden con el cuento de hadas.

El sueño

realizado

Lo que verdaderamente está por completo dentro de lo fantástico, lo que casi no podemos creernos, lo que no le sucede a nadie, es que al final Dickens se compró aquel castillo. Que ganase el dinero suficiente para ello es fácilmente comprensible dado su éxito. Que el castillo

estuviera en venta, que Dickens lo recordase y pudiera realizar la transacción, que aquello pudiera transformarse en una casa, es ya un sueño.

1856: Charles Dickens compra la residencia Gad's Hill, en Kent. Todos los niños del mundo pueden concebir esperanzas, quizá sea posible adquirir la isla del tesoro, o pilotar las naves de Han Solo, o volar sobre Metrópolis como Supermán.

Pero los sueños cuestan caros. Mrs. Kate Dickens no quiere ir a vivir a lo alto de esa colina. Dickens la habitará sin ella.

Ellen Teman,

la joven

actriz

Para terminar de hablar de mujeres: Bien es cierto que el matrimonio Dickens iba muy mal hacía tiempo. Charles había iniciado una amistad muy íntima con una actriz bastante más joven que él, Ellen Teman. Consta como el último amor conocido de su vida. Consta, también, que tuvo que soportar a su familia a cambio del escándalo Victoriano que debieron de provocar la separación (sin divorcio) de Kate y sus públicas relaciones con Ellen. Georgina, fiel hasta el último día, se queda con Charles.

El «espíritu

de Pickwick»

En Gad's Hill, su último palacio encantado, Dickens construyó un decorado absolutamente dickensiano, para leer junto al fuego, disfrutar ruidosas y felices Navidades y celebrar representaciones teatrales. Maurois nos dice que «... en los buenos tiempos de Gad's Hill se sentía pasar *el espíritu de Pickwick*, en lo que tenía de mejor, en la felicidad de la vida, en la benevolencia universal...»

Había amueblado él personalmente la casa soñada, con detalles absolutamente personales: por ejemplo, en su biblioteca, para conseguir un efecto total, disimuló las puertas con imitaciones de encuadernaciones... Debió realmente ser feliz. ¿Fue quizá la última vez que lo fue? Los años siguientes de Dickens entran en una actividad frenética, viajes, lecturas públicas. Y enfermedades. «La máscara» que nos recordaba Angus Wilson, obsesionado por las obsesiones dickensianas, le esperaba oculta en un árbol de Navidad. Es éste un dato de su biografía, de sus fijaciones y de su obra, que detallaremos luego. Me refiero al punto en que la muerte, los fantasmas y la Navidad —símbolo del *lado feliz* de Dickens— se dan la mano.

La novela

inconclusa

El 15 de marzo de 1870 hizo la última de esas lecturas que ayudaron a minar su vida. En abril aparece la primera entrega de la novela que nunca acabará: *El misterio de Edwin Drood* ^[44]. En junio, y en Gad's Hill, muere, cuidado por Georgina Hogarth. Alguien nos ha contado que, poco antes, soñó con la betunería de Warren.

Angus Wilson despide su excelente libro *El mundo de Charles Dickens* con las palabras que utilizaremos para terminar nuestro paseo. El resto será reflexión interior. Hace un poco de frío para seguir deambulando por las calles. Incluso creo que ha amanecido. Vayamos dentro. Al refugio de la mejor casa, donde el soñador realizó su sueño. Y donde acabó su vida.

Prematura su desaparición, pero eterna su presencia. Dice su admirador ^[45] :

«... La obsesionante posibilidad de una nueva extensión de su obra en *Edwin Drood* permanece como un recuerdo constante. Pero la herencia duradera de Dickens es la vitalidad maravillosa de sus novelas: una vida tan intensa y original que ha podido inspirar entre sus sucesores a escritores tan diversos y personales como Dostoievski y Daudet, Proust y Kafka, Conrad y Evelyn Waugh; y, sin embargo, ser calificado con el término que se aplicaba justamente a sí mismo: "inimitable"».

Ahora que él se ha ido al abrigo del interior, hablemos de *sus* fantasmas.

«La máscara»

en el árbol

Angus Wilson, tan profusamente citado por quien escribe este trabajo, se obsesionó por las obsesiones de Dickens. En eso nos parecemos. Nos han inquietado siempre los fantasmas. Porque creemos que con ellos se construye el material de la creación. Una existencia suele estar entramada de fijaciones, pesadillas y recuerdos inolvidables, aunque en muchos casos quisiera uno olvidarlos. El tejido de esos sueños forma el tapiz con que la disfrazamos de novela —o poesía, o drama, o cine—. Mario Vargas Llosa ha dicho reiteradas veces que su literatura es, sobre todo, la mentira que enmascara su vida. Una mentira artística que se nutre de los fantasmas de esa vida.

Que a Charles Dickens le atrajeran especialmente las historias sobrenaturales, algunos lo explicaron por los muchos cuentos fantásticos que le contaba su niñera; otros, por su afán de modelar de

otra forma la realidad... hay quien asegura que todo viene de los primeros sustos infantiles, que él relató en su texto *A Christmas's tree* .

De los *fantasmas* de su biografía —la betunería, la pobre cuñada muerta, las cárceles de deudas...— ya sabemos algo por haber paseado largamente con ellos esta noche. De los fantasmas de su obra, sabremos si hemos leído los cuentos sobrenaturales que componen este volumen. Pero diremos luego aquí algo más.

«La máscara»

Sobre «la máscara», que Angus Wilson usa como pórtico de su libro, entendiéndola como emblema de los miedos de Dickens en la infancia, creemos que lo mejor es ir a la fuente.

Dickens publicó *El árbol de Navidad* en 1850, en la revista *Household Words* que él dirigía. Ahí habla de los juguetes, de las sorpresas, de las alegrías que ofrece el árbol a los niños. Recuerda entonces su infancia, y entre las variadas ofertas de ese árbol subraya las que le asustaron. «La máscara», sobre todo. Citamos, pues, la referencia a ese espectro navideño que simboliza todas sus pesadillas. Como el gigantesco árbol de su evocación compendia todas las Navidades de su niñez:

«¿Cuándo me miró por primera vez esa horrenda máscara? ¿Quién se la puso y por qué me dio tanto miedo, que su sola imagen representa una fecha decisiva en mi vida?... ¿Sería quizá que el cambio que producía en una tara, paralizándola, infundía en mi corazón batiente alguna imagen lejana y terrible del cambio universal que debe sobrevenir a todos los rostros y dejarlos inmóviles?... El simple recuerdo de esa cara rígida, el solo hecho de saber que andaría por ahí, en cualquier sitio, bastaba para despertarme por las noches, sudando de terror, y gritando: “¡Se acerca, lo sé! ¡Oh, aquella máscara!”»

Hasta ahí el fantasma que desde una fiesta infantil navideña fijó en su alma el terror —y la afición— por el Más Allá. A lo largo del ensayo o artículo sobre el árbol, Dickens hace frecuentes alusiones a viejas leyendas de horror y pesadillas propias. Casi todas se refieren a juguetes o simples objetos que sugieren fantasías: «todas las cosas corrientes se convierten para mí en extraordinarias y encantadas. Todas las lámparas son maravillosas; todos los anillos son talismanes... todo el arroz me recuerda al que aquella mujer vampiro tenía que picotear grano a grano en castigo de los festines nocturnos que se daba en los cementerios...»

Finalmente, y después de repasar todo su catálogo de fantasmas personales, Dickens cataloga a su modo las historias de los otros fantasmas, los de la tradición —que le llegaron vía criadas y parientes— y los de los libros, cuya bibliografía él contribuyó a engrosar.

Cuentos

fantasmales

«Nadie ha contado nunca el número total de narraciones sobre fantasmas, que sin duda son miles, pero es seguro que no existen tantos argumentos como historias^[46]. Tampoco se ha llevado a cabo ningún análisis tipológico del género, aunque Dickens catalogó algunos de los tipos tradicionales en su delicioso ensayo *El árbol de Navidad...* »

Pocas familias de fantasmas

Pocas familias

de fantasmas

El catálogo a que nos referíamos, y que estos dos antólogos recientes de la anterior nota nos recuerdan, está repartido en las últimas páginas del texto ya largamente citado, y no es muy riguroso. También es verdad que parte de la afirmación de que «los fantasmas tienen poca originalidad». Según Dickens, pertenecen a dos o tres familias y ejecutan sólo dos o tres cosas más o menos típicas de su condición.

El futuro

de esos pocos

fantasmas

No vamos a citar aquí la exposición dickensiana de esas pocas costumbres repetidas, pues a cada tipo acompaña una historia, y haríamos este trabajo ya del todo interminable. Bástenos decir que nuestro autor confía en que las futuras generaciones perfeccionen el relato sobrenatural y lo rejuvenezcan. Ésta es una de sus últimas afirmaciones:

«... la cosecha de esa clase de frutos que brilla sobre nuestro Árbol de Navidad es inmensa; se halla en pleno verdor allá en lo alto; en las ramas más bajas está ya madurando...»

Y la literatura —la anglosajona especialmente— ha querido seguir la tradición, árbol arriba, agitándolo más todavía, aunque —debemos reconocerlo— las clases de fantasmas y los argumentos más o menos sobrenaturales siguen siendo prácticamente los mismos *dos o tres*, quizá cuatro o cinco... pocos más. Eso sí, con una capacidad de aparente variación tan maravillosa como el mundo sobrenatural en el que se mueven, para *delicioso susto* de sus lectores.

¿Por qué nos gusta asustarnos? Cox y Gilbert, los antólogos citados, dicen lo siguiente en el prólogo a su referida colección:

La «gracia
del escalofrío»

«Tal vez, en último término, todo se reduzca a lo que Edith Wharton^[47] llamó “la gracia del escalofrío”. El crítico Jack Sullivan ha señalado con agudeza: “En cuanto a las razones últimas por las que leemos estas historias, cabe señalar que semejante pregunta aburrida e incontestable ya se ha planteado demasiadas veces. Es sufriente el hecho de que nos diviertan. Las razones siguen siendo tan perversas y misteriosas como las mismas historias.”»

En las correrías de Mr. Pickwick surge un anciano en una taberna que cuenta con delectación algunas historias particularmente siniestras. El morbo es compartido tanto por el narrador como por los que escuchan. Los personajes suelen pasarlo bastante peor.

Los cuentos
de esta
antología

Podríamos haber extraído bastantes otras historias sobrenaturales de las revistas que dirigió Dickens, de los cuentos que les cuenta algún personaje de sus novelas a otros, aprovechando viajes, esperas o veladas tabernarias. Los que aquí figuran son una buena selección, ampliada sobre la ya clásica de Penguin Books. El título de «sobrenaturales» les cuadra tan bien como el de «impresionantes», «siniestros» o «dramáticos»... que otros les han dado. Respecto a su procedencia, características, estructura y otros aspectos de cada uno de ellos, el lector encontrará datos en las introducciones que preceden a los relatos. Respecto a su parentesco con las criaturas vecinas de «la máscara» del árbol de Navidad, y a su pertenencia a la más vieja y noble tradición del cuento sobrenatural, juzgarán los expertos. Quizá estos cuentos no figuren entre lo que consideraríamos la obra *mayor* de Dickens. Quizá tampoco sean de primerísima fila dentro de una selección exigente de los mejores relatos del género. Díganlo los críticos.

Los lectores pueden tener la certeza de que estos relatos nacieron de una de las más arraigadas obsesiones de uno de los más inolvidables escritores que en el mundo ha habido. Espero que se diviertan con ellos. Y que con este trabajo hayan conocido algo mejor al hombre extraordinario que nos los contó.

S. M. Ellis dijo que Dickens consolidó el gusto y el aprecio modernos por las historias sobrenaturales^[48]. Sus miedos infantiles, su vocación por el juego, su costumbre de introducir cuentos dentro de cuentos, su aprecio por *la puesta en escena* al situar una historia o un lugar... y su

familiaridad personal con los fantasmas iluminó a una larga y brillante serie de cultivadores de este género. Desde Joseph Sheridan Le Fanu, Bram Stoker, Henry James, H. G. Wells... hasta W. Somerset Maugham, May Sinclair, Edith Wharton, Walter De La Mare, Graham Greene, Shirley Jackson y Stephen King^[49] le estarán eternamente reconocidos. Como nosotros.

Son para leer «cuando anochezca». Pero eso sí, ¿recuerdan la receta del falso doctor Marigold? Tómenselos todos *cum mica salís* .

Juan TÉBAR

Bibliografía*

* Gran parte de la obra de Dickens fue traducida en el siglo XIX, y en la década de los 40-50. Aguilar publicó sus Obras completas. Así pues, en la columna de traducciones sólo damos algunas de las más significativas, anteriores a las de las Obras completas, con su año de aparición.

¹ Incluyen la primera obra publicada por Dickens: A Dinner at Poplar Walk (1833).

² Traducción de Manuel Ortega y Gasset.

³ Suele incluirse como apéndice a los Sketches by «Boz».

⁴ Vid. nota anterior.

⁵ Escrita por Dickens para sus hijos, no fue publicada en forma de libro hasta 1934.

⁶ También titulado, en ocasiones, The Holly-Tree Inn (La posada del acebo).

⁷ Escrito en colaboración con Wilkie Collins.

⁸ Recolección de obras publicadas en Household Words (1850-56).

⁹ Traducción de Manuel Vellvé, con el título Grandes ilusiones.

¹⁰ Ampliado en 1868.

¹¹ En colaboración con Wilkie Collins.

¹² Novela incompleta.

¹³ Editadas por R. H. Shepherd.

¹⁴ Editada por B. W. Matz.

¹⁵ Editados por Harry Stone.

AÑO

TÍTULO ORIGINAL

TÍTULO CASTELLANO

1836

Sketches by «Boz»

1

Bosquejos por «Boz»

1837

The Picwick Papers

Los papeles póstumos del Club Pickwick

2

(1922)

1838

Sketches of Young Gentlemen

3

Bosquejos de jóvenes caballeros

1838

Oliver Twist

Las aventuras de Oliver Twist (1931)

1839

Nicholas Nickleby

Vida y aventuras de Nicholas Nickleby (1930)

1840

Sketches of Young Couples

4

Bosquejos de jóvenes parejas

1840

The Old Curiosity Shop

Almacén de antigüedades (1886)

1841

Barnaby Rudge

Barnaby Rudge

1842

American Notes

Notas americanas

1843

A Christmas Carol

Canción de Navidad (1883)

1844

Martin Chuzzlewit

Vida y aventuras de Martin Chuzzlewit (1898)

1845

The Chimes

La voz de las campanas (1910)

1846

The Cricket on the Heart

El grillo del hogar

2

(1920)

1846

Pictures from Italy

Cuadros de Italia

1846

The Battle of Life

La batalla de la vida (1887)

1848

Dombey and Son

Dombey e hijo

1848

The Haunted Man

El hombre hechizado

1849

The Life of Our Lord

5

La vida de Nuestro Señor

1850

David Copperfield

David Copperfield (1924)

1850

A Christmas Tree

Un árbol de Navidad

1851

What Christmas is as We grow Older

Cómo es la Navidad cuando nos hacemos mayores

1852

A Child's History of England

Historia de Inglaterra para niños

1852

The Poor Relation's Story

La historia del pariente pobre

1853

Bleak House

Casa por alquilar (1910)

1853

Nobody's Story

Historia de nadie

1854

Hard Times

Tiempos difíciles (1906)

1854

The Seven Poor Travellers

Los siete pobres viajeros

1855

The Holly-Tree

6

El acebo

1856

The Wreck of Golden Mary

El naufragio del Golden Mary

1857

The Perils of Certain English Prisoners

Los peligros de algunos prisioneros ingleses

1857

Little Dorrit

La niña Dorrit (1885)

1857

The Lazy Tour of Two Idle Apprentices

7

El perezoso viaje de dos aprendices ociosos

1858

Going into Society

Entrar en sociedad

1858

Reprinted Pieces

8

Obras reimpresas

1859

A Tale of Two Cities

Historia de dos ciudades

1859

The Haunted House

La casa encantada

1860

A Message from the Sea

Mensaje desde el mar

1861

Great Expectations

Grandes esperanzas

9

(1930)

1861

Tom Tiddler's Ground

La tierra de Tom Tiddler

1861

The Uncommercial Traveller

10

El viajero no comercial

1862

Somebody's Luggage

El equipaje de alguien

1863

Mrs. Lirriper's Lodgings

La casa de huéspedes de la señora Lirriper

1864

Mrs. Lirriper's Legacy

La herencia de la señora Lirriper

1865

Our Mutual Friend

Nuestro amigo mutuo

1865

Doctor Marigold

El doctor Marigold

1866

Mugby Junction

La bifurcación de Mugby

1867

No Thoroughfare

11

Prohibido el paso

1867

George Silverman's Explanation

La explicación de George Silverman

1868

Holiday Romance

Romance de vacaciones

1870

The Mystery of Edwin Drood

12

El misterio de Edwin Drood

1885

Plays and Poems

13

Obras teatrales y poemas

1908

Miscellaneous Papers

14

Miscelánea

1908

Uncollected Writings

15

Escritos inéditos

Notas

[1] El vocablo *goblin* equivale a cierto tipo de duende o trasgo. Aquí se ha preferido conservar el nombre específico de esta familia de seres sobrenaturales, ya que, al parecer, tienen como tal suficiente entidad propia, sin hacer su traducción, que podía haber sido La de «gobelino». <<

[2] Se ha traducido *chirped* por «murmurar», ya que se aplica a un personaje mudo. Sin embargo, este término hace referencia, más exactamente, al sonido de los pájaros: piar, gorgojear o chirriar. <<

[3] El verbo *grub* quiere decir «descuajar», «desmalezar», actividad bastante habitual en el oficio de sepulturero. También, de forma figurada, significa «emplearse en bajos menesteres». Dickens acostumbraba a poner nombres a sus personajes con un sentido evidentemente conectado a su aspecto o manera de ser, en ocasiones intencionadamente satírico. Ello ha llevado, con gran frecuencia, a ciertos traductores a españolizar dicho juego literario, llamándolos «Señor Pedernal» o «Señorita Abadía», por ejemplo. Nosotros hemos preferido respetar los nombres originales. <<

[4] La fiebre aftosa es una enfermedad caracterizada por ulceraciones en la boca. <<

[5] El *goblin* es a veces llamado también *hobgoblin*, reforzando su capacidad de trastorno y sus aficiones a colocarse en los rincones del hogar, sentidos ambos que posee la palabra *hob*. Como *hobgoblin* aparece en la *Guía de campo de las hadas y demás elfos*, redactada por Nancy Arrowsmith en 1977 y traducida al castellano para José J. de Olañeta, Editor, en 1984. Pero se refiere en este caso *al goblin* doméstico, representado por el excelente dibujante Heinz Edelmann con cabellos erizados y pobladísimos bigotes gatunos. El *goblin* genuino, sin adjetivos, el *goblin* como Dios manda, el que aparece aquí sentado sobre una lápida, podría tomarse por un duende o trasgo cualquiera si nos atuviéramos sólo a los diccionarios. Pero ya se sabe cómo es «el hombre que escribe diccionarios»; no suele profundizar. (Véase, a este respecto, el capítulo 55 de *Platero y yo*, de Juan Ramón Jiménez, ese libro tan bello, que parece haberse *pasado de moda*.) Michael Page, en su *Enciclopedia de las cosas que nunca existieron* (Anaya, 1986), que no es un diccionario convencional, dedica a los *goblins* casi una página. Aclara que «los gnomos, pixies, gremlins, elfos y leprechauns detestan que se les confunda con los *goblins*. Las hadas se ponen sumamente furiosas cuando alguien dice que se llevan bien con *los goblins...*». (Para mayor información remitimos a la página 69 del libro citado.) Son gente, pues, de armas tomar, y sus risas sirven de aviso a los seres

humanos. En este cuento chillan y ríen lo suyo en el cementerio. Pero Gabriel Grub no hizo caso de la advertencia. <<

[6] El término *broad-brimmed* referido a un sombrero lo califica como «tocado cuáquero», cuyo rasgo principal es el ala ancha. El *sugar-loaf* (pan de azúcar) se hace con azúcar de flor y se le da forma cónica por medio de presión. <<

[7] En recuerdo de Arthur Wellesley, duque de Wellington (1769-1852), que fue hombre elegante además de militar. Héroe en España contra los franceses. Ganó la batalla de Waterloo frente a Napoleón. Fue primer ministro. Hay por lo menos un museo, un estrecho y una ciudad que llevan su nombre, además de unos zapatos. <<

[8] Lincoln es una ciudad del norte de Inglaterra, centro industrial y agrícola ya en la época de Dickens. Pero no sabemos cómo estaría desarrollada su industria textil en la época del barón de Grogzwig. Claro que tampoco conocemos la época de ese barón. Y además, la historia no sucede en Inglaterra. Supongamos, de todas formas, que el Lincoln verde puede ser un producto de sastrería, o quizá, al revés, un verde Lincoln, el color de sus campos, que podía definir el vestuario. <<

[9] Nimrod es un personaje bíblico descrito en el *Génesis* como «poderoso cazador».

Gillingwater era un barbero y perfumista londinense contemporáneo de Dickens, que solía guardar osos en los bajos de su establecimiento y anunciar en el escaparate como reclamo «otro oso joven cazado el día de hoy» (la grasa de oso se utilizaba entonces para el cuidado del cabello masculino). <<

[10] Traducción libre de *till all was blue* (literalmente, «hasta que todo fuese azul»), según el *Oxford English Dictionary*: «Descripción del efecto de la bebida abundante en la vista.» <<

[11] Creemos que Dickens se refiere, sin duda, a la guerra con Holanda. Pero las fechas no coinciden con la que acababa de finalizar en 1674. Los años que el encarcelado confesor indica son exactamente los de la llamada «conspiración papista», cuyos dramas fueron principalmente internos, y no «campanas en el extranjero». Dickens o nosotros debemos bailar alguna fecha, o nos engaña alguna documentación. Aunque quizá el que no tuviese muy clara su memoria fuese el antiguo teniente de Su Majestad, el Estuardo ilegítimo... dada la situación en que redacta este documento estremecedor. <<

[12] Paso de 80 km entre Martigny (Suiza) y Aosta (Italia), en los Alpes occidentales. En la parte más alta (2.472 m) San Bernardo de Menthon (923-1008) fundó un convento en el que se albergan los viajeros. Son

muy célebres los perros de esos monjes, llamados también «perros de San Bernardo», que ayudan a buscar a los viajeros perdidos. <<

[13] *En italiano en el original, como todas las palabras que siguen en cursiva* . <<

[14] *Dux* («caudillo» en latín), título que se daba al primer magistrado de Venecia y Genova desde el siglo VII en Venecia, cuyo primer dux vitalicio fue Pablo Anafesto. El primero en Génova es siete siglos posterior, en 1339. Los dux genoveses, a los que se refiere el relato de Dickens, duraron hasta que en 1797 fue derrocada la república, aunque entre 1802-1805 fuese restablecida brevemente. <<

[15] Exclamación: «¡Ya lo creo!», «¡Sin duda!» (en italiano en el original). <<

[16] El Corso es, en todas las ciudades italianas, un paseo, avenida o calle principal. <<

[17] Traducción literal de *to be taken with a grain of salt*, giro que como tal existe en castellano procedente de la expresión latina *cum mica salis*, aunque su uso no esté extendido. Equivale a: «tómese con ciertas reservas o precauciones», «no se crea a pies juntillas», etc. <<

[18] Perturbación crónica de la digestión. <<

[19] Nombre del viejo Juzgado de lo Criminal londinense. *Bailey* significa patio, tribunal y también cárcel. <<

[20] El periódico a que hace referencia el narrador debe de ser una especie de Diario de Sesiones donde se informaría de lo ocurrido en los juicios. En Newgate hay una famosa prisión. <<

[21] Ellen Ternan, actriz, amante de Dickens y causa directa de su separación matrimonial. <<

[22] El biógrafo se refiere a que Charles Dickens murió otro 9 de junio. Estas asociaciones melodramáticas no son muy científicas ni parecen serias, pero si alguien hubo aficionado a ellas fue el propio Dickens. <<

[23] Con mayúscula en el original. <<

[24] Con mayúscula en el original. <<

[25] Jorge III de Inglaterra (1738-1820). En su reinado se perdieron las colonias americanas. Fue declarado incapaz por el Parlamento a causa de sus ataques mentales y su ceguera. Los reyes de Francia son Luis XVI

(que reinó desde 1774 a 1792) y María Antonieta, ejecutados en la guillotina tras la Revolución Francesa. <<

[26] Esta novela fue publicada en 1857. Hasta 1927, por lo menos, existió esta especie de hotel infamante para deudores privados de libertad, donde tuvo que instalarse en 1824 la familia Dickens casi al completo. Porque Marshalsea acogía a los parientes del deudor que no podían ganarse la vida. Charles, con doce años, se va a vivir a Warren, trabajando en la inolvidable fábrica de betunes, de la que ya hablaremos. <<

[27] Utilizamos, para ésta y las siguientes citas de *La pequeña Dorrit*, la traducción de José Méndez Herrera (Aguilar, Obras Completas, 1962). <<

[28] *Bleak House* (1852). El título de esta novela, una de las mejores entre las espléndidas grandes novelas de Dickens, ha sido traducido como *Casa desierta*, *La casa deshabitada*, *Casa por alquilar* y un sinfín de variaciones. Recomendamos la edición de Editorial Alfaguara *Casa desolada*, traducida por Fernando Santos Fontenla en 1987. De esta edición hemos extraído los párrafos de su prefacio. <<

[29] A la *parsimonia* del público, y en ningún caso a la de los magistrados, achacaba aquel magistrado que Dickens cita las dilaciones de la Justicia. <<

[30] Angus Wilson (1913-1991). Los párrafos que aquí destacamos son de su obra *El mundo de Charles Dickens*, tomados de la edición francesa publicada en Gallimard, 1972, y la original de Penguin Books del mismo año. <<

[31] André Maurois (1885-1967), cuyo verdadero nombre era Emile Herzog, fue novelista, biógrafo e historiador francés. En los años 50 y 60, sus biografías, como las de Stefan Zweig y Emil Ludwig, tuvieron una enorme aceptación. La de Dickens fue traducida al castellano por Rafael Vázquez-Zamora, y publicada por Ediciones G. P. en 1958. <<

[32] L. K. Webb, *Charles Dickens*, en la colección de biografías dirigida por Michael y Mollie Hardwick. Edición española en Ediciones Folio, 1985. <<

[33] William Somerset Maugham (1874-1965), escritor inglés, popularísimo en su época, sobre todo por sus narraciones cortas, muchas de ellas llevadas al cine. <<

[34] John Boynton Priestley (1894-1984), exquisito autor inglés, especialmente de teatro. Su biografía de Dickens ha sido publicada en castellano por Editorial Salvat en 1984. <<

[35] Edward Morgan Forster (1879-1970), importante autor inglés de novelas y ensayos. Su obra más conocida —llevada al cine, como otras suyas— es quizá *Pasaje a la India* . <<

[36] Thomas Stearns Eliot (1888-1965), poeta, crítico, dramaturgo y editor anglonorteamericano. Una de las personalidades intelectuales más influyentes de su época. <<

[37] William Wilkie Collins (1824-1889), hijo mayor del pintor paisajista William Collins, que retrató el Londres de su época. Amigo muy próximo de Dickens. Ambos compartieron dos pasiones: el teatro y las narraciones de misterio. Entre las novelas más célebres de Collins (ya citadas en la presentación de uno de los cuentos) están *La dama de blanco* y *La piedra lunar* . Varias de sus narraciones fueron escritas en colaboración con Dickens. *The abysm* (traducida a veces como *Sin salida*) es una de las más importantes. <<

[38] Novela de Lawrence Sterne (1713-1768), su obra fundamental. Irlandés, clérigo descontento y autor satírico erudito, amó y vivió con sufrimiento, y escribió una de las obras más controvertidas de su época. <<

[39] Se refiere, claro está, a la Ofelia de *Hamlet* , de William Shakespeare. En los tiempos finales de su locura, mientras cantaba hermosas canciones, subió a un sauce para colgar una guirnalda, cayó al río y se ahogó. Cuando Hamlet vuelve a Elsinor al comienzo del acto quinto, llega a tiempo de asistir a su entierro: «Yo amaba a Ofelia; cuarenta mil hermanos que tuviera no podrían, con todo su amor junto, sobrepajar el mío». <<

[40] Hay una versión cinematográfica de *David Copperfield* , dirigida por George Cukor en 1935. Tiene otros nombres gloriosos en el reparto, sobre todo a W. C. Fields como Micawber. <<

[41] *Por el mar de Dickens: El reflejo en el agua* , José Méndez Herrera, 1951. <<

[42] «... *wicked lords and slothful priests / bishops and monks I spite / and those that give their mings to live / on other people's right* .» Palabras en verso del célebre forajido que, según Angus Wilson, el joven Dickens debió de hacer suyas, como un empeño: «Desprecio a los señores crueles... y a todos los que se las arreglan para vivir a costa de los derechos de los otros.» <<

[43] Falstaff, personaje glorioso de Shakespeare, compañero de juveniles excesos del príncipe Enrique V, al que éste repudia cuando es coronado. Combinando escenas de las diversas obras donde aparece, Arrigo Boito y Verdi hicieron una gran ópera, y Orson Welles una

estremecedora película, *Campanadas a medianoche* (1965), que produjo en España Emiliano Piedra, hombre de cine fallecido en 1991 tras realizar otro noble proyecto: *El Quijote*. Sólo por estas dos obras cinematográficas merecería ya ser destacado. <<

[44] Para ser la novela más decididamente *policiaca* de Dickens, en el sentido de «¿quién fue el asesino?», resulta una macabra broma que haya quedado sin terminar. Varios autores han pretendido deducir el final, y en algún caso incluso lo han añadido. <<

[45] Angus Wilson, obra citada (1920). <<

[46] Michael Cox y R. A. Gilbert, *Historias de fantasmas de la literatura inglesa* (1948). Traducción de Antonio Desmots para EDHASA, 1989. Se refieren, como Dickens, a que, si las historias son muchas, los temas se repiten. <<

[47] Edith Wharton (1862-1937), novelista norteamericana. Una de las muchas mujeres que ha escrito excelentes cuentos de fantasmas. La lista es enorme, desde la *Edad de oro del cuento de fantasmas en inglés*, que coincide con la Edad de Oro del Imperio Británico. <<

[48] S. M. Ellis, *The ghost story and its exponents* (1923). <<

[49] Todos ellos, reputados autores de cuentos sobrenaturales, cuya referencia detallada alargaría innecesariamente esta nota. <<

